

LECTULANDIA

ISAAC ASIMOV
RAY BRADBURY
ARTHUR C. CLARKE
Democracia electrónica



14

Lectulandia

Isaac Asimov, Ray Bradbury y Arthur C. Clarke, entre otros maestros de la ciencia ficción más renovadora, colaboran en este volumen en el que se integran ocho historias de ejemplar intensidad pero de muy diversa construcción. Desde fórmulas próximas a la novela de terror —**Tierra extraña**, de Edmond Hamilton— hasta el delicioso juego de humor que es **Democracia electrónica**, de Asimov, todo un muestrario de posibilidades aparece en estas narraciones inquietantemente lógicas, perfectas en su concisión, prodigiosamente construidas por auténticos creadores de primera línea dentro del mundo de la narrativa de ficción científica. De manera especial destacamos **Cacharro**, de Ray Bradbury, auténtica obra maestra entre la narrativa menor —menor sólo en sus dimensiones— del genial autor de **Fahrenheit 451**.

Lectulandia

AA. VV.

Democracia electrónica

Antologías Ciencia Ficción Caralt - 14

ePub r1.0

Hechadelluvia 26.07.14

Título original: *Alien Earth and other Stories*

AA. VV., 1977

Traducción: Víctor Compta y Antonio-Prometeo Moya

Editor digital: Hechadelluvia & dekisi

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

ÍNDICE

DEMOCRACIA ELECTRÓNICA, *Franchise* (1955), de Isaac Asimov.

TIERRA EXTRAÑA, *Alien Earth* (1949), de Edmond Hamilton.

EL SEÑOR DEL PASADO, *The Past Master* (1955), de Robert Bloch.

LLUVIA MÁGICA, *Rain Magic* (1928), de Erle Stanley Gardner.

MELODÍA DEFINITIVA, *The Ultimate Melody* (1957), de Arthur C. Clarke.

EL SAQUEO DEL TIEMPO, *The Loot of Time* (1938), de Clifford D. Simak.

CACHARRO, *Doodad* (1943), de Ray Bradbury.

AUTÓMATA, *Automaton* (1950), de Alfred E. van Vogt.

ISAAC ASIMOV

DEMOCRACIA ELECTRÓNICA

Franchise

Linda, que tenía diez años, era el único miembro de la familia que parecía disfrutar al levantarse.

Norman Muller podía oírla ahora a través de su propio coma drogado y malsano. Finalmente había logrado dormirse una hora antes, pero con un sueño más semejante al agotamiento que al verdadero sueño.

La pequeña estaba ahora al lado de su cama, sacudiéndole.

—¡Papaíto! ¡Papaíto, despierta! ¡Despierta!

—Está bien, Linda —dijo.

—¡Pero papaíto, hay más policías por ahí que nunca! ¡Con coches y todo!

Norman Muller cedió. Se incorporó con la vista nublada, ayudándose con los codos. Nacía el día. Fuera, el amanecer se abría paso desganadamente, como germen de un miserable gris..., tan miserablemente gris como él se sentía. Oyó la voz de Sarah, su mujer, que se ajetreaba en la cocina preparando el desayuno. Su suegro, Matthew, carraspeaba con estrépito en el cuarto de baño. Sin duda, el agente Handley estaba listo y esperándole.

Había llegado el día.

¡El día de las elecciones!

Para empezar, había sido un año igual a cualquier otro. Acaso un poco peor, puesto que se trataba de un año presidencial, pero no peor en definitiva que otros años presidenciales.

Los políticos hablaban del electorado y del vasto cerebro electrónico que tenían a su servicio. La prensa analizaba la situación mediante computadoras industriales (el New York Times y el Post-Dispatch de San Luis poseían cada uno el suyo propio) y aparecían repletos de pequeños indicios sobre lo que iban a ser los días venideros. Comentaros y articulistas ponían de relieve la situación crucial, en feliz contradicción mutua.

La primera sospecha indicando que las cosas no ocurrirían como en años anteriores se puso de manifiesto cuando Sarah Muller dijo a su marido en la noche del 4 de octubre (un mes antes del día de las elecciones):

—Cantwell Johnson afirma que Indiana será decisivo este año. Y ya es el cuarto en decirlo. Piénsalo, esta vez se trata de nuestro estado.

Matthew Hortenweiler asomó su mofletudo rostro por detrás del periódico que estaba leyendo, posó una dura mirada en su hija y gruñó:

—A esos tipos les pagan por decir mentiras. No les escuches.

—Pero ya son cuatro, padre —insistió Sarah con mansedumbre—. Y todos dicen que Indiana.

—Indiana es un estado clave, Matthew —apoyó Norman, tan mansamente como su mujer—, a causa del Acta Hawkins-Smith y todo ese embrollo de Indianápolis.

Es...

El arrugado rostro de Matthew se contrajo de manera alarmante. Carraspeó:

—Nadie habla de Bloomington o del condado de Monroe, ¿no es eso?

—Pues... —empezó Norman.

Linda, cuya cara de puntiaguda barbilla había estado girando de uno a otro interlocutor, le interrumpió vivamente:

—¿Vas a votar este año, papi?

Norman sonrió con afabilidad y respondió:

—No creo, cariño.

Mas ello acontecía en la creciente excitación del mes de octubre de un año de elecciones presidenciales, y Sarah había llevado una vida tranquila, animada por sueños respecto a sus familiares. Dijo con anhelante vehemencia:

—¿No sería magnífico?

—¿Que yo votase?

Norman Muller lucía un pequeño bigote rubio, que le había prestado un aire elegante a los juveniles ojos de Sarah, pero que, al ir encaneciendo poco a poco, había derivado en una simple falta de distinción. Su frente estaba surcada por líneas profundas, nacidas de la inseguridad, y en general su alma de empleado nunca se había sentido seducida por el pensamiento de haber nacido grande o de alcanzar la grandeza en ninguna circunstancia. Tenía mujer, un trabajo y una hija. Y excepto en momentos extraordinarios de júbilo o depresión, se inclinaba a considerar su situación como un adecuado pacto concertado con la vida.

Así pues, se sentía un tanto embarazado y bastante intranquilo ante la dirección que tomaban los pensamientos de su mujer.

—Realmente, querida —dijo—, hay doscientos millones de seres en el país, y en lances como éste creo que no deberíamos desperdiciar nuestro tiempo haciendo cábalas sobre el particular.

—Mira, Norman —respondió su mujer—, no son doscientos millones, lo sabes muy bien. En primer lugar, sólo son elegibles los varones entre los veinte y los sesenta años, por lo cual la probabilidad se reduce a uno por cincuenta millones. Por otra parte, si realmente es Indiana...

—Entonces será poco más o menos de uno por millón y cuarto. No apostarías a un caballo de carreras contra esa ventaja, ¿no es así? Anda, vamos a cenar.

Matthew murmuró tras su periódico:

—¡Malditas estupideces!

Linda volvió a preguntar:

—¿Vas a votar este año, papi?

Norman meneó la cabeza y todos se dirigieron al comedor.

Hacia el 20 de octubre, la excitación de Sarah había aumentado considerablemente. A la hora del café, anunció que la señora Schultz, que tenía un primo secretario de un miembro de la asamblea, le había contado que «todo el papel» estaba por Indiana.

—Dijo que el presidente Villiers pronunciaría incluso un discurso en Indianápolis.

Norman Muller, que había soportado un día de mucho trajín en el almacén, descartó las palabras de su mujer con un fruncimiento de cejas.

—Si Villiers pronuncia un discurso en Indiana —dijo Matthew Hortenweiler, crónicamente insatisfecho de Washington—, eso significa que piensa que Multivac conquistará Arizona. El cabeza de bellota ése no tendría redaños para ir más allá.

Sarah, que ignoraba a su padre siempre que le resultaba decentemente posible, se lamentó:

—No sé por qué no anuncian el estado tan pronto como pueden, y luego el condado, etcétera. De esa manera, la gente que fuese quedando eliminada descansaría tranquila.

—Si hicieran algo por el estilo —opinó Norman—, los políticos seguirían como buitres los anuncios. Y cuando la cosa se redujera a un municipio, habría un congresista o dos en cada esquina.

Matthew entornó los ojos y se frotó con rabia su cabello ralo y gris.

—Son buitres de todos modos. Escuchen...

—Vamos, padre... —murmuró Sarah.

La voz de Matthew se alzó sin tropiezos sobre su protesta:

—Miren, yo andaba por allí cuando entronizaron a Multivac. Él terminaría con los partidismos políticos, dijeron. No más dinero electoral despilfarrado en las campañas. No habría otro don nadie introducido a presión y a bombo y platillo de publicidad en el Congreso o la Casa Blanca. ¿Y qué sucede? Pues que hay más campaña que nunca, sólo que ahora la hacen en secreto. Envían tipos a Indiana a causa del Acta Hawkins-Smith y otros a California para el caso que la situación de Joe Hammer se convierta en crucial. Lo que yo digo es que se deben eliminar todas esas insensateces. ¡Hay que volver al bueno y viejo...!

Linda preguntó de súbito:

—¿No quieres que papi vote este año, abuelito?

Matthew miró a la chiquilla.

—No lo entenderías. —Se volvió a Norman y Sarah—. En un tiempo, yo voté también. Me dirigía sin rodeos a la urna, depositaba mi papeleta y votaba. Nada más que eso. Me limitaba a decirme: ese tipo es mi hombre y voto por él. Así debería ser.

Linda dijo, llena de excitación:

—¿Votaste, abuelo? ¿Lo hiciste de verdad?

Sarah se inclinó hacia ella con presteza, tratando de paliar lo que muy bien podía

convertirse en una historia incongruente, trascendiendo al vecindario.

—No es eso, Linda. El abuelito no quiso decir realmente votar. Todo el mundo hacía esa especie de votación cuando tu abuelo era niño, y también él, pero no se trataba realmente de votar.

Matthew rugió:

—No sucedió cuando era niño. Tenía ya veintidós años, y voté por Langley. Fue una auténtica votación. Quizá mi voto no contase mucho, pero era tan bueno como el de cualquiera. Como el de cualquiera —recalcó—. Y sin ningún Multivac para...

Norman intervino entonces:

—Está bien, Linda, ya es hora de acostarte. Y deja de hacer preguntas sobre las votaciones. Cuando seas mayorcita, lo comprenderás todo.

La besó con antiséptica amabilidad, y ella se puso en marcha, renuente, bajo la tutela materna, con la promesa de ver el visor desde la cama hasta las nueve y cuarto, si se prestaba primero al ritual del baño.

—Abuelito —dijo Linda, y se quedó ante él con la mandíbula caída y las manos a la espalda, hasta que el periódico del viejo se apartó y asomaron las espesas cejas y unos ojos anidados entre finas arrugas. Era el viernes 31 de octubre.

—¿Sí?

Linda se aproximó y posó ambos antebrazos sobre una de las rodillas del viejo, de manera que éste tuvo que dejar a un lado el periódico.

—Abuelito —volvió a la carga la pequeña—, ¿de verdad que votaste alguna vez?

—Ya me oíste decir que sí, ¿no es cierto? ¿No irás a creer que cuento bolas?

—Nooo... Pero mamá dice que todo el mundo votaba entonces.

—Pues claro que lo hacían.

—¿Cómo podían hacerlo? ¿Cómo podía votar todo el mundo?

Matthew miró gravemente a su nieta y luego la alzó, sentándola sobre sus rodillas. Por último, moderando el tono de su voz, dijo:

—Mira, Linda, hasta hace unos cuarenta años, todo el mundo votaba. Pongamos que deseábamos decidir quién debía ser el nuevo presidente de los Estados Unidos... Demócratas y republicanos nombraban a su respectivo candidato, y cada uno decía cuál de los dos quería. Una vez pasado el día de las elecciones, se hacía el recuento de votos de las personas que deseaban al candidato demócrata y las que deseaban al republicano. Y el que había recibido más votos se llevaba la palma. ¿Lo ves?

Linda asintió.

—¿Cómo sabía la gente por quién votar? —preguntó—. ¿Se lo decía Multivac?

Las cejas de Matthew se frunció, y adoptó un aspecto severo.

—Se basaban tan sólo en su propio criterio, pequeña.

La niña se apartó un tanto del viejo, y éste volvió a bajar la voz:

—No estoy enojado contigo, Linda. Pero mira, a veces llevaba toda la noche contar..., sí, hacer el recuento de lo que opinaban unos y otros, a quién habían votado. Todo el mundo se impacientaba. Por ello se inventaron máquinas especiales, capaces de comparar los primeros votos con los de los mismos lugares en años anteriores. De esta manera, la máquina preveía cómo se presentaba la votación en su conjunto y quién sería elegido. ¿Lo entiendes?

—Como Multivac —asintió ella.

—Las primeras computadoras eran mucho más pequeñas que Multivac. Pero las máquinas fueron aumentando de tamaño y, al mismo tiempo, iban siendo capaces de indicar cómo iría la elección a partir de menos y menos votos. Por fin, construyeron Multivac, que puede preverlo a partir de un solo votante.

Linda sonrió al llegar a la parte familiar de la historia y exclamó:

—¡Qué bonito!

Matthew frunció de nuevo el entrecejo.

—No, no tiene nada de bonito. No quiero que una máquina decida lo que yo hubiera votado sólo porque un chistoso de Milwaukee dice que está en contra que se suban las tarifas. A mí tal vez me hubiese dado por votar a ciegas sólo por gusto. O quizá me hubiese negado a votar en absoluto. Y tal vez...

Pero Linda se había escurrido de sus rodillas y se batía en retirada.

En la puerta tropezó con su madre, quien llevaba aún puesto el abrigo. Ni siquiera había tenido tiempo de quitarse el sombrero.

—Apártate un poco, Linda —ordenó, jadeante aún—. No me cierres el paso.

Al ver a Matthew, dijo, mientras se quitaba el sombrero y se alisaba el pelo:

—Vengo de casa de Agatha.

Matthew miró a su hija con aire desaprobador y, desdeñando la información, se limitó a gruñir y recoger el periódico.

Sarah se desabrochó el abrigo y continuó:

—¿A que no sabes lo que me ha dicho?

Matthew alisó el periódico con un crujido, para proseguir la lectura interrumpida por su nieta.

—Ni lo sé ni me importa.

—¡Vamos, padre...!

Pero Sarah no tenía tiempo para enfadarse. Necesitaba comunicar a alguien las noticias, y Matthew era el único receptor a mano a quien confiarlas.

—Joe, el marido de Agatha, es policía, ya sabes, y dice que anoche llegó a Bloomington todo un cargamento de agentes de la secreta.

—No creo que anden tras de mí.

—¿Es que no te das cuenta, padre? Agentes de la secreta... Y casi ha llegado el momento de las elecciones. ¡En Bloomington!

—Quizá anden en busca de algún ladrón de bancos.

—No ha habido un robo en ningún banco de la ciudad desde hace muchos años...

¡Padre, eres imposible!

Y Sarah abandonó la habitación.

Tampoco Norman Muller recibió las noticias con mayor excitación, al menos perceptible.

—Bueno, Sarah, ¿y cómo sabía Joe, el marido de Agatha, que se trataba de agentes de la secreta? —preguntó con calma—. No creo que anduviesen por ahí con los carnets pegados en la frente.

Pero a la tarde siguiente, cuando ya noviembre tenía un día, Sarah anunció triunfalmente:

—Todo Bloomington espera que sea alguien de la localidad el votante. Así lo publica el News, y también lo dijeron por la radio.

Norman se agitó desasosegado. No podía negarlo, y su corazón desfallecía. Si Bloomington iba a ser alcanzado por el rayo de Multivac, ello supondría periodistas, espectaculares transmisiones por vídeo, turistas y toda clase de..., de perturbaciones. Norman apreciaba la tranquila rutina de su vida, y la distante y alborotada agitación de los políticos se estaba aproximando de un modo que resultaba incómodo.

—Un simple rumor —rechazó—. Nada más.

—Pues espera y verás. No tienes más que esperar.

Según se desarrollaron las cosas, el compás de espera fue extraordinariamente corto. El timbre de la puerta, sonó con insistencia. Cuando Norman Muller la abrió, se vio frente a un hombre de elevada estatura y rostro grave.

—¿Qué desea? —preguntó Norman.

—¿Es usted Norman Muller?

—Sí.

Su voz sonó singularmente opaca. No resultaba difícil averiguar, por el porte del desconocido, que representaba a la autoridad. Y la naturaleza de su súbita visita era tan manifiesta como inimaginable le pareciese hasta unos momentos antes.

El hombre mostró su documentación, penetró en la casa, cerró la puerta tras de sí y dijo con acento oficial:

—Señor Norman Muller, en nombre del presidente de los Estados Unidos, tengo el honor de informarle que ha sido usted elegido para representar al electorado norteamericano el día martes 4 de noviembre del año 2008.

Con gran dificultad, Norman Muller logró caminar sin ayuda hasta su butaca, en la cual se sentó con el rostro pálido y casi sin sentido, mientras Sarah traía agua, le frotaba asustada las manos y le cuchicheaba apretando los dientes:

—No vayas a desmayarte ahora, Norman. Elegirán a otro...

Cuando por fin logró recuperar el uso de la palabra, Norman murmuró a su vez:

—Lo siento, señor.

—¡Bah! No tiene importancia —le tranquilizó el visitante. Todo rastro de formalidad oficial parecía haberse desvanecido tras la notificación, dejando sólo un hombre abierto y más bien amistoso—. Es la sexta vez que me corresponde comunicarlo al interesado y he visto toda clase de reacciones. Ninguna de ellas se ajustó a la que vieron en el vídeo. Saben a lo que me refiero, ¿verdad? Un aire de consagración y entrega y un personaje que dice: «Será para mí un gran privilegio servir a mi país...» Toda esa serie de cosas...

El agente rió para alentarles. La risa con que Sarah le acompañó tuvo un acento de aguda histeria. El agente prosiguió:

—Permaneceré con ustedes durante algún tiempo. Mi nombre es Phil Handley. Les agradeceré que me llamen Phil. Señor Muller, no podrá abandonar la casa hasta el día de las elecciones. Usted, señora, informará al almacén que su marido está enfermo. Puede salir a hacer la compra, pero deberá despacharla con la mayor brevedad posible. Y desde luego, guardará una absoluta reserva sobre el particular. ¿De acuerdo, señora Muller?

—Sí, señor. Ni una palabra —confirmó Sarah, con un vigoroso asentimiento de cabeza.

—Perfecto, señora Muller. —Handley adoptó un tono muy grave al añadir—: Tenga en cuenta que esto no es un juego. Por lo tanto, salga sólo en caso que le sea absolutamente preciso y, cuando lo haga, la seguirán. Lo siento, pero estamos obligados a actuar así.

—¿Seguirme?

—Nadie lo advertirá... No se preocupe. Y será sólo durante un par de días, hasta que se haga el anuncio formal a la nación. En cuanto a su hija...

—Está en la cama —se apresuró a decir Sarah.

—Bien. Se le dirá que soy un pariente o amigo de la familia. Si descubre la verdad, deberá permanecer encerrada en casa. Y en todo caso, su padre será mejor que no salga.

—No le gustará nada —dudó Sarah.

—No queda más remedio. Y ahora, puesto que nadie más vive con ustedes...

—Al parecer, está muy bien informado sobre nosotros —murmuró Norman.

—Bastante —convino Handley—. De todos modos, éstas son por el momento mis instrucciones. Intentaré, por mi parte, cooperar en la medida de lo posible y no causarles molestias. El gobierno pagará mi mantenimiento, así que no supondré ningún gasto para ustedes. Cada noche, seré relevado por alguien que se instalará en esta habitación. No habrá problemas de acomodo para dormir. Y ahora, señor Muller...

—¿Sí, señor?

—Lámeme Phil —repitió el agente—. Estos dos días preliminares antes del anuncio formal servirán para que se acostumbre a ver su posición. Preferimos que se enfrente a Multivac en un estado mental lo más normal posible. Descanse tranquilo e intente tomarse todo esto como si se tratase de su trabajo diario. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Norman. De pronto, denegó violentamente con la cabeza—. ¡Pero yo no deseo esa responsabilidad! ¿Por qué yo?

—Muy bien, vayamos al grano. Multivac sopesa toda clase de factores conocidos, billones de ellos. Pero existe un factor desconocido, y creo que seguirá siéndolo por mucho tiempo. Dicho factor es el módulo de reacción de la mente humana. Todos los norteamericanos están sometidos a la presión moldeadora de lo que los otros norteamericanos hacen y dicen, de las cosas que a él se le hacen y de las que él hace a los demás. Cualquier norteamericano puede ser llevado ante Multivac para determinar la tendencia de todas las demás mentes del país. En un momento dado, algunos norteamericanos resultan mejores que otros a tal fin. Eso depende de los acontecimientos del año. Multivac le seleccionó a usted como al más representativo del actual. No el más despejado, ni el más fuerte, ni el más dichoso, sino el más representativo. Y no vamos a dudar de Multivac, ¿no es así?

—¿Y no podría equivocarse? —preguntó Norman.

Sarah, que escuchaba impaciente, le interrumpió:

—No le haga caso, señor. Está nervioso... En realidad, es muy instruido y ha seguido siempre las cuestiones políticas de cerca.

—Multivac toma las decisiones, señora Muller —respondió Handley—. Y él eligió a su esposo.

—¿Pero seguro que lo sabe todo? —insistió Norman tercamente—. ¿No podría haber cometido un error?

—Pues sí. No hay motivo para no ser franco. En 1993, el votante seleccionado murió de un ataque dos horas antes del instante fijado para notificarle su elección. Multivac no predijo aquello. Le era imposible. Un votante puede ser mentalmente inestable, moralmente improcedente, incluso desleal. Multivac no puede conocerlo todo sobre todos, si no se le proporcionan los datos. Por eso, siempre se seleccionan algunos candidatos más. No creo que tengamos que recurrir a ninguno de ellos en esta ocasión. Usted está en buen estado de salud, señor Muller, y ha sido investigado a fondo. Sirve.

Norman ocultó el rostro entre las manos y se quedó inmóvil.

—Mañana por la mañana se encontrará perfectamente bien —intervino Sarah—. Tiene que acostumbrarse a la idea, eso es todo.

—Desde luego —asintió Handley.

En la intimidad del dormitorio, Sarah Muller se expresó de distinta y más enérgica manera. El estribillo de su perorata era el siguiente:

—Compórtate como es debido, Norman. Parece como si intentaras lanzar por la borda la suerte de tu vida.

Norman musitó desesperado:

—Me atemoriza, Sarah. Todo este asunto...

—¿Y por qué, santo Dios? ¿Qué otra cosa debes hacer más que responder a una o dos preguntas?

—Demasiada responsabilidad. Me abruma.

—¿Qué responsabilidad? No existe ninguna. Multivac te seleccionó, ¿no? Pues a él le corresponde la responsabilidad. Todo el mundo lo sabe.

Norman se incorporó, quedando sentado en la cama, en súbito arranque de rebeldía y angustia.

—Se supone que todo el mundo lo sabe. Pero no lo saben. Ellos...

—Baja la voz —siseó Sarah en tono glacial—. Van a oírte hasta en la ciudad.

—No me oirán —replicó Norman, pero bajó en efecto la voz hasta convertirla en un cuchicheo—. Cuando se habla de la Administración Ridgely de 1988, ¿dice alguien que ganó con promesas fantásticas y demagogia racista? ¡Qué va! Se habla del «maldito voto MacComber», como si Humphrey MacComber fuese el único responsable por las respuestas que dio a Multivac. Yo mismo he caído en eso... En cambio, ahora pienso que el pobre tipo no era sino un pequeño granjero que nunca pidió que le eligieran. ¿Por qué echarle la culpa? Y ya ves, ahora su nombre está maldito...

—Te portas como un niño —le reprochó Sarah.

—No, me porto como una persona sensible. Te lo digo, Sarah, no aceptaré. No pueden obligarme a votar contra mi voluntad. Diré que estoy enfermo. Diré...

Pero Sarah ya tenía bastante.

—Ahora, escúchame —masculló con fría cólera—. No eres tú el único afectado. Ya sabes lo que supone ser el Votante del Año. Y de un año presidencial para colmo. Significa publicidad, y fama, y posiblemente montones de dinero...

—Y luego volver a la oficina.

—No volverás. Y si vuelves, te nombrarán jefe de departamento por lo menos..., siempre que tengas un poco de seso. Y lo tendrás, porque yo te diré lo que debes hacer. Si juegas bien las cartas, controlarás esa clase de publicidad y obligarás a los Almacenes Kennell a un contrato en firme, a una cláusula concediéndote un salario progresivo y a que te aseguren una pensión decente.

—Pero ése no es exactamente el objetivo de un votante, Sarah.

—Pues será el tuyo. Si no te crees obligado a hacer nada ni por ti ni por mí, y conste que no pido nada para mí, piensa en Linda. Se lo debes.

Norman exhaló un gemido.

—Bien, ¿estás de acuerdo? —le atosigó Sarah.

—Sí, querida —murmuró Norman.

El 3 de noviembre se publicó el anuncio oficial. A partir de entonces, Norman no se encontraba ya en situación de retirarse, aun en el caso de reunir el valor necesario para intentarlo.

Sellaron su casa, y agentes del servicio secreto hicieron su aparición en el exterior, bloqueando todo acceso.

Al principio, sonó sin cesar el teléfono, pero fue Phillip Handley quien respondió a todas las llamadas, con una amable sonrisa de excusa. Al fin, la central pasó todas las llamadas al puesto de policía.

Norman pensó que de ese modo se ahorra no sólo las alborozadas (y envidiosas) felicitaciones de los amigos, sino también la pesada insistencia de los vendedores que husmeaban una perspectiva y la artera afabilidad de los políticos de toda la nación... Quizás hasta las amenazas de muerte de los inevitables descontentos.

Se prohibió que entrasen periódicos en la casa, a fin de mantenerle al margen de cualquier presión, y se desconectó amable pero firmemente la televisión, a pesar de las indignadas protestas de Linda.

Matthew gruñía y se metía en su habitación; Linda, pasada la primera racha de excitación, hacía pucheros y lloriqueaba porque no le permitían salir de casa; Sarah dividía su tiempo entre la preparación de las comidas para el presente y el establecimiento de planes para el futuro, en tanto que la depresión de Norman seguía alimentándose a sí misma.

Y la mañana del martes 4 de noviembre del año 2008 llegó por fin. Era el día de las elecciones.

El desayuno se sirvió temprano, pero sólo comió Norman Muller, y aun él de manera mecánica. Ni la ducha ni el afeitado lograron devolverle a la realidad, ni desvanecer su convicción de estar tan sucio por fuera como sucio se sentía por dentro.

La voz amistosa de Handley hizo cuanto pudo para infundir cierta normalidad en el gris y hosco amanecer. La predicción meteorológica había señalado un día nuboso, con perspectivas de lluvia antes del mediodía.

—Mantendremos la casa aislada hasta el regreso del señor Muller. Después, dejaremos de estar colgados de su cuello.

El agente del servicio secreto vestía ahora su uniforme completo, incluidas las armas en sus pistoleras, abundantemente tachonadas de cobre.

—No nos ha causado molestia alguna, señor Handley —dijo Sarah con bobalicona sonrisa.

Norman se bebió dos tazas de café bien cargado, se secó los labios con una servilleta, se levantó y dijo con aire decidido:

—Estoy dispuesto...

Handley se levantó a su vez.

—Muy bien, señor. Y gracias, señora Muller, por su amable hospitalidad.

El coche blindado atravesó con un ronquido las calles vacías. Siempre lo estaban aquel día, a aquella hora determinada.

Handley dio una explicación al respecto:

—Desvían siempre el tráfico desde el atentado que por poco impide la elección de Leverett en el 92. Habían puesto bombas.

Cuando el coche se detuvo, Norman fue ayudado a descender por el siempre cortés Handley. Se encontraba en un pasaje subterráneo, junto a cuyas paredes se alineaban soldados en posición de firmes.

Le condujeron a una estancia brillantemente iluminada. Tres hombres uniformados de blanco le saludaron sonrientes.

—¡Pero esto es un hospital! —exclamó Norman.

—No tiene importancia alguna —replicó al instante Handley—. Se debe sólo a que el hospital dispone de las comodidades necesarias...

—Bien, ¿y qué debo hacer yo?

Handley inclinó la cabeza, y uno de los tres hombres vestidos de blanco se adelantó.

—Yo me encargaré de él a partir de ahora, agente.

Handley saludó con desenvoltura y abandonó la habitación.

El hombre de blanco dijo:

—¿No quiere sentarse, señor Muller? Yo soy John Paulson, calculador jefe. Le presento a Samson Levine y Peter Dorogobuzh, mis ayudantes.

Norman estrechó envaradamente las manos de todos. Paulson era hombre de mediana estatura, con un rostro de perenne sonrisa, y un evidente tupé. Usaba gafas de montura de plástico, de modelo anticuado. Mientras hablaba, encendió un cigarrillo. Norman rehusó el que le fue ofrecido.

—En primer lugar, señor Muller —dijo Paulson—, deseo que sepa que no tenemos prisa alguna. En caso necesario, permanecerá con nosotros todo el día, para que se acostumbre al ambiente y descarte la idea que se trata de algo insólito, para que olvide su aspecto... clínico. Creo que sabe a qué me refiero.

—Sí, desde luego —contestó Norman—. Pero me gustaría que todo hubiese terminado ya.

—Comprendo sus sentimientos. Sin embargo, deseamos exponerle con exactitud

el procedimiento. En primer lugar, Multivac no está aquí.

—¿Que no está?

Aun en medio de su abatimiento, había deseado ver a Multivac, del que se decía que medía más de kilómetro y medio de largo, que tenía una altura equivalente a tres pisos y que cincuenta técnicos recorrían sin cesar los corredores interiores de su estructura. Una de las maravillas del mundo.

Paulson sonrió.

—En efecto, no es portátil —confirmó—. De hecho, se encuentra emplazado en un subterráneo, y pocos son los que conocen el lugar preciso. Muy lógico, ¿verdad?, ya que supone nuestro supremo recurso natural. Créame, las elecciones no constituyen su única función.

Norman pensó que el hombre de blanco se mostraba deliberadamente parlanchín, pero de todos modos se sentía intrigado.

—Me gustaría verlo...

—No lo dudo. Mas para ello se necesita una orden presidencial, refrendada luego por el departamento de seguridad. Sin embargo, nos mantenemos en conexión con Multivac por transmisión de ondas. Cuanto él diga puede ser interpretado aquí, y cuanto nosotros digamos le será transmitido. Así que, en cierto sentido, nos hallamos en su presencia.

Norman miró a su alrededor. Las máquinas y aparatos que había en la estancia carecían de significado para él.

—Permítame que se lo explique, señor Muller —prosiguió Paulson—. Multivac posee ya la mayoría de la información necesaria para decidir todas las elecciones, nacionales, provinciales y locales. Únicamente necesita comprobar ciertas imponderables actitudes mentales y, para ello, recurriremos a usted. No podemos predecir qué preguntas formulará, aunque está en lo posible que no tengan mucho sentido para usted..., ni siquiera para nosotros en realidad. Tal vez le pregunte qué opina sobre la recogida de basuras en su ciudad o si considera preferibles los incineradores centrales. O bien, si tiene usted un médico de cabecera o acude a la seguridad social... ¿Comprende?

—Sí, señor.

—Pues bien, pregunte lo que pregunte, usted responderá como mejor le plazca. Y si cree que debe extenderse un poco en su explicación, hágalo. Puede hablar durante una hora si lo juzga necesario.

—Sí, señor.

—Una cosa más. Debemos emplear algunos sencillos aparatos que registrarán automáticamente su presión sanguínea, las pulsaciones, la conductividad de la piel y las ondas cerebrales mientras habla. La maquinaria le parecerá formidable, pero es totalmente indolora... Ni siquiera la notará.

Los otros dos técnicos se atareaban ya con relucientes y pulidos aparatos, de ruedas engrasadas.

—¿Desean comprobar si estoy mintiendo o no? —preguntó Norman.

—De ningún modo, señor Muller. No se trata en absoluto de detección de mentiras, sino de una simple medida de la intensidad emotiva. Por ejemplo, si la máquina le pregunta su opinión sobre la escuela de su pequeña, quizá conteste usted: «A mi entender, está atestada». Mas ésas son sólo palabras. Por la manera en que reaccionen su cerebro, corazón, hormonas y glándulas sudoríparas, Multivac juzgará con exactitud con qué intensidad se interesa usted por la cuestión. Descubrirá sus sentimientos, los traducirá mejor que usted mismo.

—Jamás oí cosa igual —manifestó Norman.

—Estoy seguro que no. La mayoría de los detalles de Multivac son secretos celosamente guardados. Cuando se marche, se le pedirá que firme un documento jurando que jamás revelará la naturaleza de las preguntas que se le formularon, como tampoco sus respuestas, ni lo que se hizo o cómo se hizo. Cuanto menos se conozca a Multivac, menos oportunidades habrá de presiones exteriores sobre los hombres que trabajan a su servicio o se sirven de él para su trabajo. —Sonrió melancólico—. Nuestra vida resulta bastante dura...

—Lo comprendo.

—Y ahora, ¿desearía comer o beber algo?

—No, gracias. Nada por el momento.

—¿Alguna otra pregunta que formular?

Norman meneó la cabeza en gesto negativo.

—En ese caso, usted nos dirá cuando se halla dispuesto.

—Ya lo estoy.

—¿Seguro?

—Por completo.

Paulson asintió. Alzó una mano en dirección a sus ayudantes, quienes se adelantaron con su aterrador instrumental. Muller sintió que su respiración se aceleraba mientras les veía aproximarse.

La prueba duró casi tres horas, con una breve interrupción para tomar café y una embarazosa sesión con un orinal. Durante todo ese tiempo, Norman Muller permaneció encajonado entre la maquinaria. Al final, tenía los huesos molidos.

Pensó sardónicamente que le sería muy fácil mantener su promesa de no revelar nada de lo que había acontecido. Las preguntas ya se habían reducido a una especie de vagarosa bruma en su mente.

Había pensado que Multivac hablaría con voz sepulcral y sobrehumana, resonante y llena de ecos. Ahora concluyó que aquella idea se la había sugerido la excesiva

espectacularidad de la televisión. La verdad le decepcionó en extremo. Las preguntas aparecían perforadas sobre una cinta metálica, que una segunda máquina convertía en palabras. Paulson leía a Norman estas palabras, en las que se contenía la pregunta, y luego dejaba que las leyese por sí mismo.

Las respuestas de Norman se inscribían en una máquina registradora, repitiéndolas para que las confirmara. Se anotaban entonces las enmiendas y observaciones suplementarias, todo lo cual se transmitía a Multivac.

La única pregunta que Norman recordaba de momento era una incongruente bagatela:

—¿Qué opina usted del precio de los huevos?

Ahora todo había terminado. Los operadores retiraron suavemente los electrodos conectados a diversas partes de su cuerpo, desligaron la banda pulsadora de su brazo y apartaron la maquinaria a un lado.

Norman se puso en pie, respiró profundamente, se estremeció y dijo:

—¿Ya está todo? ¿Se acabó?

—No, no del todo —respondió Paulson, sonriendo animoso—. Debemos pedirle que se quede durante otra hora.

—¿Y por qué? —preguntó Norman con cierta acritud.

—Es el tiempo preciso para que Multivac incluya sus nuevos datos entre los trillones que ya dispone. Sepa usted que existen miles de alternativas, algo sumamente complejo... Puede suceder que se produzca algún raro debate aquí o allá, que algún interventor en Phoenix, Arizona, o bien alguna asamblea en Wilkesboro, Carolina del Norte, formulen alguna duda. En tal caso, Multivac precisará hacerle una o dos preguntas decisivas.

—No —se negó Norman—. No quiero pasar de nuevo por eso.

—Probablemente no sucederá —trató de tranquilizarle Paulson—. Raras veces ocurre... De todos modos, deberá quedarse por si acaso. —Cierta tono acerado, un tenue matiz, asomó a su voz—. No tiene opción, ya lo sabe. Debe quedarse.

Norman se sentó con aire fatigado, encogiéndose de hombros.

—No podemos dejarle leer el periódico —añadió Paulson—, pero si quiere una novela policíaca, o jugar al ajedrez..., cualquier cosa en fin que esté en nuestra mano proporcionarle para que se entretenga, dígalo sin reparos.

—No deseo nada, gracias. Esperaré.

Paulson y sus ayudantes se retiraron a una pequeña habitación, contigua a la estancia en que Norman había sido interrogado. Y éste se dejó caer en un butacón tapizado de plástico, cerrando los ojos.

Tendría que aguardar a que transcurriese aquella hora lo mejor posible.

Bien arrellanado en su asiento, poco a poco fue cediendo su tensión. Su

respiración se hizo menos entrecortada y, al entrelazar las manos, no advirtió ya ningún temblor en sus dedos.

Tal vez no hubiese ya más preguntas. Tal vez hubiese acabado de modo definitivo.

Y si todo había terminado, ahora vendrían los desfiles de antorchas y las invitaciones para hablar en toda clase de solemnidades. ¡El Votante del Año!

Él, Norman Muller, un vulgar empleado de un almacén de Bloomington, Indiana, un hombre que no había nacido grande ni había realizado jamás acto alguno de grandeza, se hallaría en la extraordinaria situación de impulsar a otro a la grandeza.

Los historiadores hablarían con serenidad de la Elección Muller del año 2008. Ése sería su nombre, la Elección Muller.

La publicidad, el puesto mejor, el chorro de dinero que tanto interesaba a Sarah, ocupaban sólo un rincón de su mente. Todo ello sería bienvenido, desde luego. No lo rechazaría. Pero, por el momento, era otra cosa lo que comenzaba a preocuparle.

Se agitaba en él un latente patriotismo. Al fin y al cabo, representaba a todo el electorado. Era el punto focal de todos ellos. En su propia persona, y durante aquel día, se encarnaba todo Estados Unidos...

Se abrió la puerta, despertando su atención y despabilándole por completo. Durante unos instantes, sintió que se le encogía el estómago. ¡Que no le hicieran más preguntas!

Pero Paulson sonreía.

—Hemos terminado, señor Muller.

—¿No más preguntas, señor?

—No hay ninguna necesidad. Todo ha quedado completamente claro. Será usted escoltado hasta su casa y volverá a ser un ciudadano particular..., en la medida en que el público lo permita.

—Gracias, muchas gracias. —Norman se sonrojó—. Me preguntaba... ¿Quién ha sido elegido?

Paulson meneó la cabeza.

—Tendrá que esperar al anuncio oficial. El reglamento se muestra muy severo al respecto. No podemos decírselo ni siquiera a usted. Supongo que lo comprende...

—Desde luego.

Norman parecía embarazado.

—El servicio secreto tendrá dispuestos los papeles necesarios para que usted los firme.

—Sí.

De pronto, Norman se sintió orgulloso, lleno de energía. Ufano y arrogante. En este mundo imperfecto, el pueblo soberano de la primera y mayor Democracia

Electrónica había ejercido una vez más, a través de Norman Muller (a través de *él*), su libre derecho al sufragio universal.

EDMOND HAMILTON

TIERRA EXTRAÑA

Alien Earth

Capítulo primero

VIDA RALENTIZADA

El muerto estaba de pie en un pequeño claro iluminado por la Luna en mitad de la jungla, donde Farris le había encontrado.

Era un hombrecillo aceitunado vestido con una tela de algodón blanca. Un miembro típico de las tribus laosianas de aquella tierra de nadie, en plena Indochina. Estaba de pie sin sostenerse en sitio alguno, con los ojos abiertos, la mirada fija al frente sin parpadear y un pie ligeramente levantado del suelo y no respiraba.

—¡Pero no puede estar muerto! —exclamó Farris—. Los muertos no aparecen de pie en plena selva.

Piang, el guía, le interrumpió. Aquel engreído nativo de Annam había perdido toda su autosuficiencia desde el mismo instante en que se apartaron del sendero y aquel muerto inmóvil y en pie había completado su desmoralización.

Desde que los dos hombres habían penetrado dando traspies en aquel bosquecillo de árboles de algodón y casi habían tropezado con el muerto, Piang no había dejado de barbotear palabras inconexas con aire asustado, sin dejar de señalar la figura, absolutamente inmóvil. Ahora, por fin, Farris le oyó decir con claridad:

—¡Ese hombre está *hunati*! ¡No le toque! ¡Tenemos que irnos de aquí, hemos penetrado en un rincón malo de la selva!

Farris no se movió. Llevaba demasiados años como buscador de árboles de teca para ser del todo escéptico a las supersticiones del sudeste asiático pero, por otra parte, sentía cierta responsabilidad para con el hombre.

—Si no está muerto, como dices, seguro que le sucede algo y necesita ayuda —sentenció.

—¡No, no! —insistió Piang—. ¡Está *hunati*! ¡Vámonos de aquí en seguida!

Pálido de terror, el guía echó un vistazo a la arboleda iluminada por la Luna. Se encontraban en una meseta baja donde la jungla era más monzónica que tropical. Los grandes árboles de algodón y los ficus estaban menos ahogados aquí por los matorrales y los zarcillos, y a través de mortecinos pasillos que se abrían entre las plantas podía divisarse, al fondo, unos gigantescos banianos que se alzaban como señores oscuros de aquel silencio plateado.

El silencio. El silencio era demasiado total para ser del todo normal. Hasta ellos llegaba el débil jolgorio de los pájaros y los monos procedente de la espesura, más allá de la arboleda y, por un instante, escucharon el rugido de un tigre traído por el eco desde las colinas laosianas. Sin embargo, la meseta en que se encontraban y la espesura que la circundaba permanecían en total silencio.

Farris se acercó al nativo, inmóvil y con la mirada fija, y le tocó suavemente la

muñeca, delgada y de piel oscura. Durante unos instantes, le fue imposible localizarle el pulso. Por fin, notó un latido, una pulsación increíblemente lenta.

—Un latido cada dos minutos —murmuró Farris—. ¿Cómo diablos puede mantenerse con vida?

Observó con atención el pecho desnudo del hombre. Vio que se alzaba, pero con tal lentitud que el ojo apenas podía captar el movimiento. Permaneció expandido dos minutos y luego, con igual lentitud, empezó a bajar otra vez.

Farris se sacó del bolsillo una linterna e iluminó los ojos del individuo. Éste no reaccionó al estímulo, al menos al principio. Después, lentamente, sus párpados se contrajeron hasta cerrarse y, tras permanecer cerrados unos instantes, volvieron a abrirse a la misma velocidad casi inapreciable.

—Ha parpadeado... ¡pero con una lentitud cien veces mayor de lo normal! —exclamó—. El pulso, la respiración, los reflejos... todos le funcionan cien veces más lentamente de lo normal. Ese hombre ha sufrido una conmoción o bien está drogado.

Entonces advirtió algo que le produjo un ligero escalofrío.

El ojo del individuo parecía estar volviéndose hacia él con infinita lentitud y su pie levantado se había alzado un poco más. Como si estuviera caminando, pero aun ritmo cien veces más lento de lo normal.

Aquello era espantoso. Pero a continuación llegó hasta Farris algo todavía más espeluznante. Un ruido... el sonido de una ramita al quebrarse.

Piang exhaló el aire en un silbido de puro miedo y señaló hacia la arboleda. Farris miró hacia allí bajo la luz de la luna.

A unos cien metros había otro nativo. También permanecía inmóvil, pero tenía el cuerpo inclinado hacia delante con el ademán de un corredor repentinamente congelado. Y bajo sus pies, había crujido la ramita que habíamos oído.

—Adoran a los grandes, ¡por el Cambio! —dijo mi guía annamés con un ronco tono de pavor en la voz—. ¡No debemos entremeternos!

Lo mismo decidió Farris. Aparentemente, se había metido en algún extraño rito mágico de la jungla, y ya había tenido suficientes experiencias con los nativos asiáticos como para no desear intervenir en sus misteriosas religiones propias.

Él estaba en aquel rincón perdido, en la parte más oriental de Indochina, para dedicarse al comercio de madera de teca. Y ya tendría suficientes dificultades en aquella inexplorada tierra de nadie para, además, buscarse problemas con las tribus. Aquellos extraños hombres entre vivos y muertos, víctimas de una droga o de una enfermedad, no debían correr peligro si otros hombres de su tribu estaban cerca para vigilarles.

—Sigamos —asintió Farris lacónicamente.

Piang encabezó la marcha en el descenso desde la meseta cubierta por la selva. El guía cruzó la espesura como un ciervo asustado hasta que fueron a dar de nuevo al

camino.

—Éste es... el camino al puesto avanzado del Gobierno —dijo, con gran alivio—. Debimos de perdernos en la hondonada de ahí atrás. No me había adentrado tanto en Laos más que un par de veces.

—Piang, ¿qué es *hunati*? ¿Y ese Cambio que has mencionado?

El guía se puso inmediatamente mucho más serio.

—Es un ritual de adoración. —Después, recuperando en parte su habitual charlatanería, añadió—: Esos hombres de las tribus son muy ignorantes. No han estado en la escuela de la misión, como yo.

—¿Adoración a qué? Los grandes, has dicho antes. ¿Quiénes son?

Piang se encogió de hombros e improvisó una mentira.

—No lo sé. En toda la gran selva, hay hombres que se pueden volver *hunati*, se dice. Yo no sé cómo.

Mientras avanzaba, Farris se puso a pensar. Había notado algo misterioso en aquellos hombres. Una especie de suspensión animada, pero no del todo. Más bien una increíble ralentización de la actividad.

¿Qué debía haberla causado? ¿Y cuál podía ser su propósito?

—Supongo que cualquier tigre o serpiente dará buena cuenta de un hombre en ese estado.

Piang hizo un enérgico gesto de negativa con la cabeza.

—No. El hombre que está *hunati* está a salvo... Al menos, de los animales. Ningún animal le tocará.

Farris quedó asombrado. ¿Se debería quizás a que su extrema inmovilidad hacía que los animales no se fijaran en él? Finalmente, supuso que era parte de las creencias de aquel culto a la naturaleza regido por el miedo. Aquel tipo de animismo era frecuente en esta parte del mundo y no era difícil comprender la razón, se dijo Farris con cierta aprensión. Aquí, en la selva tropical, la naturaleza no era la diosa sonriente de las tierras templadas. Era algo que no se amaba, sino que se temía.

¡Y bien que lo sabía! Había estado dos días en la jungla laosiana desde que dejara el curso del alto Mekong, cuando había calculado que en un día alcanzaría su objetivo: el puesto de investigación botánica del Gobierno francés.

Se quitó de encima unas hormigas aladas que intentaban picarle en su nuca bañada en sudor y lamentó no haberse detenido al caer el sol. Sin embargo, el mapa mostraba que estaban a pocos kilómetros del puesto y habían seguido, sin calcular que Piang perdería el camino y casi debería haber contado con ello, se dijo Farris, pues éste no era sino un sinuoso sendero que daba vueltas y revueltas en la pendiente de la meseta, cubierta de densa maleza.

Los ficus de treinta metros, los palos de Campeche para tintes y los árboles de

algodón tamizaban la luz de la luna. El sendero se retorcía constantemente para evitar los impenetrables infiernos de bambú o para vadear pequeños arroyos, y la espesura de los zarcillos y lianas tenían una diabólica habilidad para engancharle a uno en la oscuridad.

Farris se preguntó si no habrían perdido el camino otra vez y se preguntó también, no por primera vez, por qué habría dejado Norteamérica para meterse en el asunto de la teca.

—Ahí está el puesto —dijo de repente Piang, con manifiesto alivio.

Frente a ellos, en la ladera cubierta por la jungla, había un saliente plano. Allí brillaba una luz, procedente de las ventanas de un bungalow de bambú irregularmente construido.

Farris se dio plena cuenta del cansancio que había acumulado cuando cubrió los últimos metros del camino. Se preguntó si encontraría allí una cama decente y qué tipo de persona sería el tal Berreau para haber escogido enterrarse en aquel puesto de investigación botánica perdido de la mano de Dios.

La casa de bambú estaba rodeada de gráciles palos de Campeche de gran talla, pero la luz de la luna ponía a la vista un jardín alrededor del edificio, circundado por un seto bajo de sapán.

De la galería a oscuras surgió una voz que sorprendió a Farris. Era una voz de muchacha que hablaba en francés.

—¡Por favor, André! ¡No vuelvas con eso! ¡Es una locura!

Una voz de hombre respondió con aspereza:

—*Lys, tais-toi! Je reviendrais...*

Farris carraspeó diplomáticamente y luego dijo, en dirección a la oscura galería:

—¿*Monsieur Berreau?*

Se hizo un silencio total. Después, la puerta de la casa se abrió y la luz procedente del interior bañó a Farris y al guía.

En el umbral, Farris vio a un hombre de unos treinta años, en ropa interior y con la cabeza descubierta, de enjuta y rígida figura.

La muchacha no era más que algo borroso bajo el súbito resplandor. Farris subió los escalones.

—Supongo que no tienen muchos visitantes. Me llamo Hugh Farris. Tengo una carta para usted del *Bureau* de Saigón.

Hubo una pausa. Después, el hombre dijo:

—Si quiere pasar, *M'sieur Farris...*

En la salita iluminada por la luz, de paredes de bambú, Farris dirigió una rápida mirada a la pareja.

A sus expertos ojos, Berreau parecía un hombre que hubiera permanecido demasiado tiempo en los trópicos: sus rasgos finos y rubios estaban deslucidos por el

clima corrosivo y sus ojos tenían un aire inquieto y febril.

—Lys, mi hermana —dijo, al tiempo que asía la carta de manos de Farris.

La sorpresa de éste aumentó. Hasta aquel momento, había supuesto que la muchacha era su esposa. ¿Por qué querría una muchacha tan joven enterrarse en aquella espesura?

No le sorprendió, en cambio, que ésta tuviera un aire desgraciado. Debía ser bastante bonita, pensó, de no ser por aquella mirada de nervioso desconsuelo.

—¿Quiere beber algo? —preguntó ella. Después, dirigiendo una mirada breve y nerviosa a su hermano, le dijo a éste—: Así, ¿ya no te irás, André?

Berreau volvió el rostro hacia el bosque iluminado por la luna, y una tensión ansiosa, de codicia, se formó en sus mejillas. A Farris le causó sobresalto, pero el francés se volvió rápidamente.

—No, Lys. Sírvenos algo, por favor y dile a Ahra que se cuide del guía.

Leyó la carta con rapidez mientras Farris se hundía con un suspiro en una silla de mimbre. Desde ella, alzó la mirada con ojos cansados.

—Así que viene a por teca, ¿no?

Farris asintió.

—Sólo para encontrar los árboles y sacarles unas tiras de corteza. Después tienen que pasar unos años antes de talarlos, ¿sabe?

—El Comisario dice que debo prestarle toda mi colaboración.

Explica la necesidad de abrir nuevas zonas de explotación de madera de teca.

Dobló lentamente la carta. Farris comprendió que, evidentemente, aquello no le gustaba al hombre, pero obedecería las órdenes.

—Haré cuanto pueda por ayudarle —prometió Berreau—. Supongo que querrá contratar a algunos nativos. Yo los conseguiré.

—Un extraño velo pareció nublarle los ojos al añadir—: Pero por aquí hay algunos bosques que no sirven para la explotación forestal.

Ya hablaremos de esto más adelante.

Farris, sintiéndose más exhausto por momentos tras la larga travesía, agradeció el vaso de ron con soda que Lys le tendía.

—Tenemos una pequeña habitación libre. Creo que estará cómodo allí —murmuró.

Farris le dio las gracias.

—Estoy tan cansado que podría dormir sobre un tronco. Tengo los músculos tan rígidos que yo mismo parezco un *hunati*.

El vaso de Berreau cayó al suelo con un súbito estrépito.

Capítulo segundo

BRUJERÍA CIENTÍFICA

El joven francés hizo caso omiso de los fragmentos de cristal y avanzó rápidamente hacia Farris.

—¿Qué sabe usted de los *hunati*? —preguntó en tono áspero.

Asombrado, Farris advirtió que las manos del hombre temblaban.

—No sé nada, salvo lo que vi en la jungla. Topamos con un hombre inmóvil bajo la luz de la luna que parecía muerto, pero no lo estaba. Simplemente, parecía increíblemente ralentizado. Piang me dijo que estaba *hunati*.

Un destello cruzó la mirada de Berreau.

—¡Sabía que se iba a convocar el Rito! —exclamó—. Y los otros han llegado...

Se palpó. Era como si la falta de costumbre de tener extraños cerca le hubiera hecho olvidar por un instante la presencia de Farris.

Lys bajó su rubia cabeza y apartó la mirada de Farris.

—¿Qué decía usted? —preguntó el norteamericano.

Sin embargo, Berreau se había puesto en tensión y volvía a escoger sus palabras.

—Las tribus laosianas tienen unas creencias muy extrañas, *M'sieur* Farris. Un poco difíciles de comprender.

He tenido ocasión de ver algunas brujerías muy raras en mis viajes por Asia, pero eso es increíble.

—Es ciencia, no brujería —corrigió Berreau—. Ciencia primitiva, nacida hace mucho tiempo y transmitida por tradición oral. El hombre que vio en la jungla estaba bajo la influencia de un producto químico que no se encuentra en nuestra farmacopea, pero que no es menos potente.

—¿Quiere usted decir que esas tribus tienen un fármaco que ralentiza los procesos vitales hasta reducirlos a esa increíble lentitud? —preguntó Farris con aire escéptico—. ¿Algo que nuestra ciencia moderna desconoce?

—¿Tan extraño le parece? Recuerde, *M'sieur* Farris, que hace un siglo, una vieja campesina inglesa curaba las enfermedades cardíacas con una flor, el digital, hasta que un médico estudió su remedio y descubrió la digitalina.

—Pero ¿por qué iba a querer vivir tan despacio incluso un laosiano de estas tribus? —inquirió Farris.

—Porque ellos creen que pueden comunicarse con algo mucho más grande que ellos mismos —respondió Berreau.

—*M'sieur* Farris —interrumpió Lys—, debe de estar muy cansado. La cama ya está preparada.

Farris vio el temor nervioso de su rostro y comprendió que la muchacha quería

poner fin a la conversación.

Antes de abandonarse al sueño estuvo pensando en Berreau. Había algo extraño en aquel tipo. Le había parecido demasiado entusiasmado con el asunto aquel de los *hunati*. Sin embargo, aquella increíble e inexplicable ralentización del ritmo vital del ser humano era lo bastante extraño para trastornar a cualquiera. ¿Qué dioses podían ser tan extraños que el hombre tuviera que vivir cien veces más lento de lo normal para comunicarse con ellos?

A la mañana siguiente, desayunó con Lys en la amplia galería.

La muchacha le dijo que su hermano ya había salido.

—Después le llevará al poblado del valle para buscar a sus trabajadores —le informó.

Farris advirtió en su rostro la leve sombra de la infelicidad. Lys miraba en silencio hacia el gran océano verde de la jungla que se extendía más allá de la meseta en cuya ladera se encontraban.

—¿No le gusta la selva? —preguntó Farris.

—La odio —dijo ella—. Una se asfixia aquí.

Farris le preguntó por qué no se iba, y ella se encogió de hombros.

—Lo haré pronto. Es inútil quedarse. André no regresará conmigo. Ha estado aquí cinco años —continuó—, demasiado tiempo.

Cuando vi que no regresaba a Francia, vine para llevármelo, pero no quiere irse. Ahora tiene vínculos aquí.

Volvió a quedar en silencio. Farris se abstuvo, discretamente, de preguntarle a qué vínculos se refería. Quizás hubiera alguna mujer annamesa detrás, aunque Berreau no parecía de aquel tipo de hombres.

El día empezó su tarea de convertirse en pegajosamente tropical, y transcurrieron las horas cálidas y tranquilas de la mañana.

Farris, tumbado en una silla y descansando a gusto, aguardó a que volviera Berreau.

Pero éste no regresó y cuando la tarde empezó a difuminarse, Lys se puso más y más nerviosa.

Una hora antes del atardecer, salió a la galería vestida con unos pantalones y chaqueta.

—Voy al poblado; volveré pronto —dijo a Farris.

La muchacha mentía muy mal. Farris se puso en pie.

—Vas a por tu hermano. ¿Dónde está?

En el rostro de Lys se reflejaron la inquietud y la duda. Finalmente, permaneció en silencio.

—Créeme, quiero ser un amigo —dijo Farris con suavidad—. Tu hermano está

mezclado en algo aquí, ¿verdad?

Ella asintió, con el rostro blanco como la cera.

—Por eso no ha querido volver a Francia conmigo. No puede decidirse. Es como un horrible vicio que le tuviera fascinado.

—¿De qué se trata?

—No puedo decirlo —replicó ella con un gesto de la cabeza—. Espera aquí, por favor.

Farris la vio partir y advirtió que se encaminaba ladera arriba, en lugar de descender. Iba hacia la parte alta de la meseta cubierta por la jungla.

Llegó a su altura con rápidas zancadas.

—No puedes subir sola a la jungla, para buscarle a ciegas.

—No le busco a ciegas. Creo saber dónde está —susurró Lys—. Pero tú no debes ir allí. A los nativos no les gustaría.

Farris comprendió al instante.

—¿Es esa arboleda de la meseta, donde encontramos a los *hunati*?

El silencio de la muchacha fue elocuente.

—Vuelve al bungalow —dijo él—; yo le encontraré.

Lys no estaba dispuesta a hacerlo. Farris se encogió de hombros y empezó a avanzar.

—Entonces, iremos juntos.

Ella titubeó, pero al fin continuó. Subieron la ladera de la meseta y cruzaron la jungla.

El sol poniente enviaba dardos y flechas de oro fundido por las rendijas del enorme dosel de follaje bajo el que avanzaban. El denso verde de la selva exhalaba cálidos y olorosos efluvios. Hasta los pájaros y monos estaban silenciosos a aquella hora sofocante.

—¿Está metido tu hermano en esos extraños ritos de los *hunati*? —preguntó Farris.

Lys alzó la vista como para lanzar una inmediata negativa, pero volvió a bajar los ojos.

—En cierto modo, así es. Su pasión por la botánica le llevó a interesarse por ello, y ahora está metido hasta el cuello.

Farris estaba sorprendido y confuso.

—¿Cómo puede el interés por la botánica llevar a un hombre a ese loco ritual a base de drogas o lo que sea?

La muchacha no respondió a eso. Avanzó en silencio hasta que alcanzaron la parte alta de la meseta. Una vez allí, se volvió para susurrar:

—Ahora debemos guardar silencio. No nos conviene que nos vean aquí.

La arboleda que cubría la meseta estaba dividida por las barras horizontales de la

roja luz del crepúsculo. Los grandes árboles de algodón y los ficus eran pilares que sostenían una inmensa nave catedralicia de un verde cada vez más oscuro.

Un poco más adelante se alzaban los banianos enormes, como monstruos que ya había visto a la ida a la luz de la luna. Aquellos árboles empequeñecían cuanto había a su alrededor, como enormes torres infinitamente longevas e infinitamente majestuosas.

Farris vio de repente a un nativo laosiano, una pequeña figura oscura, a diez metros de distancia delante de él. Había otros dos, a cierta distancia y todos estaban allí totalmente quietos, mirando en otras direcciones.

Reconoció en ellos a los *hunati*. Hombres en aquel extraño estado de vida ralentizada, retardada hasta extremos increíbles en sus procesos vitales. Farris notó un escalofrío y murmuró por encima del hombro:

—Será mejor que regreses al bungalow y esperes.

—No —susurró ella—. Ahí está André.

Farris se volvió, sobresaltado. Entonces, también él vio a Berreau.

Su cabeza rubia descubierta, su rostro enjuto y blanco, como una máscara, congelado en una postura bajo una gigantesca higuera a unos treinta metros a la derecha.

¡Hunati!

Aunque Farris lo había pensado, no por ello se sentía menos sorprendido. Tampoco era que considerara a los nativos como seres inferiores. Lo más extraño para él era que, apenas unas horas antes, había estado hablando con un Berreau absolutamente normal. ¡Y ahora, le encontraba así!

Berreau permanecía de pie en una posición ridícula que recordaba las «estatuas vivientes» de la antigüedad. Un pie ligeramente levantado, el cuerpo algo inclinado hacia delante y los brazos un poco alzados.

Al igual que los nativos ralentizados de delante, Berreau estaba vuelto hacia el rincón más alejado de la arboleda, donde se alzaban los gigantes banianos. Farris le tocó el brazo.

—Berreau, tiene que despertar de esa pesadilla.

—No sirve de nada hablarle —susurró la muchacha—. No te escucha.

No, no escuchaba. Estaba viviendo a un ritmo tan lento que ningún sonido tenía sentido para él. Su rostro era una máscara rígida, con los labios ligeramente entreabiertos para respirar y la mirada fija al frente. Lenta, muy lentamente, los párpados se cerraron y cubrieron aquellos ojos de mirada fija, antes de volver a abrirse en un parpadeo infinitamente ralentizado.

El movimiento, el pulso, la respiración... todo cien veces más lento de lo normal. Estaba vivo, pero no en forma humana. En absoluto en forma humana...

Lys estaba tan anonadada como Farris. Más tarde, éste se dio cuenta de que, hasta aquel instante, no debía haber visto nunca a su hermano en aquel estado.

—Tenemos que llevarle al bungalow, como sea —murmuró la muchacha—. ¡No puedo dejarle otra vez aquí fuera días y días!

Farris agradeció el pequeño problema práctico que le permitió apartar sus pensamientos de aquel horror inmóvil, congelado, aunque sólo fuera por un instante.

—Podemos improvisar una camilla con nuestras chaquetas —dijo—. Cortaré un par de palos.

Los dos bambúes, pasados por las mangas de ambas chaquetas, resultaron una parihuela de fortuna que dejaron en el suelo.

Farris alzó a Berreau. El cuerpo de éste estaba rígido, con los músculos tensos en un esfuerzo no menos potente porque fuera infinitamente lento.

Depositó al francés en la camilla y miró a la muchacha.

—¿Me ayudas a llevarlo? ¿O vas por un nativo?

Ella movió la cabeza en actitud negativa.

—Los nativos no deben enterarse de esto. André no pesa mucho.

Era cierto. Pesaba muy poco, como si estuviera consumido por la fiebre, aunque el horrorizado Farris sabía que no era la fiebre lo que le afectaba.

¿Por qué saldría a la jungla un joven botánico civilizado y empezaría a tomar una asquerosa droga primitiva que le ralentizaba a uno hasta dejarle en un estado de helado estupor? No tenía sentido.

Lys condujo su parte de la carga viviente bajo la mortecina luz de la luna en completo silencio. No dijo nada, ni siquiera cuando, de trecho en trecho, depositaron el cuerpo del muchacho en el suelo para tomarse un descanso.

Una vez llegaron al bungalow y lo depositaron en la cama, la muchacha se derrumbó en una silla y ocultó el rostro entre sus manos.

Farris le habló dándole unos ánimos que él mismo no tenía.

—No te preocupes. Ahora le cuidaremos. Pronto le sacaremos de esto.

Ella movió la cabeza con gesto de negativa.

—¡No! ¡No intentes despertarle! Tiene que hacerlo por sí mismo, y le llevará muchos días.

«De ningún modo», pensó Farris. Él tenía que buscar la madera de teca, y necesitaba que Berreau le ayudara a contratar la mano de obra.

Entonces, el abatimiento de la pequeña figura de la muchacha le emocionó. Se acercó y suavemente le golpeó en el hombro.

—Está bien, te ayudaré a cuidar de él. Veremos de meterle un poco de sentido común para hacerle regresar a Francia y ahora veamos qué hay de cena.

Lys encendió una lámpara y salió. Farris escuchó que llamaba a los sirvientes.

Miró a Berreau y volvió a sentirse mal. El francés yacía en la cama con la mirada

fija en el techo. Estaba vivo, respiraba..., y sin embargo su retardado ritmo vital le distanciaba de Farris tanto como pudiera hacerlo la muerte.

No. No del todo. Lenta, tan lentamente que apenas alcanzaba a detectar el movimiento, los ojos de Berreau se volvían hacia la figura de Farris.

Lys entró de nuevo en la sala. Seguía en silencio, pero Farris empezaba a conocerla mejor y, por su expresión, supo que estaba asombrada.

¡Los criados se han ido! ¡Ahra, y las muchachas..., y también tu guía! Deben de habernos visto traer a André.

Farris la comprendió.

¿Entonces nos han dejado porque hemos traído de vuelta a un hombre que está *hunati*?

—Todos los nativos temen ese rito —asintió ella—. Se dice que sólo algunos se dedican a ello, pero todos le tienen un temor reverencial.

Farris dedicó un instante a maldecir en voz baja al desaparecido annamés que le había llevado hasta allí.

—Piang se ha largado como un conejo asustado a las primeras de cambio. Un buen comienzo para el trabajo que tengo que hacer aquí.

—Quizás habría sido mejor que te fueras con él —murmuró Lys, titubeante. A continuación, añadió en clara contradicción con lo anterior—: No, no puedo tomarme la situación con heroísmo. ¡Quédate conmigo, por favor!

—Por supuesto —asintió él—. No puedo regresar río abajo e informar que no he cumplido mi encargo por culpa de...

Farris se detuvo, pues la muchacha no le escuchaba. La mirada de Lys estaba fija en un punto más allá de donde él se encontraba.

Precisamente, en la cama donde habían depositado a Berreau. Farris se volvió en redondo. Mientras ellos conversaban, Berreau se había estado moviendo, en un intento por levantarse. Tardó minutos en levantar el cuerpo, con una lentitud dolorosa e interminable.

Casi imperceptiblemente, su pie derecho empezó a levantarse del suelo. Estaba empezando a andar, sólo que a una velocidad cien veces más lenta de lo habitual.

Berreau pretendía encaminarse hacia la puerta. Lys lo contemplaba con unos ojos llenos de ansiedad y lástima.

—Intenta regresar a la arboleda —dijo—, y seguirá intentándolo mientras siga estando *hunati*.

Farris levantó a Berreau del suelo sin ningún problema y lo devolvió a la cama. Sintió en la frente un sudor frío.

¿Qué había en aquella meseta que atraía a los adoradores, sumergidos en un extraño trance de vida ralentizada?

Capítulo tercero

ATRACTIVO IMPÍO

—¿Cuánto tiempo permanecerá en ese estado? —preguntó a la muchacha, volviéndose hacia ella.

—Mucho —respondió ella, apesadumbrada—. Tardará semanas hasta que se le pase el *hunati*.

A Farris le disgustó la perspectiva, pero no podía hacer nada.

—Bien, nos cuidaremos de él. Los dos juntos.

—Uno de nosotros tendrá que estar vigilándolo en todo momento, porque intentará volver a la jungla.

—De momento, ya has tenido suficiente —dijo Farris—. Yo le vigilaré esta noche.

Así lo hizo. No sólo aquella noche, sino las siguientes. Los días se transformaron en semanas. Los nativos siguieron evitando la cabaña y las únicas caras que vio durante ese tiempo fueron la de la pálida muchacha y la del hombre que vivía de aquel modo tan diferente al de los seres humanos.

Berreau no cambió. No parecía dormir, ni necesitar alimento o bebida. No cerraba nunca los ojos, salvo para efectuar sus lentísimos parpadeos.

No dormía ni dejaba de moverse. Siempre estaba en acción, aunque fuera en aquel extraño tempo terriblemente lento que apenas podía distinguirse a simple vista.

Lys tenía razón. Berreau pugnaba por regresar a la jungla. Quizá viviera cien veces más lento de lo normal, pero de algún modo seguía consciente y no dejaba de intentar volver a la arboleda silenciosa y prohibida donde le habían encontrado.

Farris se cansó de devolver a la cama la figura inmóvil como una estatua y, con el permiso de la muchacha, ató a Berreau por los tobillos. Ello no mejoró demasiado las cosas. En cierto modo, resultaba todavía más perturbador estar sentado junto al lecho iluminado y contemplar la lenta pugna de Berreau por liberarse.

La angustiosa lentitud de cada movimiento hacía que los nervios de Farris se crisparan. Pensó en administrarle a Berreau algún sedante para mantenerle dormido, pero no se atrevió.

Había observado en el antebrazo de Berreau una pequeña incisión manchada de una sustancia verde y pegajosa. Junto a ella había varias cicatrices de incisiones anteriores. Farris desconocía qué tipo de loca droga había sido inoculada a aquel hombre para convertirle en *hunati*, y no se atrevió a buscar un antídoto.

Finalmente, una noche, Farris alzó la mirada de un ejemplar antiguo de *L'Illustration*, aburrido de tanto releerlo, y se puso en pie con un respingo.

Berreau todavía estaba acostado en la cama, pero acababa de parpadear. Lo había

hecho a la velocidad normal, y no con la lentitud de aquellas últimas semanas.

—¡Berreau! —dijo rápidamente Farris—. ¿Se encuentra bien, por fin? ¿Puede oírme?

Berreau le miró con aire frío y poco amistoso.

—Sí, le oigo, Farris. ¿Puedo preguntarle por qué se ha entremetido en esto?

Farris se quedó sorprendido. Llevaba tanto tiempo haciendo de enfermero que había llegado a considerar inconscientemente al otro como un enfermo que le estaría agradecido por sus desvelos. Sin embargo, ahora advertía que Berreau estaba lleno de una fría irritación y, por otra parte, en absoluto agradecido.

El francés estaba liberándose los tobillos. Aunque sus movimientos eran temblorosos, consiguió ponerse en pie con normalidad.

—¿Y bien? —insistió.

Farris se encogió de hombros.

—Su hermana había salido a buscarle, y yo la ayudé atraerle hasta aquí. Eso es todo.

Berreau pareció un poco sorprendido.

—¿Lys ha hecho eso? ¡Es una transgresión del Rito! ¡Puede traerle problemas! —dijo Berreau.

El resentimiento y la crispación hicieron que las bruscas palabras de Farris parecieran brutales.

—¿Por qué se preocupa ahora de Lys, si lleva meses torturándola con sus experiencias sobre la brujería nativa?

Berreau no le contestó con acritud, como Farris esperaba, sino que asintió pesadamente.

—Es cierto. Eso es lo que he hecho con Lys.

—¿Por qué lo hace, Berreau? —exclamó Farris—. ¿A qué viene ese asunto impío de los *hunati* que tanto le atrae? ¿Por qué quiere vivir cien veces más lento de lo normal?, ¿qué consigue con ello?

El francés lo contempló con ojos demacrados.

—Cuando uno está *hunati*, entra en un mundo extraño. Un mundo que existe a nuestro alrededor a lo largo de toda la vida, pero que jamás comprendemos ni experimentamos.

—¿Qué mundo?

—El mundo de las hojas verdes, de las raíces y las ramas —respondió Berreau—. El mundo de la vida vegetal, que nunca llegamos a comprender por la diferencia que existe entre su ritmo vital y el nuestro.

Un tanto vagamente Farris empezó a entender.

—¿Quiere decir que este cambio *hunati* le permite vivir al mismo ritmo que las

plantas?

—Sí —confirmó Berreau—. Y esa simple diferencia de ritmos vitales es el umbral a un mundo desconocido e increíble.

—Pero..., ¿cómo?

El francés señaló la incisión de su antebrazo, a medio curar.

—Es la droga. Un producto nativo que ralentiza el metabolismo, el ritmo cardíaco, la respiración, los mensajes nerviosos, todo el funcionamiento corporal. Se basa en la clorofila. La sangre verde de la vida vegetal, el complejo químico que permite a las plantas asimilar la energía directamente del sol. Los nativos la preparan a partir de hierbas, según un método propio que desconozco.

—Nunca habría dicho que la clorofila pudiera tener efecto en un organismo animal —afirmó Farris, incrédulo.

—Esta afirmación demuestra que sus conocimientos de bioquímica están caducos —replicó Berreau—. En marzo de 1948, dos químicos de Chicago se dedicaron a la producción o extracción de grandes cantidades de clorofila y anunciaron que la inoculación de ésta en perros y ratas parecía prolongar en gran medida la vida al modificar la capacidad de oxidación de las células.

»Prolongar la vida, sí. ¡Pero ralentizándola! Un árbol vive más que un hombre porque no vive tan aprisa. Se puede conseguir que un hombre viva tanto y tan lentamente como un árbol, mediante la inoculación del adecuado compuesto clorofílico en su sangre.

—A eso es a lo que se refería al decir que los pueblos primitivos se anticipan a veces a descubrimientos científicos modernos, ¿verdad?

Berreau asintió.

—Esta solución clorofílica *hunati* puede ser un secreto antiquísimo. Creo que siempre ha sido conocido por algunos hombres entre los pueblos primitivos que habitan las selvas del planeta. —Con la mirada perdida, y en tono sombrío, añadió—: La adoración a los árboles, la dendrolatría, es tan antigua como la raza humana. El Árbol Sagrado de Sumeria, los bosques de Dodona, los robles de los druidas, el árbol Ygdrasil de los nórdicos, incluso nuestro árbol de Navidad... Todos ellos parten de la adoración primitiva a ese otro tipo de vida extraño que comparte la Tierra con nosotros. Creo que siempre ha habido adoradores secretos que han mantenido el conocimiento de la pócima que les permitía conseguir una comunión total con ese otro tipo de vida, adecuándose durante un tiempo a su lento ritmo vital.

—Pero ¿cómo se introdujo *usted* en ese extraño culto? —preguntó Farris con aire asombrado.

El francés se encogió de hombros.

—Los seguidores del culto sentían gratitud hacia mí porque había salvado la jungla de un posible peligro de muerte.

Avanzó unos pasos hacia un rincón de la sala en donde había instalado un laboratorio de botánica y tomó un tubo de ensayo.

Estaba lleno de unas minúsculas esporas, como polvo, de un color verde grisáceo casi leproso.

—Ésta es la plaga birmana, que ha arruinado bosques enteros al sur del Mekong. Un peligro mortal para los árboles tropicales. Estaba empezando a penetrar en territorio laosiano, pero yo les enseñé a las tribus el modo de combatirlo. En recompensa, la secta secreta de los *hunati* me hizo uno de ellos.

—Sigo sin entender cómo un hombre con educación europea ha podido caer en esas estúpidas ceremonias y rituales —insistió Farris.

—*Dieu*, ¡estoy tratando de hacérselo entender! ¡Intento decirle que fue mi curiosidad como botánico lo que me llevó a entrar en el Rito y a tomar la pócima! —Berreau continuó sin detenerse—. ¡Pero usted es como Lys, no entiende nada! ¡No puede comprender lo maravilloso, lo extraño y lo bello de llevar ese otro tipo de vida!

Algo en el rostro arrebatado y pálido de Berreau, en sus ojos hechizados, puso a Farris la piel de gallina. Las palabras del francés habían parecido alzar por un instante un velo, convirtiendo algo cotidiano y familiar en una vaga y terrible amenaza.

—¡Escuche, Berreau! Tiene que cortar con esto y marcharse de aquí en seguida.

El francés sonrió melancólicamente.

—Lo sé. Muchas veces me lo he dicho a mí mismo, pero no me voy. ¿Cómo puedo abandonar el paraíso de un botánico?

Lys había entrado en la sala y miraba con languidez a su hermano.

—André —suplicó—, ¿no quieres abandonar esto y volver conmigo a casa?

—¿O está demasiado hundido en este nefasto vicio para tener en cuenta si a su hermana se le rompe el corazón? —añadió Farris.

—¡Sois un par de puritanos! ¡Me tratáis como a un toxicómano sin conocer la maravillosa experiencia que acabo de tener! He estado en otro mundo, en una tierra extraña que nos rodea cada día de nuestras vidas y que ni siquiera vemos, y pienso regresar allí una y otra vez.

—¿Volverá a usar ese fármaco de clorofila para entrar en ese estado? —interrogó Farris, furioso.

Berreau asintió, desafiante.

—¡No! —exclamó Farris—. ¡De ningún modo! De lo contrario, saldremos a buscarle y le traeremos aquí otra vez. Una vez esté *hunati*, quedará indefenso ante nosotros.

—¡Tengo un modo de evitar que lo hagáis! ¡Sus amenazas son peligrosas! —replicó el francés, furioso.

—¡No tiene cómo! —contestó de inmediato Farris—. Una vez esté ralentizado en

ese otro tiempo vital, queda a merced de la gente normal. No le amenazo, Berreau, ¡sólo intento salvarle la salud mental!

Berreau salió de la sala sin responder. Lys miró al norteamericano con lágrimas en los ojos.

—No te preocupes por eso —le confortó Farris—. Se repondrá pronto.

—Me temo que no —musitó la muchacha—. Se ha convertido en una locura en su cerebro.

Interiormente, Farris asintió. Fuera cual fuese la atracción por ese mundo desconocido que había llevado a Berreau a entrar en aquel cambio de ritmo vital, ahora había hecho presa en él y en su razón hasta límites que parecían irrecuperables.

Un escalofrío recorrió a Farris: hombres que vivían al mismo ritmo de las plantas, pasando del plano de la vida animal a otro tipo de vida y de mundo extrañamente distinto.

Aquel día el *bungalow* estaba sumido en un opresivo silencio: los sirvientes se habían ido, Berreau estaba encerrado en su laboratorio y Lys deambulaba de un lado a otro con tristeza en la mirada.

Sin embargo, Berreau no intentó salir, pese a que Farris había estado esperándole, dispuesto a un enfrentamiento. Por la tarde, Berreau pareció volver a sus investigaciones. Ayudó a Lys a preparar la cena.

Sentado a la mesa, el francés casi parecía alegre. Demostraba un febril buen humor que no convenció a Farris. De común acuerdo, ninguno de los tres mencionó lo que tenían más presente en sus mentes.

Cuando Berreau se retiró a dormir, Farris le dijo a Lys:

Vete a la cama; últimamente has dormido muy poco y te caes de sueño. Yo vigilaré.

En su habitación, Farris sintió que también a él le invadía el sopor. Se incorporó de la silla, luchando contra la pesadez que le impulsaba a cerrar los párpados. Entonces, de pronto, lo comprendió.

—¡Narcóticos! —exclamó, y notó que su voz era apenas un susurro—. ¡Nos ha puesto algo en la cena!

—Sí —dijo otra voz lejana—. Sí, Farris.

Berreau había entrado. Parecía un gigante a los ojos vidriosos de Farris. Al acercarse más a él, Farris vio en su mano una aguja de la que goteaba una sustancia verde y viscosa.

—Lo lamento, Farris. —Berreau estaba subiéndole la manga y Farris no podía hacer nada por impedirlo—. Lamento hacerles esto a usted y a Lys, pero de lo contrario se entremeterían y éste es el único modo en que no podrán hacerme volver.

Farris notó el pinchazo de la aguja. Fue lo último que sintió antes de quedar inconsciente a causa del narcótico.

Capítulo cuarto

MUNDO INCREÍBLE

Farris se despertó y, durante un confuso momento, se preguntó qué le había sobresaltado tanto. Entonces se dio cuenta.

Era la luz del día. Se apagaba y encendía cada pocos minutos. La oscuridad nocturna llenaba la habitación y, de pronto, había un repentino estallido de la aurora, un breve período de luz brillante, y de nuevo la noche.

Iba y venía, se iluminaba y oscurecía cada pocos instantes mientras él contemplaba el fenómeno. Parecía el latir lento y estable de un gigantesco pulso, sístole y diástole de luz y oscuridad.

¿Días reducidos a minutos? ¿Cómo podía ser? Y entonces, mientras acababa de despertar, lo recordó.

—¡Estoy *hunati*! ¡Me ha inyectado esa sustancia clorofílica en las venas! — exclamó.

Sí, ahora él también estaba *hunati*. Vivía a un ritmo cien veces más lento de lo normal.

Y por eso los días y las noches parecían transcurrir cien veces más deprisa de lo normal. ¡Desde que había despertado, habían pasado ya varios días!

Se puso en pie, tambaleándose. Al hacerlo, tocó la pipa que estaba sobre el brazo del asiento.

La pipa no cayó al suelo. Desapareció al instante y, en el momento siguiente, estaba en el suelo.

—Se ha caído, pero tan rápido que no he alcanzado a verlo.

Farris sintió que su cerebro reaccionaba al impacto de algo tan sobrenatural. Se descubrió temblando intensamente.

Luchó por sobreponerse. Aquello no era brujería. Era una ciencia secreta y demoníaca, pero no sobrenatural.

Él se sentía tan normal como siempre. Sólo lo que le rodeaba, sobre todo el rápido cambio de noches y días, le daba a entender que estaba cambiando.

Escuchó un grito y salió a toda prisa de la sala del bungalow. Lys llegó corriendo hasta él.

Todavía llevaba la chaqueta y los pantalones, señal evidente de que había estado excesivamente preocupada por su hermano para acostarse del todo. Y en su rostro había una expresión de terror.

—¿Qué ha sucedido? —gritó—. La luz... Farris la tomó por los hombros.

—Lys, no pierdas la calma. Lo que sucede es que ahora también nosotros estamos *hunati*. Ha sido tu hermano. Nos puso un narcótico en la cena y después nos inyectó

ese compuesto de clorofila.

—Pero ¿por qué? —sollozó Lys.

—¿No lo comprendes? Él quería volverse *hunati* otra vez y regresar a la jungla y si nosotros seguíamos normales, podíamos atraparlo y traerle de regreso. Para evitarlo, nos cambió también a nosotros.

Farris fue a la habitación de Berreau. Allí confirmó sus sospechas: el francés no estaba.

—Iré tras él —dijo secamente—. Tiene que volver, porque estoy seguro de que tiene un antídoto para esta maldita droga. Tú espera aquí.

Lys se asió a él.

—¡No, aquí sola, de esta manera, me volvería loca!

Farris advirtió que la muchacha estaba al borde de la histeria. No le extrañaba. El lento latido de los días y las noches bastaba por sí solo para desequilibrar la razón de cualquiera.

—Está bien —accedió—. Pero aguarda un momento.

Volvió a la habitación de Berreau y tomó un gran machete filipino, denominado bolo, que había visto apoyado en un rincón.

Entonces vio otra cosa, algo que brillaba a la luz titilante, sobre la mesa del laboratorio del botánico.

Farris se lo llevó al bolsillo. Si no conseguía hacer volver a Berreau por la fuerza, la amenaza de aquel objeto quizá sirviera para convencerle.

El y Lys corrieron a la galería y bajaron la escalera. Entonces se detuvieron, pasmados.

La gran jungla que se alzaba ante ellos era ahora una visión de pesadilla. Se agitaba y extendía con una vitalidad no terrestre; las grandes ramas se aplastaban y se enroscaban unas con otras luchando por la luz mientras los zarcillos se retorcían entre aquéllas a increíble velocidad, en un crujiente rugido de vida vegetal exuberante y agitada. Lys palideció.

—¡La selva ha cobrado vida!

—Es la misma de siempre —la animó Farris—. Somos nosotros los que hemos cambiado. Ahora vivimos con tal lentitud que las plantas parecen moverse deprisa.

—¡Y André está ahí metido! —gritó ella, con un estremecimiento. Por fin, el valor volvió a sus pálidas facciones—. Pero no tengo miedo —añadió.

Iniciaron la marcha por la jungla hacia la meseta de los árboles gigantes. En aquel mundo increíble reinaba una sensación tremenda de irrealidad.

Farris notó la diferencia en sí mismo. No tenía sensación alguna de ralentización. Sus propios movimientos y percepciones le parecían normales. Lo único que sucedía era, simplemente, que a su alrededor la vegetación tenía una salvaje movilidad que,

por su rapidez, parecía propia de animales.

Las hierbas crecían bajo sus pies como pequeñas espadas verdes alzándose hacia la luz. Los capullos se hinchaban, estallaban, extendían al aire sus brillantes pétalos, esparcían su fragancia..., y morían.

De cada brote surgían nuevas hojas para vivir su breve e intenso momento, antes de amarillear y caer. La selva era un calidoscopio de colores en constante cambio, desde el verde pálido al marrón amarillento, que formaba pequeñas y rápidas olas conforme sus componentes nacían o morían.

Sin embargo, aquella vida de la jungla no tenía nada de pacífica o serena. Hasta entonces, a Farris le había parecido que las plantas de la tierra existían en una plácida inercia absolutamente distinta a la vida animal, que constantemente cazaban o eran cazados. Ahora comprendía lo equivocado que había estado.

Cerca de ellos, un almez tropical crecía junto a un helecho gigante. Como un pulpo, los zarcillos del primero se enroscaron alrededor del helecho, que se agitó. Sus frondas dieron violentas sacudidas mientras sus tallos pugnaban por liberarse. Sin embargo, los aguijones de los zarcillos le causaron rápidamente la muerte.

Las lianas reptaban como grandes serpientes entre los árboles, rodeando los troncos y enterrando sus hambrientas raíces parásitas en la corteza viva de los mismos.

Y los árboles las combatían. Farris vio cómo las ramas se sacudían y golpeaban las lianas asesinas; era como la lucha de un hombre contra una gigantesca pitón.

Sí, era muy parecido. Porque los árboles, las plantas, tenían conciencia. De un modo extraño, muy diferente, pero eran tan conscientes como sus hermanos más rápidos.

Cazadores y cazados. Lianas estranguladoras, orquídeas hermosas y mortíferas que eran como cánceres corroyendo troncos sanos, hongos que se arrastraban como lepra: eran los lobos y chacales de aquel mundo vegetal.

Incluso entre los árboles, Farris observó el desarrollo de una lucha sorda e interminable por la existencia. Los árboles de algodón y los bambúes y ficus..., también ellos conocían el dolor, el temor y la amenaza de muerte.

Podía escucharlos. Con sus nervios aurales amortiguados hasta una receptividad increíble, escuchó la voz de la jungla, la auténtica voz que no tenía nada que ver con el familiar sonido del viento en las ramas.

Era la voz primordial del nacimiento y la muerte que hablaba ya mucho antes de que el hombre apareciera en la Tierra, y que seguiría hablando mucho después de que desapareciera.

Al principio, sólo había notado un enorme rugido crujiente. Ahora distinguía diversos sonidos: los agudos gritos de la hierba y de los brotes de bambú al surgir de la tierra, el jadeo y el gemido de las ramas enzarzadas y agonizantes, la risa de las

hojas jóvenes allá en lo alto, el susurro furtivo de los zarcillos.

Y casi alcanzaba a oír pensamientos que hablaban dentro de su mente. Los remotos pensamientos de los viejos árboles.

Farris sintió una terrible amenaza, y no quiso escuchar los pensamientos de los árboles.

La lenta y constante pulsación de luz y oscuridad prosiguió. Días y noches corrían a tremenda velocidad sobre los *hunati*.

Lys, a su lado, tambaleándose por el camino, emitió un grito de terror. Un zarcillo negro serpenteante había surgido de entre los árboles y se lanzaba sobre ella con la rapidez de una cobra, enroscándose hábilmente para rodear su cuerpo.

Farris blandió su machete y lo dejó caer sobre la planta. Sin embargo, ésta volvió a la carga, creciendo con asombrosa rapidez y alargando el extremo hacia él. Descargó otro golpe, horrorizado, y empujó a la muchacha hacia delante, por la ladera de la meseta.

—¡Tengo miedo! —gimió ella—. ¡Puedo oír los pensamientos..., los pensamientos de la selva!

—Es tu imaginación —replicó él—. ¡Ignóralos!

¡Pero él también los escuchaba! Muy leves, como sonidos en el límite de la capacidad auditiva. Le pareció que a cada minuto —a cada día reducido aun aparente minuto— podía entender con más claridad los impulsos telepáticos de aquellos organismos que tenían una vida consciente propia, paralela a la humana pero prohibida, eternamente a éste, salvo cuando el hombre estaba *hunati*.

Le pareció que el humor de la jungla había cambiado; que tras el daño producido al zarcillo se había percatado de su presencia. Como una multitud llevada por la ira, los árboles que les rodeaban se volvieron amenazadores. Un gruñido y un murmullo surgió entre ellos.

Las ramas golpearon a Farris y a la muchacha, las lianas se cernieron sobre ellos con sus ciegas cabezas y su gracia serpenteante. Los arbustos y zarzas se clavaron en sus carnes con crueldad, extendiendo sus espinosas ramas para desgarrarles. Los delgados árboles jóvenes les azotaron como látigos, y las cañas de bambú, de rapidísimo crecimiento, intentaron bloquear su avance, mientras vibraban golpeándose unas con otras, como si estuvieran furiosas.

—¡Es nuestra imaginación! —le aseguró a la muchacha—. Como la jungla vive al mismo ritmo que nosotros, nos parece que sabe de nuestra presencia.

¡Tenía que creérselo él mismo, era imprescindible!

—¡No! —gritó Lys—. ¡No! La jungla sabe que estamos aquí.

Un acceso de pánico amenazó con romper el autocontrol de Farris, mientras el salvaje rugido de la selva aumentaba. Echó a correr, arrastrando con él a la

muchacha, cubriéndola del ataque de la enfurecida jungla con su cuerpo.

Siguieron adelante, internándose en la impresionante arboleda sobre la meseta, bajo el latir del transcurso de los días y las noches.

Ahora, los árboles les parecían gigantes en plena lucha; los grandes árboles de algodón y los ficus se golpeaban mutuamente con estrépito mientras sus ramas pugnaban por alcanzar el cielo despejado y azul, como dos gigantescos combatientes cubiertos de hojas bajo los cuales los dos seres humanos eran unos pigmeos.

Sin embargo, los arbustos y árboles menores de la jungla que quedaban bajo su posición seguían lanzando con malicia sus zarcillos y sus lianas hacia ellos, y desgarraban a los humanos con las espinas. La mente enfebrecida de Farris volvió a captar, con más nitidez y limpieza, el leve impacto de unos impulsos telepáticos incomprensibles.

Después, amortiguando todos aquellos pensamientos mortecinos y enfurecidos, llegaron otros avasalladores, dominantes, de una acusada majestuosidad, unas voces silenciosas, intensas, potentes y extrañas como la voz de una tierra primordial.

—¡Detenedles! —parecían repetir en la mente de Farris—. ¡Detenedles! ¡Matadles! ¡Ellos son nuestros enemigos!

Lys emitió un tembloroso grito:

—¡André!

En aquel instante, Farris le vio. Berreau estaba delante de ellos, de pie a la sombra de los monstruosos banianos. Tenía los brazos alzados hacia los impresionantes colosos, como si los adorara. Sobre él se cernían los gigantes verdes, dominando toda la jungla.

—¡Detenedles! ¡Matadles!

Las majestuosas voces mentales resonaban ahora tan alto que la mente de Farris apenas podía escuchar nada más. Cada vez estaba más cerca de ellos..., más...

Entonces lo comprendió, aunque su mente se negaba a reconocer que así era. Supo de dónde partían aquellas voces, y por qué Berreau adoraba a los banianos.

Naturalmente que eran como dioses, aquellos colosos verdes que habían vivido eras, cuyos brazos alcanzaban el cielo y cuyas raíces aéreas caían y se extendían y se agarraban como cientos de manos...

Violentamente, Farris intentó apartar de sí el pensamiento. Él era un hombre, de un mundo humano, y no debía adorar a dioses extraños.

Berreau se había vuelto hacia ellos. Los ojos del francés estaban rojos de furia, y Farris, antes incluso de que Berreau dijera una palabra, se dio cuenta de que éste se había vuelto loco.

—¡Iros los dos! —ordenó—. ¡Habéis sido unos estúpidos al venir por mí! Mientras veníais habéis matado, ¡y la jungla lo sabe!

—¡Escuche, Berreau! —gritó Farris—. ¡Olvide esta locura y regrese con

nosotros!

Berreau emitió una carcajada espeluznante.

—¿Es una locura que los Señores descarguen ahora sus palabras encolerizadas sobre vosotros? Podéis escucharlas en vuestro cerebro, pero tenéis miedo de escuchar. ¡Hace bien en tener miedo, Farris! Lleva muchos años sacrificando árboles, igual que acaba de descargar ese machete, y la jungla sabe que es su enemigo.

—¡André!

Lys, con el rostro semienterrado entre las manos, estaba sollozando.

Farris sintió que la mente se le rompía bajo el impacto de aquella escena de locura. El latir incesante y acelerado de la luz y la oscuridad, el crujir y gemir de la jungla viva a su alrededor, los zarcillos que se extendían como áspides y las ramas que les golpeaban y los banianos gigantes meciéndose airados sobre ellos...

—¡Éste es el mundo donde el hombre pasa toda su vida y jamás llega a ver o sentir! —gritaba Berreau—. He venido a él una y otra vez. ¡Y en cada ocasión he oído con más claridad la voz de los Mayores!

»Son las criaturas más antiguas y poderosas de nuestro planeta. Hace tiempo, el hombre lo sabía y las adoraba por la sabiduría que podían conceder. Sí, las adoraba como a Ygdrasil, y al Roble del Druida, y al Árbol Sagrado. Pero el hombre moderno ha olvidado esta otra tierra. ¡Todos menos yo, Farris..., todos menos yo! He encontrado en este mundo una sabiduría como jamás podría soñar. ¡Y vuestra estúpida ceguera no va a arrancarme de su lado!

Farris comprendió que era demasiado tarde para hacer entrar en razón a Berreau. El francés había frecuentado y profundizado en exceso aquella otra tierra, tan extraña para la humanidad como si se encontrara en el otro extremo del universo.

Precisamente por temor a ello, Farris había llevado en el bolsillo de su chaqueta el objeto que recogiera en el laboratorio de Berreau. Aquello era lo único que podía obligar a Berreau a obedecerle.

Farris lo extrajo del bolsillo y lo sostuvo en alto para que el francés pudiera verlo.

—¡Ya sabe qué es esto, Berreau! ¡Y ya sabe qué puedo hacer con ello si me obliga!

En los ojos de Berreau hubo un destello de tremendo temor al reconocer el pequeño tubo de ensayo de su propio laboratorio.

—¡La plaga birmana! ¡No sería capaz, Farris! ¡No sería capaz de dejar eso suelto aquí!

La furia, el odio y el temor se fundieron en la mirada de Berreau al contemplar el inocente tubo de ensayo tapado con un corcho que contenía el polvillo gris verdoso.

—¡Le mataré por esto! —añadió el francés, con los dientes apretados.

Lys emitió un grito. Unas lianas negras habían raptado hasta ella mientras la

muchacha ocultaba el rostro entre las manos. Ahora, las lianas se habían enroscado a sus piernas como serpientes agitadas y ahora tiraban de ella para derribarla al suelo.

La jungla pareció emitir un rugido de triunfo. Los zarcillos, ramas, zarzas y plantas trepadoras se alzaron hacia ellos. Las extrañas voces telepáticas latieron en sus mentes, mortecinamente atronadoras.

—¡Matadles! —decían los árboles.

Farris se lanzó contra la masa de lianas y zarzas, descargando su machete sobre ellas. Cortó los zarcillos que retenían a la muchacha y las ramas que les azotaban furiosamente a ambos.

Entonces, desde atrás, Berreau descargó un golpe furioso sobre el codo de Farris e hizo caer el machete de la mano de éste.

—¡Ya le dije que no matara, Farris, se lo dije!

—¡Matadles! —latió el pensamiento telepático de los árboles.

Sin apartar la mirada de Farris, Berreau dijo a su hermana:

—¡Huye, Lys! Sal de la jungla. Este asesino debe morir.

Al mismo tiempo que lo decía, se lanzó sobre Farris, pálidas las facciones y con los puños cerrados.

El norteamericano tuvo que retroceder unos pasos y tropezó con un baniano gigante. Los dos hombres cayeron al suelo, agarrados el uno al otro. Los zarcillos se lanzaron inmediatamente hacia ellos, rodeándoles y dificultando sus movimientos hasta dejarles inmovilizados.

Y entonces, la jungla emitió un chillido.

Un grito a la vez telepático y audible, cargado de terror. Una expresión de extraña agonía más allá de todo lo humano.

Las manos de Berreau soltaron el cuello de Farris. El francés, confundido con su rival entre los zarcillos y zarzas, alzó la mirada con aire horrorizado.

Entonces Farris se dio cuenta de lo sucedido. El pequeño tubo de ensayo, el contenedor de la plaga, se había roto sobre el tronco del baniano cuando Farris se golpeó con él.

Y aquella pequeña mancha de hongos verdegrisáceos corría ahora por la jungla como si fuera un incendio. La plaga, aquel asesino de otra zona selvática muy alejada, se propagaba con asombrosa y terrible rapidez.

—*Dieu!* —gritó Berreau—. *Non... non...!*

Incluso en condiciones normales, las plagas de hongos parecen extenderse con rapidez. Ahora, ralentizados como estaban Farris y los dos hermanos, los hongos parecían un furioso fuego mortífero.

La mancha de la epidemia cubría los troncos, las ramas y las raíces aéreas de los majestuosos banianos, engullendo sus hojas, sus brotes y sus esporas. Los hongos corrían triunfalmente por el suelo, sobre lianas, hierbas y arbustos, consumiendo

otros árboles y aprovechando las aéreas lianas.

Y atacó también a los zarcillos que mantenían medio inmovilizados a los dos hombres. Zarzas y lianas se agitaron en furiosas agonías hasta quedar rígidas y secas.

Farris sintió el húmedo y frío hongo colársele en la boca y en las fosas nasales y notó la tensión de unos cables acerados que aplastaban la vida en su interior. Entonces, el mundo pareció obscurecer...

Entonces, una cuchilla de acero silbó y refulgió, y la presión disminuyó. Llegó a sus oídos la voz de Lys, cuya mano intentaba arrancarle de las lianas rígidas y agonizantes que había conseguido cortar parcialmente. Farris se encontró libre, por fin.

—¡Mi hermano! —gimió la muchacha.

Farris utilizó el machete para abrirse paso entre la densa masa de zarcillos moribundos que se agitaban como serpientes, rodeando todavía a Berreau.

Por fin, mientras apartaba las plantas, pudo ver el rostro del francés. Tenía un color rojo púrpura, rígido, y con la mirada fija y apagada. Las poderosas lianas se habían enroscado alrededor de su cuello hasta estrangularle.

Lys se arrodilló a su lado, llorando desconsoladamente. Sin embargo, Farris hizo que se pusiera de pie.

—¡Tenemos que salir de aquí! Está muerto..., pero nos llevaremos el cuerpo.

—No —sollozó ella—. Déjale aquí, en la jungla.

Los ojos muertos del francés contemplando la muerte de aquel mundo vivo y extraño cuya frontera había cruzado ahora definitivamente. Sí, a Farris le pareció un simbolismo adecuado.

Al alejarse con Lys del lugar, a través de la jungla que se agitaba enfurecida en sus estertores agónicos, a Farris se le encogió el corazón.

A su alrededor, cada vez a mayor distancia, la muerte verdegrisácea se extendía por la verde espesura. Y, cada vez más débiles, llegaban hasta ellos los extraños gritos telepáticos que Farris nunca estaría seguro de haber escuchado en realidad.

—¡Morimos, hermanos! ¡Morimos!

Entonces, cuando a Farris le parecía que su salud mental cedería bajo el peso de aquella extraña agonía, se produjo un repentino cambio.

El latir de los días y las noches alternados se hizo más lento, y cada período de luz y de oscuridad fue haciéndose más y más prolongado...

Farris recuperó la conciencia tras un período de confusa semiinconsciencia. Él y la muchacha se encontraban de pie, tambaleándose bajo un brillante sol en la jungla agostada por la plaga.

Y dejaron de estar *hunati*.

Aquel fármaco clorofílico había perdido fuerza en sus organismos y, por fin,

habían regresado al ritmo normal de la vida humana.

Lys alzó la vista, confusa, hacia la jungla que ahora parecía estática, apacible, inmóvil... y en la que la plaga verdegrisácea avanzaba ahora con tal lentitud que resultaba imposible apreciarlo a simple vista.

—Es la misma jungla, y sigue agonizando, consumiéndose —murmuró Farris con voz ronca—. Pero ahora vivimos otra vez a la velocidad normal y no podemos apreciarlo.

—¡Vámonos, por favor! —jadeó ella—. ¡Vámonos de aquí en seguida!

Tardaron una hora en regresar al bungalow y recoger todo lo que podían transportar. Por fin, tomaron el sendero hacia el Mekong.

El atardecer les vio salir de la zona consumida por la epidemia, ya avanzada la marcha hacia el río.

—¿Acabará realmente con toda la jungla? —susurró la muchacha.

—No. La jungla se defenderá, frenará y vencerá a esa plaga de hongos. Tardará muchos años, décadas incluso, según nuestro ritmo vital. Sin embargo, para ellos, para los árboles, la fiera lucha sigue desarrollándose en cada instante.

Y mientras continuaban su avance, a Farris le pareció que en su mente aún latía débilmente, procedente de la zona que dejaban atrás, aquel extraño y lacerante gemido telepático.

—¡Morimos, hermanos!

No volvió la vista atrás, pero se dio cuenta de que jamás podría volver a aquella selva ni a ninguna otra, que su profesión había terminado, y que nunca más volvería a matar un árbol.

ROBERT BLOCH

EL SEÑOR DEL PASADO

The Past Master

Sólo hace dos años, Robert Bloch era un asiduo colaborador de AMAZING STORIES y FANTASTIC. Hoy, su posición en el mundo de las letras ha dado un paso de gigante tal que sólo en el recorrido de fantasías de oscuras fuentes es económicamente factible para su ficción aparecer en antologías de ficción.

El cambio sobrevino cuando un buen amigo de Bloch, Samuel Peeples, un prestigioso y aplaudido escritor de Hollywood, interesado desde siempre por la ciencia ficción, subvencionó su visita a la capital del cine y la televisión de la nación y lo incitó a intentar hacer algunos scripts.

Incluso sin ningún apoyo especial, Robert Bloch sabía hacer valer su talento solo; no obstante, la filmación de la película Psycho, basada en una novela de Bloch que consta como la segunda más taquillera en la historia del cine en blanco y negro, fue causa de un cambio visible en las actitudes. Desde entonces, Bloch ha estado tan ocupado en la máquina de escribir, incluyendo muchos cuentos para Thriller y Alfred Hitchcock, que incluso una carta amistosa para su familia le cuesta varios cientos de dólares en tiempo de escritura.

En lo que concierne a los círculos de ciencia ficción, no podía ocurrirle esto a un tipo mejor y si alguien quiere la fórmula de la triunfante carrera de Bloch, es simple: primero, nacer con una buena carga de talento y, entonces, bregar durante 25 años, vendiendo mil obras a varios cientos de mercados y, si hay suerte, algún amigo le invita a uno a Hollywood, donde lo único que hay que hacer es satisfacer los antojos de los productores que no saben lo que quieren hasta que lo han visto.

Robert Bloch, nacido el 5 de abril de 1917, se relacionó con la tarea de escribir cuando estableció correspondencia con H. P Lovecraft en 1932. Su primer cuento, Lilies, una narración de fantasmas, apareció en el número de invierno, de 1934, de la revista semiprofesional de William Crawford MARVEL TALES almacén de muchas narraciones descarriadas de aquel período. Farnsworth Wright, editor de CUENTOS FANTASTICOS, compró y pagó un cuento, aquel mismo año, haciendo de Bloch un profesional a la edad de 17 años.

En sus primeros años, usaba a Lovecraft como modelo y las mejores de sus narraciones de esa época se pueden encontrar en su primera colección The opener of the Way, publicada por Arkham House en 1945. Hizo su aprendizaje escribiendo esencialmente fantasías de misterio. Cuando Bloch amplió su campo de operaciones, al principio, tendió a someterse a publicaciones conexas como STRANGE STORIES, pero su ingreso en calidad de miembro en Milwaukee Fictioners, un círculo de escritores que incluía a Raymond Palmer, fructificó en ventas a AMAZING STORIES. Incuestionablemente su cuento más famoso en aquella revista fue El extraño vuelo de Richard Clayton (AMAZING STORIES, marzo de 1939) el cual le animó a convertir, en adelante, la ciencia ficción en una parte habitual de su modelo de escritura.

EL SEÑOR DEL PASADO *representa una de las frecuentes incursiones de Bloch más allá del campo de las fantasías de revista; no obstante es una narración de ciencia ficción e incuestionablemente una de las mejores que haya escrito. Fue publicada en enero de 1955, en el BLUEBOOK, una publicación que solía representar el prestigio y la venta segura para un escritor de fantasías. No había sido reimpreso hasta ahora.*

DECLARACIÓN DE DOROTHY LARITZKY

Yo ya no sé qué hacer, palabra. A juzgar por el comportamiento de George, cualquiera creería que fue culpa mía. Cualquiera creería que ni siquiera vi nunca a aquel individuo. Cualquiera creería que robé su coche. Y sigue pidiéndome que se lo explique todo. Pero si se lo he contado ya docenas de veces... ¡y a los policías también! Además, ¿qué tengo que contarle? Él estuvo allí.

Desde luego, la cosa carece de sentido. Ya lo sé y ojalá me hubiese quedado en casa aquel domingo. Ojalá le hubiera dicho a George que tenía otro compromiso cuando él me telefoneó. Ojalá le hubiese obligado a acompañarme al teatro en vez de ir a aquella playa. ¡George y su automóvil convertible! Por otra parte, cuando hace calor las piernas se pegan a aquellos asientos de cuero...

Pero hubiese tenido que verme el domingo, cuando él vino a buscarme. A juzgar por mi aspecto, parecía como si tuviera que llevarme a *Florida* o a cualquier otro lugar por el estilo. Me había puesto aquel conjunto negro nuevo que compré en Sterns, y me había aplicado un poco de decolorante Restora a los cabellos. Ya saben ustedes que George fue el primero en la oficina que empezó a llamarme «Blondie».

Finalmente, vino a buscarme alrededor de las cuatro y hacía aún calor y él había bajado la capota. Sospeché que acababa de lavar el coche, pues éste tenía un aspecto flamante.

—¿No crees que hace juego con tus cabellos? —me dijo.

Primero seguimos el Parkway y después salimos al Drive. Todo estaba lleno de automóviles. Por esto me preguntó si no sería mejor ir a la playa después de tomar algo.

Dije que sí y fuimos a «Luigi's», ese restaurante de pescado que hay al sur de la autopista. Es un lugar muy caro y presentan una de esas cartas en las que figura toda clase de mariscos y crustáceos, como percebes y tortugas.

Comí un filete con patatas fritas, y George tomó —no recuerdo; ¡ah, sí, ahora caigo!— pollo frito. Antes de comer tomamos un par de copas, y después nos sentamos dentro y bebimos otras dos. Hablábamos de la playa mientras esperábamos que se hiciera de noche y pudiéramos ir a nadar, puesto que no habíamos traído los trajes de baño.

Yo seguía la broma. George discurría alguna idea de las suyas. Y no crean que yo no sabía por qué me estaba invitando a beber con tanta insistencia. Cuando salimos, se detuvo en el bar y compró un litro de cerveza.

Estaba saliendo una luna casi llena y empezamos a cantar en el coche. Todo parecía más que satisfactorio. Por lo tanto, cuando él dijo que sería mejor no ir a la playa de siempre y que él conocía un rincón que estaba muy bien, yo pensé que por qué no.

Era una especie de cala pequeña y se podía aparcar junto al camino. Teníamos la arena allí mismo y era posible caminar largo trecho con el agua hasta la cintura.

Pero no era éste el motivo de que George hubiese elegido aquel sitio. A él no le interesaba contemplar el mar. Lo primero que hizo fue extender en el suelo una gran toalla de playa, lo segundo fue abrir la botella de cerveza, y lo tercero fue empezar a tontear conmigo.

Nada serio, ustedes ya me comprenden, sólo las tonterías de siempre. No es feo, a pesar de su nariz achatada, y seguimos bebiendo cerveza, de modo que la cosa resultaba bastante romántica. Me refiero a la luna y todo eso.

No le paré los pies hasta que empezó a ponerse pesado de veras. Incluso tuve que soltarle un buen tortazo antes de que se diera cuenta de que yo no bromeaba.

—¡Basta ya! —le dije—. Fíjate en lo que has hecho. Has desgarrado mi pañuelo de cuello.

—Mujer, ya te compraré otro —contestó él—. Vamos, nena.

Trató de agarrarme otra vez, pero yo le di con fuerza en un lado de la cabeza. Por un momento pensé que iba a enfurecerse de veras, pero supongo que estaba ya un poco bebido y empezó a decirme que lo sentía mucho y que él sabía que yo no era de ésas, pero que él estaba loco por mí.

Casi me eché a reír; están todos tan graciosos cuando se ponen de este modo. Pero pensé que sería mejor fingir un poco y me hice la enfadada, como si no me hubiesen insultado de aquel modo en toda mi vida.

Entonces él dijo que podíamos tomar otra copa y olvidarlo todo, pero la botella de cerveza ya estaba vacía. Me propuso llegarse a la carretera y comprar más. O bien, si yo quería, ir los dos a una taberna.

—¿Con todas estas *señales* en el cuello? —le dije—. ¡Desde luego que no! Si quieres más, ve a buscarla.

Dijo que sí, y que volvería dentro de cinco minutos. Y se marchó.

Así fue como me quedé sola, y entonces ocurrió aquello. Estaba sentada en la toalla, contemplando el mar, cuando observé aquella especie de movimiento. Primero me pareció como si fuese un tronco, pero al acercarse más me di cuenta de que era alguien que nadaba a gran velocidad.

Seguí observando y no tardé en ver que era un hombre que se dirigía hacia la playa. Se acercó tanto que pude ver cómo se levantaba y empezaba a vadear. Era alto, muy alto, como uno de esos jugadores de baloncesto, pero nada tenía de delgado. Y entonces vi que no llevaba bañador de ninguna clase. ¡Ni siquiera un taparrabos!

Bueno, ¿y qué podía hacer yo? Juzgué que no me habría visto, y además, no iba a echarme a correr y a gritar. Tampoco me habría oído nadie. Estaba allí sola. Por consiguiente, seguí sentada y esperé a que él saliera del agua y se alejara de la playa.

Pero no se marchó. Salió del agua y se encaminó derecho hacia mí. Imaginen, allí estaba yo sentada, y allí estaba él, chorreando y sin ninguna clase de ropa. Sin embargo, me dirigió un gran saludo, como si no sucediera nada de particular. Al sonreír estaba francamente guapo.

—Buenas noches —dijo—. ¿Puedo saber dónde me hallo, señorita?

Se lo expliqué y él asintió. Después, al observar mi modo de mirarle, me preguntó:

—¿Le molestaría prestarme esa toalla?

¿Qué otra cosa podía hacer yo? Me levanté, le di la toalla y él la arrolló a su cintura. Fue entonces cuando me fijé en la bolsa que llevaba en la mano. Era de una especie de plástico y no sabría decir qué contenía.

—¿Qué se ha hecho de su bañador? —le pregunté.

—¿Bañador? —Lo dijo de una manera que parecía como si nunca hubiese oído hablar de tal cosa. Después sonrió otra vez y dijo—: Lo siento. Supongo que lo he perdido.

—¿De dónde sale usted? —pregunté—. ¿Tiene alguna lancha aquí cerca?

Estaba muy bronceado y parecía uno de esos individuos que se pasan el día en el Club Náutico.

—Sí. ¿Cómo lo sabe? —dijo.

—¿De dónde saldría, si no fuese así? —repliqué—. Es lógico suponerlo.

—Así es.

Eché un vistazo a la bolsa.

—¿Qué lleva aquí? —inquirí.

Abrió la boca para contestarme, pero no tuvo tiempo, pues de pronto llegó George corriendo. Yo no había visto los faros ni había oído el motor del coche, pero allí estaba él, furioso y con una botella en la mano, dispuesto a entrar en acción. ¡Todo un carácter!

—¿Qué diablos ocurre aquí? —gritó.

—Nada —contesté yo.

—¿Quién es ese tipo? ¿De dónde ha salido? —vociferó George.

—Permítame que me presente —dijo el tipo—. Me llamo John Smith y...

—¿Conque John Smith, eh? —aulló George, añadiendo algunas palabras que no repetiré—. Vamos a ver, sepamos lo que ocurre aquí. ¿Qué estabais haciendo los dos?

—No estábamos haciendo nada —contesté—. Este hombre estaba nadando y ha perdido su bañador, por esto ha pedido prestada la toalla. Tiene una embarcación cerca de aquí y...

—¿Dónde? ¿Dónde está la embarcación? ¡Yo no veo ninguna embarcación! —A decir verdad, tampoco la veía yo, pero George no esperó respuesta alguna—. ¡Oiga, devuélvame esa toalla y lárguese de aquí!

—No puede —expliqué yo—. No lleva nada encima.

George se quedó con la boca abierta y después blandió la botella.

—Está bien, amigo. En este caso se vendrá con nosotros. —Me dirigió una mirada llena de astucia—. ¿Sabe lo que estoy pensando? Tengo la impresión de que aquí hay gato encerrado. Este individuo puede ser incluso uno de esos espías que los rusos nos mandan desde sus submarinos.

Así es George. Desde que los periódicos hablan de la posibilidad de una guerra, él ve comunistas en todas partes.

—Empiece a hablar —ordenó—. ¿Qué hay en esa bolsa?

El hombre se limitó a mirarle y a sonreír.

—Muy bien, ya veo que desea pasar por el aro. No tengo inconveniente. Coja la bolsa, amigo. Vamos a visitar a la policía. Vamos, antes de que tenga motivos para acordarse de mí.

Agitó amenazadoramente la botella.

El hombre se encogió de hombros y después miró a George.

—¿Tiene un automóvil? —preguntó.

—¡Claro! ¿Me ha tomado por Paul Revere? —exclamó George.

—¿Paul Revere? ¿Todavía vive?

El desconocido bromeaba, pero George no supo comprenderlo.

—Cállese y vamos de una vez —dijo—. Tengo el coche aquí mismo.

El hombre contempló el coche. Después hizo un gesto de asentimiento y miró a George.

Esto es todo cuanto hizo. Lo prometo. Sólo le miró.

No hizo ninguno de esos pases tan raros que hacen los hipnotizadores con las manos, ni dijo palabra. Sólo le miró, sin dejar de sonreír. Su rostro no sufrió ningún cambio.

En cambio, el rostro de George sí cambió. Fue como si se petrificase de repente. Y lo mismo le ocurrió a su cuerpo. Sus manos perdieron toda fuerza y la botella cayó

y se rompió. Fue como si George no pudiera moverse.

Abrí la boca, pero el individuo me miró y juzgué mejor no decir nada. De pronto, sentí frío y no supe lo que pasaría si seguía mirándome.

Por lo tanto, me quedé donde estaba y entonces aquel hombre se acercó a George y lo desnudó. George era como uno de esos maniquíes que se ven en los escaparates de los almacenes. Después, aquel individuo se puso todas las ropas de George y tapó a George con la toalla. Pude observar que llevaba la bolsa de plástico en una mano y las llaves del coche de George en la otra.

Me dispuse a gritar, pero el desconocido volvió a mirarme y no pude. No estaba paralizada como George, ni mucho menos, pero por más que me esforcé no conseguí gritar. Y además, ¿de qué hubiera servido?

Porque aquel hombre se dirigió al camino, subió al coche de George y se alejó tan campante. No dijo ni una palabra más ni miró atrás. Se limitó a largarse.

Entonces pude gritar, y lo hice a conciencia. Seguía gritando cuando George recuperó los sentidos. Pensé que iba a sufrir un ataque de apoplejía o algo por el estilo.

Bien, tuvimos que regresar a pie. Había más de cinco kilómetros hasta el puesto de policía de la autopista, y me hicieron contar toda la historia una docena de veces. Anotaron la matrícula del coche de George y aún siguen buscándolo. Y el sargento opinó que tal vez George tuviera razón en lo de los comunistas.

Pero él no había presenciado la mirada que aquel individuo dirigió a George. ¡Cada vez que pienso en ella, me estremezco!

DECLARACIÓN DE MILO FABIAN

Apenas había corrido las cortinas cuando él entró. Desde luego, primero creía que venía para hacer alguna entrega. Llevaba unos feísimos pantalones color aceituna y una chaqueta de confección, y se cubría con una gorra parecida a las que usan los jockeys.

—¿Qué desea? —pregunté.

Mucho me temo que me mostré un poco grosero, pero lo cierto es que yo estaba de pésimo humor desde que Jerry me dijo que se iba a Cape Cod para ver la exposición. Por lo menos, hubiese podido tener cierta consideración conmigo e invitarme a ir con él, pero no fue así y tuve que quedarme para ocuparme de la galería de arte.

Pero, en realidad, esto no justifica mi actitud desdeñosa ante el desconocido. Resultó ser una persona bastante atractiva cuando se quitó aquella gorra tan absurda.

Tenía el cabello negro y rizado, y era muy alto, altísimo. Casi le tuve miedo hasta que sonrió.

—¿Mister Warlock? —preguntó.

Moví la cabeza en ademán negativo.

—¿No es ésta la galería Warlock? —insistió.

—Sí, pero mister Warlock se ha ausentado de la ciudad. Yo soy mister Fabian. ¿Puedo servirle en algo?

—Se trata de un asunto bastante delicado.

—Si desea vendernos algo, puede enseñármelo a mí. Me ocupo de todas las compras de la galería.

—No tengo nada para vender. Quiero comprar algunos cuadros.

—Bien, entonces le ruego que venga conmigo, mister...

—Smith —dijo él.

Avanzamos por el pasillo.

—¿Podría orientarme acerca de lo que le interesa? —pregunté—. Como ya debe saber, nosotros tendemos a especializarnos en pintura moderna. En este momento, tenemos un Kandinsky muy bueno, y también un Mondrian de la primera época...

—Estoy seguro de que aquí no tienen los cuadros que yo deseo —me dijo.

Habíamos entrado ya en la galería y me detuve.

—Entonces, ¿qué es lo que usted desea?

Se quedó plantado ante mí, balanceando aquella gran bolsa de plástico.

—¿Se refiere al género de pintura? Pues bien, yo quiero uno o dos buenos Rembrandt, un Vermeer, un Rafael, algo del Tiziano, un Van Gogh y un Tintoretto. También deseo un Goya, un Greco, un Breughel, un Hals, un Holbein y un Gauguin. Supongo que no habrá manera de conseguir *La última cena*; se trata de un fresco, ¿no es verdad?

Era una pesadilla escuchar a aquel hombre. Creo que me dejé llevar definitivamente por el mal humor, y lo demostré.

—¡Por favor! —exclamé—. Esta mañana estoy muy ocupado. No tengo tiempo para...

—No me ha comprendido —me interrumpió—. Usted compra cuadros, ¿no es cierto? Bien, pues yo quiero que me compre unos cuantos. Como si fuese mi... mi agente, ¿se dice así, verdad?

—Ésta es la palabra —contesté—. Pero usted no habla en serio. ¿Tiene idea de lo que costaría la adquisición de semejante colección? Sería un precio sencillamente fabuloso.

—Tengo dinero —aseguró.

Nos hallábamos junto a la mesa de transacciones junto a la entrada. Se acercó a ella e invirtió su bolsa. Seguidamente, la abrió con una especie de cremallera.

Nunca, pero es que nunca, he visto un espectáculo tan fantástico en toda mi vida. La bolsa estaba llena de billetes; fajos y más fajos de billetes, y cada uno de ellos era de cinco mil o diez mil dólares. ¡Ni siquiera había visto yo uno sólo de ellos!

De haberse tratado de billetes de veinte o cien dólares, habría sospechado una falsificación, pero nadie hubiese tenido la audacia de pensar que podía salirse con la suya con un botín como aquel. Parecían auténticos, y lo eran. Me consta porque... pero hablaré de esto después.

Allí me quedé sin poder moverme, contemplando aquella fortuna, y mister Smith, como él decía llamarse, me preguntó:

—Y bien, ¿cree que hay bastante?

No sé cómo no me desmayé sólo de pensarlo.

Imagínense ustedes un perfecto desconocido, paseando por las calles con diez millones destinados a la compra de cuadros. ¡Y mi parte en la comisión es de un cinco por ciento!

—No lo sé —contesté—. ¿Habla usted en serio?

—Ahí está el dinero. ¿Cuándo puede entregarme lo que yo deseo?

—Por favor —supliqué—. Todo esto es tan poco corriente, que apenas sé por dónde empezar. ¿Tiene una lista detallada de lo que desea adquirir?

—Puedo escribirle los nombres de los cuadros —me dijo—. Recuerdo la mayoría de ellos.

Confieso que sabía lo que quería. Velázquez, Gorgione, Cézanne, Degas, Utrillo, Monet, Toulouse-Lautrec, Delacroix, Ryder, Pissarro...

Después empezó a escribir títulos. Me temo que dejé escapar una imprecación.

—¡Pero hombre, usted no puede pretender comprar la «Mona Lisa»!

—¿Por qué no?

Daba la impresión de hablar en serio.

—Ya sabe usted que no se vende a ningún precio.

—No lo sabía. ¿A quién pertenece?

—Al museo del Louvre. Está en París.

—Lo ignoraba. —Seguía serio; puedo jurar que hablaba en serio—. Pero ¿y los demás?

—Siento decirle que lo mismo puede decirse de la mayor parte de estas obras. No están a la venta. La mayoría se encuentran en museos y galerías públicas del país y del extranjero. Y otros cuadros que usted ha anotado se hallan en manos de coleccionistas que jamás se decidirían a venderlos.

Se levantó y empezó a meter los billetes dentro de la bolsa. Lo agarré por el brazo.

—Pero, desde luego, haremos cuanto podamos —añadí—. Tenemos nuestras

fuentes de información, nuestros contactos. Estoy seguro de que, como mínimo, podremos procurarle algunas de las obras menores de cada uno de los maestros que ha anotado en la lista. Sólo es cuestión de tiempo.

Movió la cabeza.

—No me serviría. Hoy es martes, ¿verdad? Debo tenerlo todo en mi poder el domingo por la noche.

¿Han oído ustedes alguna vez una cosa tan absurda? Aquel hombre tenía que estar loco.

—Mire —me dijo—, empiezo ya a comprender cuál es la situación. Estos cuadros que yo deseo están esparcidos por todo el mundo. Son propiedad de museos públicos y de entidades privadas que no los venderían. Y supongo que ocurrirá lo mismo con los manuscritos. Cosas como la *Biblia* de Gutenberg, las primeras obras de Shakespeare, la Declaración de Independencia...

Loco de remate. Todo cuanto pude hacer fue asentir en silencio.

—¿Cuántas de las cosas que deseo se encuentran aquí? —preguntó—. ¿Aquí, en este país?

—Muchas, casi la mitad.

—Perfectamente. Voy a decirle lo que debe saber. Siéntese aquí y hágame una lista. Quiero que me escriba los nombres de los cuadros que yo he anotado y el lugar donde se encuentra cada uno de ellos. Por esta lista le pagaré 10.000 dólares.

¡Diez mil dólares por una lista que podía haber obtenido gratuitamente en la biblioteca pública! ¡Diez mil dólares por menos de una hora de trabajo!

Le di la lista. Y él me entregó el dinero y se marchó.

Para entonces, yo estaba ya casi frenético. Todo mi cuerpo temblaba. Había venido y se había marchado, y yo no sabía nada, ni siquiera su verdadero nombre. ¿Quién podrá hablarme de millonarios excéntricos? Se marchó, y yo me quedé con 10.000 dólares en la mano.

Bueno, yo no soy de esos que hacen las cosas a ciegas. Aún no habían pasado tres minutos cuando cerré la tienda y me encaminé al Banco. Al regresar a la galería, estaba como extasiado.

Y entonces me pregunté por qué regresaba.

En realidad, no tenía por qué regresar. Aquel dinero era mío, no de Jerry. Me lo había ganado yo, con mi insignificante persona. En cuanto a Jerry, podía quedarse en el Cape y pudrirse allí. Ya no necesitaba su precioso empleo.

Me alejé de allí y compré un billete para París. En mi opinión, todas esas historias de la guerra fría no son más que tonterías.

Desde luego, Jerry se enfurecerá cuando se entere de lo ocurrido. Bueno, que se enfurezca. Sólo puedo decirle que se busque otro chico.

DECLARACIÓN DE NICK KRAUSS

No me aguantaba de pie. Había estado trabajando desde el martes por la noche y era ya sábado. Tenía los nervios de punta.

Pero yo no podía perderme aquel trabajito. Porque la recompensa era fabulosa. La recompensa al golpe más inmenso jamás proyectado.

Desde luego, he oído hablar del asunto de Brink. Incluso tengo una idea muy aproximada de quienes dieron el golpe. Pero aquello fue miseria al lado de esto, y además se necesitó más de un año para realizarlo.

Ese negocio los deja chiquitos a todos. Figúrense, seis millones de pavos en metálico. ¿Qué les parece? He dicho seis millones de pavos en cuatro días. ¿Una nadería, verdad?

¿Y quién lo hizo? Yo, y nadie más que yo.

Voy a decirles una cosa: me gané ese dinero. Hasta el último centavo. Y no crean que no tuve que repartir la pasta a manos llenas. Incluso ahora no consigo acordarme de cuánta gente intervino desde el principio hasta el fin. Entre propinas y gastos — como alquilar aviones para que todos me trajeran la mercancía— creo que la broma me costó cerca de millón y medio, sólo para montar la operación.

Por lo tanto, quedan cuatro millones y medio. Cuatro millones y medio que debía recoger a bordo del yate.

Tenía toda aquella maldita mercancía dentro del camión. Ciento cuarenta piezas, algunas de ellas muy pesadas. Pero no quise que nadie más se ocupase de la descarga. Aquello era dinamita. Sólo dos millas desde el almacén donde lo había guardado todo. Las dos millas más largas que jamás he recorrido.

Claro que tenía un almacén. ¡Yo mismo lo había comprado! También compré el yate para él. Pagué en dinero contante y sonante. Cuando se dispone de seis millones para negociar, uno no corre riesgos con cosas que se pueden comprar sin armar jaleo.

El negocio presentaba muchos riesgos. Tuve que correr esos riesgos, trabajando con tanta rapidez. Aún no sé cómo me salí con la mía sin que me fallase una docena de cosas.

Pero la pasta ayudó. Coges a un fulano, y por dos o tres sábanas es capaz de traicionarte. Le das veinte o treinta y el hombre es tuyo. Utilicé a muchos tipos que ni siquiera eran del oficio, tipos que nunca habían conocido la chirona por dentro. Unté las manos de guardianes, policías y empleados de los museos.

Aún no sé qué quería hacer aquel guasón con toda esa pacotilla. Lo único que se me ocurre es que tal vez fuese uno de esos rajás indios, o algo por el estilo. Pero no tenía la pinta de hindú, era un fulano alto y corpulento, más bien joven. Tampoco hablaba como si lo fuese. Pero ¿a quién más se le puede ocurrir soltar toda esa pasta a cambio de un puñado de telas cubiertas de pintura?

Sea como fuere, el martes por la noche se me presentó provisto de aquella bolsa. Nunca he podido saber cómo llegó hasta mí, y cómo pudo esquivar a Lefty en el piso de abajo.

Pero allí estaba. Me preguntó si era verdad lo que le habían contado de mí, y me preguntó si quería hacer un trabajito para él. Dijo llamarse Smith. El nombre que adoptan todos los que quieren permanecer en el anonimato.

Poco me importó cuál fuese su nombre. Porque, como dijo aquel tipo, el dinero habla por sí solo. Y desde luego, aquel martes por la noche el dinero soltó un verdadero discurso cuando el fulano aquel va y me esparce dos millones de machacantes sobre la mesa.

Dos millones de machacantes, ¿me oyen? ¡Y en metálico!

—He traído esto para los gastos —me dijo—. Si puedes ayudarme, hay cuatro millones más.

Prescindamos del resto. Hicimos el trato y yo puse manos a la obra. El miércoles lo tenía ya a bordo del yate, y no se movió de allí mientras yo trabajaba. Cada noche, yo iba allí y le informaba.

Fui personalmente a Washington y también me ocupé del negocio en Nueva York y Filadelfia. El viernes visité Boston. Lo demás lo solucioné por teléfono en su mayor parte. Mandé hombres en avión con pedidos y dinero contante y sonante a Detroit, Chicago, San Luis y la costa. Tenían listas y sabían lo que debían buscar. Cada uno de los que se pusieron en contacto conmigo hizo sus propios planes para dar su golpe. Yo pagué todo lo que me pidieron y de ese modo todos estuvieron contentos. No había la posibilidad de que alguno me la diera con queso; ¿dónde habría podido vender el género? Estas cosas quemar al que las toca.

El jueves yo estaba ya medio sepultado entre gráficos, planos de salas y rutas de escape. Había seis individuos sólo para revisar los sistemas de alarma en los lugares que corrían a mi cargo. En Nueva York trabajaban más de cincuenta, sin contar el personal sobornado. Nadie me creería si yo dijera los nombres de algunos de los que nos ayudaron. Profesores de importancia, explicando cómo podíamos entrar, o cortando alambres y dejando puertas sin cerrar. Oí a una docena de ellos y cuando todo hubo terminado hasta me escandalicé. Esto es lo que el dinero a grandes dosis puede comprar.

Como es lógico, me vi en algún apuro. En varios. No pudimos sacar el género de Los Ángeles. El camión no estaba en el lugar previsto, y perdieron todo el cargamento tratando de pirárselas en el aeropuerto. Fue una suerte que la bofia se cargase a los cuatro que habrían podido cantar. Gracias a esto, no pudieron sacar nada en claro.

En resumidas cuentas, hubo unas siete u ocho bajas; los cuatro de Los Ángeles, dos en Filadelfia, un fulano en Detroit y otro en Chicago. Pero nadie se chivó. Yo estuve siempre en contacto por radio y tenía a mis muchachos en todas partes, supervisando. Todo el género al que pudimos echar mano llegó a Jersey en avión particular y lo metí directamente en el almacén.

Y cuando salí para cobrar la factura, tenía todas las obras, 143 piezas, metidas en mi camión.

Necesité tres horas para subir la mercancía a bordo del yate. Aquel tipo, el supuesto mister Smith, estuvo sentado y vigilándome durante todo ese rato.

Cuando terminé, le dije:

—Aquí está todo. ¿Está contento, o prefiere que le extienda un recibo?

Ni siquiera sonrió. Lo único que hizo fue mover la cabeza.

—Tendrá que abrir las cajas —me dijo.

—¿Abrirlas? —exclamé—. Necesitaré dos horas más.

—Disponemos de tiempo —replicó.

—¡Y un cuerno! Óigame, esa mercancía quema y yo aún más. Hay más de cien mil polizontes buscando ese género. ¿No ha leído los periódicos ni ha escuchado la radio? Todo el país está que arde. Esto es peor que una crisis bélica o como quiera que se llame. Quiero largarme de aquí, más que de prisa.

Pero él insistió en que abriera las cajas y las cestas, y tuve que hacerlo. Al fin y al cabo, por cuatro millones de pavos un poco trabajo extra no hace daño a nadie. Ni siquiera cuando uno está que se cae de sueño. De todos modos, fue tarea dura pues todo estaba muy bien empaquetado. Con el fin de que no se averiase el género, se comprende.

No había nada que estuviera enmarcado. El hombre extendió aquellas telas en el suelo y las comprobó una por una, mientras consultaba un cuaderno. Y cuando yo hube sacado el último maldito cuadro, llevando todas las maderas y virutas a cubierta, y arrojado todos los restos por la borda aprovechando la oscuridad, fui a buscarlo a la cabina de proa.

—¿Qué está haciendo aquí? —pregunté—. ¿Adónde vamos?

—A traspasar todo esto a mi buque —me dijo—. No supondrá usted que me dispongo a marcharme con esta embarcación, ¿verdad? Y necesito su ayuda para trasladarlo a bordo de la mía. No se preocupe, no está muy lejos de aquí.

Puso en marcha los motores, pero yo me coloqué detrás de él y le hurgué las costillas con mi «Especial».

—¿Dónde está la pasta? —le pregunté.

—En la otra cabina, sobre la mesa.

Ni siquiera se volvió para mirarme.

—¿No intentará ninguna jugarreta, verdad?

—Juzgue usted mismo.

Fui a verlo y me convencí de que jugaba limpio.

Había cuatro millones de pavos sobre la mesa. Billetes de cinco y de diez mil dólares, y nada de falsificaciones. No resultaría muy fácil pasar aquellas sábanas tan grandes, pues los federales darían la alarma, pero tampoco entraba en mis planes dormirme con aquel fardo a cuestas. Hay muchos países aficionados a los billetes de gran calibre y que no hacen ninguna pregunta. Varios lugares de Suramérica. Este panorama no me inquietaba mucho, siempre y cuando pudiera llegar allí.

Y me cuidé de que pudiera llegar allí. Volví a la otra cabina y le enseñé otra vez mi «Especial».

—No se detenga —le dije—. Le ayudaré, pero si se pasa de listo le extirparé el apéndice de un balazo.

Sabía quién era yo. Sabía también que podía agujerearle y largarme de allí cuando me diese la gana. Pero ni siquiera parpadeó, ni tan sólo levantó la vista de su timón.

Navegamos unas cuatro o cinco millas. La oscuridad era total y él no llevaba ningún faro encendido, pero sabía adónde íbamos pues de pronto nos paramos en alta mar y me dijo:

—Hemos llegado.

Subí a cubierta con él y no pude ver nada. Sólo las luces de la costa y el agua que nos rodeaba. ¡Que me ahorquen si vi una embarcación en parte alguna!

—¿Dónde está? —le pregunté.

—¿El qué?

—Su nave.

—Aquí abajo —contestó, señalando a un lado.

—¿De qué diablos se trata? ¿De un submarino o de algo por el estilo?

—De algo por el estilo.

Se inclinó sobre la borda. Sus manos estaban vacías, no hizo más que asomarse, y que me maten si de repente no aparece aquella maldita cosa. Una especie de bola de plata, con una escotilla encima.

Ni siquiera distinguí la escotilla hasta que se abrió, y la bola flotó junto al yate de modo que pudimos apoyar la pasarela en la escotilla.

—Venga —me dijo—. Le ayudaré, así ganaremos tiempo.

—¿Se figura que voy a transportar la mercancía sobre esta plancha tan delgada? —le pregunté—. ¿Y a oscuras?

—No se preocupe, no podrá caerse. Está magnomesurizada.

—¿Qué diablos significa esto?

—Se lo enseñaré.

Caminó sobre la plancha y subió a la bola antes de que yo pensara en detenerlo. La plancha no se movió ni un milímetro.

Después regresó junto a mí.

—Vamos, no hay motivo para tener miedo.

—¿Quién tiene miedo?

Pero yo estaba que no me tocaba la camisa al cuerpo. Porque entonces comprendí lo que era aquel hombre. Durante los últimos tiempos había estado leyendo mucho los periódicos y no me perdía ni detalle de tanta charla sobre la próxima guerra. Era uno de aquellos comunistas, con sus armas nuevas y todo su material. No era de extrañar que gastase millones de machacantes de aquella manera.

Por lo tanto, pensé en cumplir con mi deber de patriota. Sí, le metería todos aquellos cuadros a bordo. Quería echar un vistazo a aquel submarino suyo. Pero una vez terminado el trabajo, decidí que no iría a Rusia, ni a ningún otro sitio. Yo me encargaría de ello.

Esto es lo que planeé y así le ayudé a acarrear toda la mercancía hasta el submarino.

Pero después volví a cambiar de opinión. No era un ruso. No era nada que yo pudiese imaginar, excepto tal vez un inventor. Porque aquella cosa suya era absurda.

El interior estaba hueco. Completamente hueco, sólo con una pared delgada alrededor. Puedo jurar que no había sitio ni para un motor ni para nada. Sólo el espacio necesario para apilar los cuadros y para que dos o tres hombres estuvieran de pie.

Tampoco había ninguna luz eléctrica, pero había luz. Y luz de día. Sé de lo que estoy hablando, estoy bien enterado de los tubos fluorescentes y de neón. Aquello era distinto. Algo nuevo.

¿Instrumentos? Bueno, en un lugar había una especie de ranuras pequeñas, pero estaban en el suelo. Había que echarse para ver cómo funcionaban. Y él no me quitaba la vista de encima, por lo que no quise obrar de forma tan descarada. Pensé que no sería prudente.

Tuve miedo porque no tenía miedo.

Tuve miedo porque no era un ruso.

Tuve miedo porque no hay bolas redondas que floten en el agua, o que salgan de ella sólo cuando uno las mira.

Y porque aquel hombre no vino a ninguna parte con todo aquel dinero y no iba a ningún sitio con todos aquellos cuadros.

No pude fijar mis ideas, con la excepción de una sola. Quería salir de allí, y salir cuanto antes.

Tal vez ustedes creerán que estoy como una cabra, pero ello se debe a que nunca han visto una bola resplandeciente flotando en el agua, sin moverse siquiera a causa de las olas, y con luz de día dentro cuando no había nada para iluminarla. Nunca han visto a un señor Smith que no se llamaba Smith y que tal vez ni siquiera era tal señor.

Pero si hubiesen pasado por esta experiencia, comprenderían por qué me alegré tanto al verme otra vez en el yate y al poder bajar a la cabina a recoger la pasta.

—Perfectamente —dije—. Y ahora, vamos a regresar en seguida.

—Márchese cuando quiera —contestó él—. Yo me voy ahora mismo.

—¿Que usted se va? ¿Y entonces cómo diablos regreso yo? —grité.

—Con el yate —me dijo—. Es suyo.

Así, tal como lo oyen, me contestó.

—Pero si yo no puedo volver con el yate... ¡Ni siquiera sé tripularlo!

—Es muy sencillo. Vamos, se lo explicaré. Yo lo comprendí en menos de un minuto. Venga conmigo a la cabina.

—Un momento —saqué el «Especial»—. Usted me llevará ahora mismo hasta el muelle.

—Lo siento, no tengo tiempo. Debo ponerme en camino antes de...

—Ya me ha oído —insistí—. Ponga en marcha ese cascarón de nuez.

—Se lo ruego, no me oponga dificultades. Tengo que marcharme en seguida.

—Primero me volverá a tierra firme. Después márchese a Marte o a dondequiera que sea.

—¿Marte? ¿Quién ha hablado de...?

Sonrió y movió la cabeza. Y entonces me miró.

Me miró con fijeza, me miró a mí. Miró a mi interior. Sus ojos eran sus ojos eran como dos de aquellas grandes bolas de plata, introduciéndose en rendijas detrás de mis globos oculares y chocando contra mi cerebro. Se acercaron a mí, pesadas y lentas, y yo no supe esquivarlas. Vi cómo venían y supe que si chocaban contra mí, yo era hombre muerto.

Mis pies no me sostenían. Todo mi cuerpo estaba semiparalizado. Él seguía sonriendo y mirándome, mientras sus ojos se me acercaban. Dieron vueltas y percibí su choque. Después... me sentí morir.

Lo último que recuerdo es que oprimí el gatillo.

DECLARACIÓN DE LA DOCTORA ELIZABETH RAFFERTY

El domingo por la mañana, a las 9:30, llamó a la puerta. Recuerdo la hora con exactitud porque yo había terminado de desayunar y había conectado la radio para escuchar noticias de la guerra. Al parecer, habían descubierto otro navío soviético, esta vez en la bahía de Charleston y con un dispositivo atómico a bordo. Los

servicios de vigilancia costera y las fuerzas aéreas se hallaban en estado de alarma, y...

Sonó el timbre y abrí la puerta.

Allí estaba él. Medía por lo menos un metro noventa y cinco. Tuve que mirar hacia arriba para ver su sonrisa, pero el esfuerzo bien valía la pena.

—¿Está el doctor? —preguntó.

—Yo soy, el doctor Rafferty.

—Bien. Esperaba tener la suerte de encontrarle en casa. Acabo de llegar caminando, en busca de un médico. Se trata de una urgencia...

—Lo suponía —di un paso atrás—. ¿Quiere pasar? No me gusta que mis pacientes se desangren en el umbral de mi casa.

Dio un vistazo a su brazo izquierdo. Sangraba, desde luego. Y a juzgar por el agujero de su chaqueta y las huellas de pólvora, adiviné la causa.

—Por aquí —le dije, entrando en el despacho—. Y ahora, si me permite que le ayude a quitarse la chaqueta y la camisa, mister...

—Smith.

—Desde luego. Suba a la mesa. Eso es. Vamos a ver, permítame... Aquí. ¡Bien! Un orificio muy limpio, sobre el tríceps. Doble el brazo. Otra vez. Parece como si hubiese tenido suerte, mister Smith. Ahora estése muy quieto. Voy a sondar... Tal vez le dolerá un poquitín... ¡Magnífico! Y ahora vamos a esterilizarlo...

Le estuve observando todo el rato. Tenía el rostro impassible de un jugador de naipes, pero sin ninguno de sus gestos. No supe clasificarlo. Pasó por toda la cura sin un solo gemido ni un cambio de su expresión.

Por último, le vendé el brazo.

—Probablemente, su brazo estará entumecido durante varios días. Le aconsejaría que no se moviese mucho. ¿Cómo ha sucedido?

—Un accidente.

—¡Vamos, mister Smith! —Saqué la pluma y busqué un formulario—. No seamos chiquillos. Sabe usted tan bien como yo que un médico debe presentar un informe completo cuando se trata de una herida de bala.

—No lo sabía —saltó de la mesa—. ¿Quién recibe el informe?

—La policía.

—¡No!

—¡Se lo ruego, mister Smith! La ley me exige que...

—Acepte esto.

Buscó algo en el bolsillo con la mano derecha, y lo arrojó sobre la mesa. Lo miré: nunca había visto hasta entonces un billete de cinco mil dólares, y era algo que recreaba la vista.

—Y ahora me marchó —me dijo—. En realidad, nunca he estado aquí.

Me encogí de hombros.

—Como guste —le dije—. Pero antes quiero enseñarle una cosa.

Me levanté, abrí el primer cajón de la izquierda de mi escritorio y le enseñé lo que guardaba allí.

—Esto es una pistola calibre 22, mister Smith —le expliqué—. Un arma para damas. Nunca la he usado fuera del campo de tiro. Me disgustaría tener que utilizarla ahora, pero le prevengo que si lo hago sentirá usted molestias en su brazo derecho. Como médico, mis conocimientos de anatomía se unen a mis habilidades como tirador. ¿Me ha comprendido?

—Sí, desde luego. Pero tiene que dejarme salir. Es muy importante. Yo no soy un criminal.

—Nadie ha dicho que lo sea. Pero lo será si trata de burlar a la ley negándose a contestar a mis preguntas para hacer el informe. Éste debe hallarse en poder de las autoridades dentro de las próximas veinticuatro horas todo lo más tarde.

Soltó una risita.

—Nunca lo leerán.

Susurré.

—No discutamos. Y no vuelva a meter la mano en su bolsillo.

Me miró, sonriendo otra vez.

—No llevo armas. Sólo quería incrementar sus honorarios.

Otro billete cayó sobre la mesa. Diez mil dólares. Cinco mil más diez mil son quince mil, sumé mentalmente.

—Lo siento —dije—. Todo esto resulta muy tentador para un médico joven que trata de abrirse camino, pero resulta que yo tengo ideas muy anticuadas sobre estas cosas. Además, no creo que nadie me los cambie a causa de todo ese gran jaleo que publican los periódicos acerca de...

Callé súbitamente al recordar. Billetes de cinco mil y de diez mil dólares. Todo coincidía. Le sonreí desde mi escritorio.

—¿Dónde están los cuadros, mister Smith? —pregunté.

Le tocó a él la voz de suspirar.

—Por favor, no me lo pregunte. Yo no quiero perjudicar a nadie. Sólo quiero marcharme, antes de que sea demasiado tarde. Usted ha sido amable conmigo. Le estoy agradecido. Acepte el dinero y olvídense de todo. Este informe no servirá para nada, créame.

—¿Crearle? ¿Con todo el país en vilo buscando obras de arte robadas, y con un comunista debajo de cada cama? Tal vez se trate solamente de curiosidad femenina, pero me gustaría saberlo todo. —Le apunté cuidadosamente—. No se trata de una conversación, mister Smith. Hable o disparo.

—Está bien. Pero no le servirá de nada. —Se inclinó hacia mí—. Debe creerme. No servirá de nada. Podría enseñarle los cuadros, es verdad. Se los podría entregar. Y sin embargo, de nada serviría. Dentro de veinticuatro horas resultarían tan inútiles como el informe que usted quería presentar.

—Es verdad, el informe. Tal vez sea mejor que empecemos por él —dije—. A pesar de sus frases pesimistas. A juzgar por lo que dice, parece como si las bombas tuviesen que empezar a caer mañana.

—Caerán —me aseguró—. Aquí y en todas partes.

—Muy interesante —empuñé la pistola con la mano izquierda y cogí la estilográfica—. Pero ahora, al grano. Su nombre, por favor. Su nombre auténtico.

—Kim Logan.

—¿Fecha de nacimiento?

—25 de noviembre de 2903.

Levanté el arma.

—El brazo derecho —dije— a media altura del triceps. Le dolerá.

—25 de noviembre de 2903 —repitió—. Llegué aquí el domingo pasado a las 10 de la noche, según el horario de ustedes. Siguiendo la misma cronología, me marcharé mañana a las nueve. Es un ciclo de 169 horas.

—¿De qué me está hablando?

—Mi instrumento está ahí, en la bahía. Los cuadros y los manuscritos se encuentran en él. Quería permanecer sumergido hasta el momento de marcharme esta noche, pero un hombre disparó contra mí.

—¿Se siente febril? —pregunté—. ¿Le duele la cabeza?

—No. Le dije que no serviría de nada explicárselo todo. Usted no quiere creerme, como tampoco ha creído lo de las bombas.

—Ciñámonos a los hechos —sugerí—. Usted ha admitido que robó los cuadros. ¿Por qué?

—A causa de las bombas, desde luego. Se aproxima la guerra, la gran guerra. Mañana, antes del amanecer, sus aviones volarán sobre la frontera rusa y los aviones soviéticos contraatacarán. Esto no será nada más que el comienzo. La guerra durará meses, años incluso. Al final... ruinas. Pero las obras maestras que yo me llevo estarán a salvo.

—¿Cómo?

—Se lo he dicho ya. Mañana, a las nueve, regresaré a mi lugar en la coordenada continua del tiempo. —Alzó la mano—. No me diga que esto no es posible. Tal vez lo sea según sus conceptos actuales de la física. Tal como está incluso nuestra ciencia, sólo puede demostrarse el movimiento hacia adelante. Cuando sugerí mi proyecto al Instituto todos se mostraron escépticos, pero esto no impidió que construyeran el

instrumento siguiendo mis instrucciones. También me permitieron utilizar el dinero de la Fundación Histórica, en Fort Knox. Y antes de marcharme, recibí irónicas bendiciones. Supongo que al verme desaparecer, todos se llevaron una sorpresa mayúscula. Pero esto no será nada comparado con la reacción que causará mi regreso. Mi regreso triunfal, con un cargamento de obras maestras que todos suponían destruidas mil años antes.

—Vamos a aclarar las cosas —dije—. Según su relato, usted ha venido porque sabía que la guerra estaba a punto de estallar y quería salvar de la destrucción unas cuantas obras maestras. ¿No es así?

—Exactamente. Era una jugada muy arriesgada, pero disponía de dinero. He estudiado esta época repasando todos los detalles disponibles en los archivos. Me puse al corriente de las peculiaridades lingüísticas de la época. Supongo que no tiene dificultad en comprenderme, ¿verdad? Y conseguí elaborar un plan. Desde luego, no he tenido un éxito completo, pero he conseguido mucho en una sola semana. Tal vez pueda volver otra vez, un poco antes, quizá con un año o dos de anticipación, y procurarme más. —Sus ojos brillaron—. ¿Por qué no? Podríamos construir más instrumentos, venir varios de nosotros. Entonces podríamos conseguir lo que quisiéramos.

Moví la cabeza denegando.

—Para no extendernos demasiado, supongamos por un momento que le creo, cosa que no es cierta. Dice usted que ha robado varios cuadros. Esta noche piensa llevárselos consigo al año dos mil novecientos y pico. Esto es lo que usted espera. ¿Es ésta su historia?

—Es la verdad.

—Muy bien. Pero ahora sugiere que podrían repetir el experimento en una escala más amplia. Regresar un año antes que hoy y apoderarse de más obras maestras. ¿Qué sucederá con los cuadros que usted se llevará hoy?

—No la comprendo.

—Según usted, estos cuadros estarán en su época. Pero un año antes estaban colgados en diversos museos. ¿Seguirán allí cuando ustedes vuelvan? Seguramente, no pueden coexistir.

Sonrió.

—Interesante paradoja. Empieza usted a gustarme, doctora Rafferty.

—Pues bien, no deje que este sentimiento vaya en aumento. No es recíproco, puedo asegurárselo. Incluso aunque me estuviera diciendo la verdad, yo no podría admirar sus motivos.

—¿Por qué no? —Se levantó, haciendo caso omiso de la pistola—. ¿Acaso no es un objetivo dignísimo la salvación de tesoros inmortales de las insensatas destrucciones de una guerra de tribus? El mundo merece que este patrimonio artístico

sea preservado. He arriesgado mi vida para poder llevar la belleza a mi propia época, donde podrá ser adecuadamente admirada y disfrutada por mentes que ya no están obsesionadas por la codicia y crueldad que he hallado aquí.

—Sus palabras suenan muy bien —observé—, pero los hechos prevalecen. Usted ha robado esos cuadros.

—¿Robado? ¡Los he salvado! Le aseguro que antes de terminarse este año estarían completamente destruidos. Sus galerías, sus bibliotecas, todo desaparecerá. ¿Es robar sacar los objetos más preciados de un templo en llamas? —Se inclinó hacia mí—. ¿Es un crimen?

—¿Y por qué no apagar el fuego? —repliqué—. Usted sabe (supongo que a través de datos históricos) que la guerra ha de estallar hoy o mañana. ¿Por qué no aprovecharse de su previsión y tratar de evitarla?

—No puedo hacerlo. Los datos que poseemos son mínimos e incompletos. Los acontecimientos se confunden entre sí. Ni siquiera he podido averiguar cómo empezó, o mejor dicho empezará, la guerra. Algún incidente trivial, que nadie mencionará. Sobre este punto, nada he podido aclarar.

—¿Pero no puede avisar a las autoridades?

—¿Y cambiar la historia? ¿Cambiar la secuencia actual de los acontecimientos, para ser más exacto? ¡Imposible!

—¿Acaso no la cambia al llevarse los cuadros?

—Esto es diferente.

—¿Lo cree? —Le miré con fijeza a los ojos—. No veo la diferencia. En fin, todo esto es imposible. He perdido mucho tiempo discutiendo con usted.

—¡Tiempo! —Miró el reloj de pared—. Son casi las doce. Sólo me quedan nueve horas. Y tengo que hacer muchas cosas. Entre ellas, ajustar el instrumento.

—¿Dónde está ese precioso mecanismo suyo?

—En la bahía. Sumergido, desde luego. Tuve esta idea cuando lo estaban construyendo. Imaginen los riesgos que supone tratar de moverse a través del tiempo y aparecer sobre una superficie sólida. La faz de la tierra sufre cambios, pero el océano es prácticamente inalterable. Sabía que si partía desde un lugar situado a varias millas del litoral y llegaba aquí, eliminaría gran parte de los riesgos más corrientes. Por otra parte, el mar ofrece un escondrijo ideal. Sepa que el principio de mi viaje es sencillo. Por medios puramente mecánicos, esta noche elevaré el instrumento hasta rebasar el límite estratosférico y entonces intercalcularé dimensionalmente el momento en que me libere de la órbita terrestre. El impulso gántico será...

No cabía duda. No era preciso escuchar tantas tonterías para comprender que estaba loco de atar. Una lástima, pues era un ejemplar muy apuesto.

—Lo siento —le interrumpí—. No dispongo de más tiempo. Lamento verme

obligada a ello, pero no me queda otra alternativa. No, no se mueva. Voy a llamar a la policía, y si da usted un paso dispararé.

—¡Deténgase! ¡No debe llamarles! Haré cualquier cosa. Incluso la llevaré conmigo. ¡Eso es! ¡La llevaré conmigo! ¿No le gustaría salvar la vida? ¿No le agradaría escapar?

—No. Nadie escapará —le aseguré—. Sobre todo, usted. Y ahora, quieto y nada de tonterías. Voy a hacer esa llamada.

Se detuvo. Quedóse inmóvil. Yo cogí el teléfono, con una dulce sonrisa. Él sonrió a su vez. Me miró.

Ocurrió algo.

Se ha discutido mucho acerca de los aspectos clínicos de la terapia hipnótica. Recuerdo que en la escuela intentaron hipnotizarme y demostré ser totalmente inmune. De ello deduje que se necesita cierta dosis de cooperación o de sugestibilidad condicionada para que un individuo resulte susceptible a la hipnosis.

Estaba equivocada.

Estaba equivocada porque entonces no pude moverme. Nada de luces, ni de espejos, ni de voces, ni de sugestión. Simplemente, no pude moverme. Seguí sentada, empuñando la pistola. Así continué mientras le veía marcharse, cerrar la puerta tras él. Podía ver y podía asentir. Incluso pude oírle cuando se despidió de mí.

Pero no conseguí moverme. Podía hacer algo, pero sólo funciones de tipo paralítico. Por ejemplo, podía mirar el reloj.

Estuve observando el reloj desde las doce hasta casi las siete. Durante la tarde llegaron varios pacientes, no pudieron entrar y se marcharon. Miré el reloj hasta que su faz se borró a causa de la oscuridad. Seguí sentada y sufriendo aquella rigidez hipnótica hasta que, providencialmente, sonó el teléfono.

Aquello rompió el hechizo. Pero también me quebró a mí. No pude contestar a la llamada. Me limité a desplomarme sobre mi mesa, con los músculos transidos por el dolor, mientras la pistola se desprendía de mis dedos entumecidos. Permanecí allí jadeando y sollozando, durante largo tiempo. Traté de sentarme otra vez y sufrí dolores de agonía. Después traté de andar. Las piernas carecían de tacto. Necesité una hora para volver a ser dueña de mí, e incluso entonces noté que sólo se trataba de un control parcial, un control meramente físico. Mis pensamientos eran otra cosa muy distinta.

Siete horas pensando. Siete horas de duda entre la falsedad o la certidumbre de aquel relato. Siete horas aceptando y rechazando lo posible y lo imposible.

Eran ya más de las ocho cuando conseguí valerme de los pies otra vez, y entonces no supe lo que debía hacer.

¿Llamar a la policía? Sí, pero ¿qué podía decirles? Tenía que estar segura, tenía

que saber.

¿Y qué sabía yo? Que estaba allí, en la bahía, y que partiría a las nueve. Había un instrumento que se elevaría más allá de la estratosfera...

Salí en busca de mi coche y me puse en marcha. El muelle estaba desierto. Enfilé la carretera que conduce hasta la Punta, desde donde se goza de una buena vista. Llevaba mis prismáticos. Había estrellas, pero no luna, a pesar de lo cual pude ver perfectamente.

Había un pequeño yate que se mecía sobre las aguas, pero no brillaba en él ninguna luz. ¿Podía ser el yate?

Sería absurdo correr riesgos. Me acordé de las noticias de la radio acerca del servicio de vigilancia costera.

Esto me decidió. Regresé a la ciudad, me detuve ante una farmacia y llamé a la policía. Sólo comuniqué la presencia del yate. Tal vez investigarían la causa de que no hubiese luces. Sí, me quedaría allí y les esperaría, si así lo deseaban.

No me quedé, desde luego. Volví a la Punta y enfoqué mis prismáticos hacia el yate. Eran casi las nueve cuando vi que se acercaba la lancha guardacostas, pasando detrás del yate con gran rapidez.

Eran exactamente las nueve cuando encendieron los reflectores y, durante un increíble instante, captaron el brillante reflejo del globo plateado que salió del agua y subió derecho hacia los cielos.

Entonces se produjo la explosión y vi el fogonazo antes de percibir la detonación. El guardacostas llevaba artillería antiaérea y ésta se mostró efectiva.

Por un momento, el globo siguió su ascenso. Al momento siguiente, no había nada. Lo volaron en mil pedazos.

Y fue como si también me hicieran pedazos a mí. Porque si había un globo, tal vez él estaba dentro. Con las obras maestras, a punto de regresar a otra época. Por lo tanto, su historia era cierta, y si era cierta...

Creo que me desmayé. Mi reloj marcaba las 10:30 cuando recobré el conocimiento y me incorporé. Habían dado ya las once cuando entré en el Servicio de Vigilancia Costera y expliqué mi odisea.

Como es lógico, nadie me creyó. Incluso el doctor Halvorsen, el médico de guardia, dijo que me creía pero insistió en darme la inyección y en trasladarme al hospital.

De todos modos, hubiera sido ya tarde. Aquel globo fue la gota que acabó de llenar el vaso. Seguramente, comunicaron a Washington sin perder tiempo la historia de aquella nueva arma soviética destruida ante las costas. Al producirse el hecho después de haberse descubierto aquellos buques cargados de bombas, representó el golpe final. Alguien dio órdenes y nuestros aviones se pusieron en camino.

He estado escribiendo toda la noche. Desde el pasillo se oyen las noticias de la

radio. Hemos bombardeado varios lugares. Y se ha dado la alerta, en previsión de posibles represalias.

Tal vez ahora me creerían. Pero ya no importa. Será tal como él pronosticó.

No puedo dejar de pensar en las paradojas del viaje a través del tiempo. Esa noción de trasladar objetos del presente al futuro, y esa otra acerca de alterar el pasado. Me gustaría desarrollar esta teoría, pero ya no es preciso. Los antiguos maestros no han podido ir al futuro. Como tampoco él, al regresar a nuestro presente, pudo evitar la guerra.

¿Qué había dicho? «Ni siquiera he podido averiguar cómo empezó, o mejor dicho empezará, la guerra. Algún incidente trivial, que nadie mencionará».

Pues bien, éste fue el incidente trivial. Su visita. Si yo no hubiera hecho aquella llamada por teléfono, si el globo no se hubiese elevado... pero ya no puedo pensar en ello por más tiempo. Me duele la cabeza. Todo ese ruido estridente y atronador...

Acabo de efectuar un descubrimiento importante. Estos ruidos estridentes y atronadores no proceden del interior de mi cabeza. También puedo oír el alarido de las sirenas. Si aún me quedaba alguna duda acerca de la veracidad de sus afirmaciones, se ha desvanecido ya por completo.

Ojalá hubiese dado crédito a sus palabras. Ojalá los demás me creyesen ahora. Pero ya no queda tiempo...

ERLE STANLEY GARDNER

LLUVIA MÁGICA

Rain Magic

¿Es Lluvia mágica un hecho o una ficción? Eso quisiera saber yo.

Ya sé que, en cierto modo, es ficción, porque yo inventé incidentes conexos y los entretejé formando un cuento. Es lo demás lo que me obsesiona. En la época pensé que sólo se trataba de una mentira de un viejo canalla desertor. Y luego comencé a creer que era verdad.

De todos modos, ahí están los hechos, y el lector puede juzgar por sí mismo.

Hace alrededor de seis meses fui a meter la nariz en los cuentos del Oeste. Mis personajes se volvieron borrosos en mi mente; mis descripciones carecían de ese algo intangible que hace que un cuento quede como un todo bien atado. Me di cuenta de que tenía que salir y recoger nuevo material.

Entonces, me proporcioné una «roulotte». Es un cacharro que contiene todo lo preciso para vivir: cama, baño, agua caliente y fría, radio, escritorio, retrete, cocina, etcétera. Me lancé al desierto impenetrable siguiendo viejos caminos abandonados, en ocasiones haciendo mis propios caminos. A medida que avanzaba iba escribiendo, encontrándome con viejos exploradores pasándolos al papel, empapándome del entorno desértico.

El 13 de febrero, encontré un pequeño manantial en medio del árido desierto. Sabía que no había un alma en muchas millas.

Entonces oí pisadas, el sonido de una voz. Me levanté de la máquina de escribir y fui hacia la puerta. Allí estaba un viejo explorador cogiendo agua del manantial. Pero no era la típica rata del desierto. Siempre me interesa la clasificación caracterológica, y aquel hombre me dejó perplejo. Llegué a la conclusión de que había sido marinero.

Entonces salí, nos dimos la mano, y pasamos el día. Se interesaba en mi «roulotte» y le hice pasar, le hice sentar y fumamos a modo de introducción. Entonces le pregunté si había sido marinero.

Sigo viendo cómo frunció el ceño extrañamente mientras asentía.

Ahora, los marineros están muy inclinados a estar en el agua. Uno no encuentra, a menudo, un típico marinero en el desierto. Le pregunté por qué había ido al desierto.

Expliqué que tenía que escapar de la lluvia. Cuando llovía tenía la enfermedad

del sueño.

Aquello sonaba a cuento y lo aproveché como punto de partida para sonsacarle la verdad. El momento llegó al cabo de un rato, comenzando con el polvo del Sahara que pintaba los aparejos de la nave después de la tormenta levantando al vuelo la enfermedad del sueño que le sobrevinía cuando olía la humedad de la vegetación remojada por la lluvia.

Pensé que se trataba de una horrible y fantasmagórica mentira, pero era una mentira absorbente y entretenida, y pensé que podía usarla. Se lo planteé como un negocio y, en pocos minutos, tuve en mi poder un documento que, en parte, reza como sigue:

Por él valor recibido, por la presente vendo a Erle Stanley Gardner los derechos de autor de mis aventuras en África, incluido lo del hombre-mono, el lenguaje no escrito, los entes que miraban la plataforma de oro, el pan que me hizo enfermar, la enfermedad del sueño que vuelve cada primavera y me deja con recuerdos de mi novia, etcétera, etcétera.

Después de aquello me puse a recopilar notas completas de aquella historia, aunque seguía pensando que era una tremenda mentira, una horrible mentira.

Como todas las historias de la vida real a lo vivo, entrelazaba ciertos incidentes conexos. No había equilibrio. Parecía desconexo a ratos.

Puesto que yo trataba de extraer una pura historia de ficción no dudé en rellenar esas conexiones. Intentaba darle carácter de acción unificada y me tomé ciertas libertades para manejar los hechos tal y como me los contaba. De todas maneras, en lo principal, conservé su línea maestra, y fui fiel al trasfondo de lo que me describía.

Puesto que había partido de una recurrencia de la enfermedad del sueño, comencé la historia como si hubiera sido contada por un hombre que hubiese caído en estado de sueño en el desierto. Fue una historia que «se escribió a sí misma». Las palabras simplemente escapaban de mis dedos a la máquina a la máquina de escribir.

No obstante, lo estaba escribiendo como una ficción y lo considero como tal.

No todo lo que me contó fue a parar a la historia. Había cosas que lindaban con intimidades que uno no debe publicar. Había cosas que trataban de costumbres tribales, marcas de diferentes tribus, etcétera, etcétera. De hecho, más bien evité ese tipo de detalles. Puesto que sentí el todo como una cosa de ficción, traté de evitar introducir datos concretos y sólo usé los necesarios.

Entonces, cuando el cuento estuvo escrito y enviado, después que hube regresado a la oficina, me proporcioné algunos libros que trataban de la localidad en que transcurría la historia, que hablaban de las características tribales, marcas raciales,

etcétera. Para sorpresa mía, descubrí que cada uno de los detalles que me había dado el viejo explorador era cierto. Me convencí de que su historia, al menos, estaba fundada en hechos.

Por consiguiente, considero Lluvia mágica como la historia más notable con que jamás me encontré. Siento haberla coloreado con ficción de mi propia invención. Desearía haberla dejado tal y como era aunque fuera en perjuicio del tramado de los incidentes y de la consistencia de las motivaciones.

En algún lugar de las arenas movedizas del desierto de California hay un viejo explorador ocultándose de la lluvia, buscando oro, acariciando viejos recuerdos. Su mirada fruncida por el sol ha visto visiones que pocos hombres han visto. Su vida ha sido una tragedia tan fantástica, tan extraña que compromete la credibilidad. Aunque de él puede decirse: «Ha vivido».

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo primero

A TRAVÉS DE LAS OLAS

No, no... no más café. Gracias. Me he dormido, ¿eh? Bueno, no hay para tanto. Gracias por despertarme. ¿Qué día es hoy?

Jueves, ¿eh? Entonces he estado dos días dormido... oh, ¿no? Entonces estuve nueve días. Más bien es eso. Fue la lluvia, ¿comprende? Intenté volver a mi tienda pero la tormenta vino demasiado de prisa. Es el olor de las cosas verdes húmedas en una lluvia. Los doctores me dijeron que es autohipnosis. Se equivocan. M'Camba me dijo que siempre me ocurriría lo mismo al oler el aroma de la jungla. Se mete en mis venas la enfermedad del sueño. Por eso vine al desierto. Aquí no llueve más que dos o tres veces al año.

Cuando llueve, el olor de la selva vuelve y la enfermedad del sueño se apodera de mí. Es curioso cómo mi memoria regresa al pasado después de esos largos períodos de sueño. Era el pan drogado, lo llamaban *king-kee*; pero el lenguaje nunca fue transcrito. Era una especie de charla tranquila entre monos.

No está aquí, sobreviene en la sombra de esta calma de Josué. Es mejor así.

¿Ha estado alguna vez en el mar? ¿No? Entonces no comprenderá.

Fue lejos de la costa de África. Todo puede suceder lejos de la costa de África. Después de las tormentas, el polvo del Sahara llega y tiñe los aparejos de blanco. Sí, señor, trescientas millas adentrado en el mar. Yo lo he visto. Y hasta cien millas uno puede percibir el olor de las junglas. Cuando el viento es levante. Era un vendaval horrible. No se ven de éstos a menudo. Intentamos soltar la carga de madera de cubierta, pero las cadenas estaban atascadas. El holandés se puso a farfullar oraciones una tras otra. Eran un montón de arrodillados devotos. Sólo el irlandés estaba en su puesto. Era un maldito diablo.

Se hizo con un hacha. La carga había escorado y nosotros escorábamos hacia babor. El holandés con sus oraciones incesantes, y el irlandés sobre la maldita madera. Una ola se lo llevó y, luego, otra ola lo devolvió. Lo vi con mis propios ojos. No cedió. Sino que blasfemó más que nunca. Y soltó las cadenas también. La carga de cubierta se deslizó y la nave se enderezó.

No obstante, hacía un tiempo terrible y empeoró. El cielo era una masa de viento arremolinado y el agua de una ola apenas tenía tiempo de haberse retirado cuando ya había sido cubierta por otra ola.

El timón fue arrastrado. Creí que todo estaba perdido, pero la nave sobrevivía. Fuimos impulsados hasta casi la orilla misma. Cuando cesó el vendaval, pudimos verla. Había una especie de palmeras azotando el cielo, eran árboles altos, y bajo ellos había una masa sólida de verde espeso, y hedía. Todo estaba pudriéndose y

echando vapor como un tronco húmedo corrompiéndose. El viejo era uno de esos tipos malos. Era una nave maldita y nada más. Había estado borracho y quería volver a estarlo. Tenía trece libras en mi bolsillo cuando sentí que la bebida me golpeaba la cabeza. Entonces me di cuenta, pero ya era demasiado tarde. Lo último que recuerdo es la mueca sonriente en el rostro del vendedor mirándome a través del humo azul.

La comida estaba podrida. El viejo era un diablo cuando estaba sobrio, y peor aún cuando estaba borracho. El compañero irlandés blasfemaba constantemente, blasfemaba y trabajaba. Entre los dos guiaban a los hombres, nos guiaban como ovejas.

La luna estaba semillena. Después de la tempestad, las olas rodaban bajo una buena brisa marítima. No había crestas. El viento sólo amontonaba agua hasta que las olas alcanzaban una altura de catorce pies antes de arremolinarse y lanzarse a la playa.

No obstante, las olas no parecían mal desde la cubierta del barco. No, a la luz de la media luna no estaban mal. Trabajamos en el timón y sobre la borda había una balsa. Yo estaba vigilando, y el viejo estaba borracho, horriblemente borracho. No sé cuándo se me ocurrió la idea, pero parece que la hubiera tenido siempre. Simplemente afloró cuando tuvo oportunidad.

Había bajado media cuerda cuando me di cuenta realmente de lo que estaba haciendo. Mi pié desnudo tocó la balsa y mi cuchillo marinero estaba trabajando la cuerda antes de que tuviera tiempo de pensar en lo que estaba ocurriendo.

Pero tuve oportunidad una vez en ruta, sorteando las olas. Incluso pude tan pronto como la cuerda estuvo cortada. El viejo vino y se plantó en la borda, para mirar el tiempo, demasiado borracho para saber lo que estaba mirando, pero aguzando su ojo legñoso hacia el cielo más que de costumbre.

Podía haberme visto, con todo lo borracho que estaba, si hubiese mirado abajo, pero no lo hizo. Si me hubiera pillado entonces, yo hubiese sido despellejado vivo. Se habría puesto sobrio especialmente para tal ocasión.

Derivé para alejarme de él. La luna estaba al otro lado del casco, convirtiéndolo en sólo una gran mancha sombría ondulante en el agua, agitándose en el cielo. Entonces derivé hacia fuera de la sombra y hacia el agua dorada. La luna brillaba encima del bote, y los tiburones empezaron a rondar.

Había oído decir que no atacan a un hombre que esté luchando. Tal vez sea verdad. Me mantuve en movimiento, manos y pies. La balsa sólo se metía una o dos pulgadas en el agua y era estrecha. Los tiburones cortaban el agua como sombras silbantes. Temía que uno de ellos me atrapara una mano o un pie y me llevara consigo, pero no fue así. Podía mantener el resto de mí fuera del agua pero no mis manos y mis pies. Me tenía que impulsar con ellos para alcanzar la orilla antes de que cambiaran el viento y la marea. Naturalmente no quería quedarme dando vueltas a la

deriva por allí sin vela ni comida; sólo con tiburones.

Desde el barco, las olas parecían fáciles y perezosas. Cuando las vi de cerca, me parecieron monstruos. Se erguían y hacían desaparecer toda la tierra, incluso las copas de los altos árboles. Justo antes de romper, lanzaban flámulas de espuma hacia los cielos. Luego caían con estruendo.

Pero yo no podía volverme atrás. Los tiburones, el viento y la marea estaban contra mí, y el viejo me habría matado.

Me monté en un par de olas y, entonces, la tercera rompió detrás de mí. La balsa y yo, y tal vez los tiburones, nos embrollamos. Mis pies tocaron la arena, pero no podían permanecer allí.

La fuerte resaca apartaba la arena debajo de mis pies. La podía sentir remontándose por encima de mis dedos y después retroceder y descender.

La resaca me sorbió hasta debajo de otra ola, algo viviente me frotaba la espalda, y, entonces, cayeron sobre mí toneladas de agua. Esa vez, estaba en el fondo, y rodé tragando arena y agua. Creí que era el final, pero hubo un intervalo entre las mayores y llegaron dos pequeñas que me hicieron rodar y me lanzaron a la playa.

Estaba más muerto que vivo, el agua me había dejado *groggy* y estaba dolorido por las sacudidas que había recibido. Me fui tambaleándome de la franja de arena y me introduje en la selva.

Caminando un poco hacia dentro había una cueva, y dentro de la cueva me dejé caer. De mi interior brotó tanta agua como si fuera una esponja empapada. Mis pulmones, mi estómago y mis orejas estaban llenos. Intenté ponerme sobre un tronco y dejar que mis órganos se escurrieran, pero estaba demasiado débil. Sentí cómo todo se me oscurecía.

Lo siguiente que percibí fue que estaba amaneciendo y alrededor pululaban formas sombrías. Pensé que eran ángeles negros y que me iban a ahogar. Exhalaban un hedor rancio y se sentaron sobre mí.

Entonces pude percibir la sangre corriendo sobre mi piel. Cogí una pequeña linterna y pude ver. Estaba en una cueva de murciélagos y regresaban. Me habían encontrado y llegaban en grupos a chuparme la sangre.

Intenté sacármelos de encima, pero era como luchar contra la niebla. A veces, los golpeaba, pero se limitaban a surcar el aire evitándome y yo no podía herirlos. Todo el tiempo estaban aleteando a mi alrededor buscando una oportunidad de conseguir más sangre.

Me los sacudí de encima, no obstante, y me arrastré afuera de la gruta. Me siguieron durante un trecho; pero cuando llegué adonde estaba claro volvieron atrás hacia la cueva. La luz, allí en el trópico, es muy fuerte, y hiere sus ojos.

Me lancé sobre la arena y me dormí.

Cuando desperté, oí pasos. Sonaban como de tropa. Se acercaban con regularidad, despacio, sin apresuramientos, deliberadamente. El solo *bum, bum, bum* de aquellos pasos me erizaba los pelos.

Arrastrándome, me adentré en la arena más espesamente sombreada por la maleza y la vegetación colgante. Hombres y mujeres desnudos salían hacia la playa.

Los observé.

Eran de color chocolate, y hablaban un curioso lenguaje chillón. Después descubrí que algunas de las palabras eran fanti y otras eran de otro evolucionado. El fanti nunca fue transcrito. Es una de las lenguas tshi. Los ashantis y los fantis y una o dos tribus más hablan ramas del mismo idioma. Pero aquella gente hablaba parte de fanti y parte de lenguaje de mono evolucionado.

Y entre ellos había un hombre-mono. Era un tipo divertido. Estaba recubierto de un tosco pelaje y tenía un esbozo de rabo. Sus grandes dedos de los pies no estaban conjuntados como los míos, eran prensibles como el pulgar de mi pie.

No, no me fijé en los dedos de los pies entonces. Lo averigüé más tarde, cuando estaba sentado sobre uno de sus miembros y a punto de dispararme una flecha envenenada. A cada minuto pensaba que era el último, y fue entonces cuando me di cuenta del modo en que su pie envolvía su miembro. Es curioso cómo un hombre puede percatarse de pequeños detalles cuando está cerca de la muerte.

De todos modos, aquella tribu descendió y se dirigió hacia el agua, hombres, mujeres y niños. Se lavaron por encima de la cintura, en una especie de ceremonia. No mojaban, en absoluto, el resto de sus cuerpos. Salieron y se untaron los brazos, el pecho y el rostro con una especie de óleo.

Capítulo segundo

VIDA O MUERTE

Finalmente, se marcharon, todos excepto una mujer y un chiquillo. La mujer estaba buscando algo en el agua, tal vez un pez. El chiquillo estaba sobre una roca, unos ocho pies más allá, era un rapaz, y tenía un barrigón simpático. Los miré a él y a ella.

Me sentía mal y estaba hambriento, y sangraba por causa de los murciélagos. El olor de la selva estaba en mis pulmones, por consiguiente no podía decir si el aire estaba hinchado de jungla o si yo estaba respirando selva como si fuera vegetación. Es una sensación extraña. Si uno no lo ha pasado no lo puede comprender.

Bien, sentí que se trataba de todo o nada. La mujer no podía matarme, y el chiquillo tampoco. Y yo me tenía que dar a conocer y conseguir algo que comer.

Salí a la arena.

—Hola —dije.

El chiquillo estaba en cuclillas. No pareció saltar. Simplemente voló por el aire y se dirigió a la espalda de su madre. Sus manos se clavaron en sus hombros y su cabeza se apretó contra su piel, con los ojos abiertos girando hacia mí, pero sin mover la cabeza.

La madre dio tres saltos en la arena y entonces se echó a volar y se colgó en la rama de un árbol. La vegetación era tan espesa que les perdí de vista. Pude oír muchos chillidos de mono en los árboles y luego oí una voz chillona de mujer hablando a los monos. Podría explicar cómo se hacía entender con chillidos de mono.

No, no puedo recordar palabra del lenguaje de los monos. No obstante, podía hablar a los monos. Pero alguien lo logró. Voy a hablarle de eso. Estoy hablando de la enfermedad del sueño y de cómo me sobrevienen los recuerdos después de haber estado dormido.

Tal vez son sueños, pero tal vez no lo sean. Si son sueños, ¿cómo puede ser que, cuando me encontré en el Cabo de la Costa del Castillo, no podía recordar dónde había estado? Me llevaron allí a tirones, y nadie sabe qué trecho me llevaron. Me dejaron en la noche oscura. Pero, a la mañana siguiente había huellas, y eran huellas como nadie había visto jamás.

Hay cosas extrañas en África. Y eso era cuando yo era un joven ardiente, recuérdelo. También era un muchacho decidido y valiente. No había atacado nada, ni siquiera la costa oeste de África en una balsa, y los guerreros fanti; pero voy a ir directamente al grano.

Bien, la mujer se escabulló y los monos vinieron. Me rodearon, quietos en los árboles y me chillaron en el lenguaje de los monos. Hubiera deseado ser como la mujer y haber podido hablarles. Pero los monos no tienen muchas palabras. Gran parte de su lenguaje se reduce a sonidos con diferentes entonaciones. Las hormigas podían hablar, pero rozándose las antenas.

Sí, había hormigas, grandes, hormigas lanudas con antenas de dos pulgadas que edificaban casas con ramas. Las construían de treinta pies de altura, y algunas de las ramas eran de media pulgada de diámetro y de seis u ocho pulgadas de largo. Tenían las hormigas salvaguardando el montón de oro y nadie excepto el Kk-Kk, el alimentador, y el orfebre podía acercarse.

De todos modos, el orfebre sólo era un esclavo. Lo habían capturado a un traficante de esclavos que desembarcó. Los demás murieron de fiebre, pero los nativos habían dado al orfebre una medicina que lo había curado. A partir de entonces, no podía caer enfermo. Podían haber hecho lo mismo conmigo, pero el hombre-mono era mi enemigo. Quería a Kk-Kk para él.

Finalmente, volví a oír los pasos en formación y aparecieron los guerreros. Llevaban lanzas y pequeños arcos con largas flechas. Las flechas eran tan delgadas como un lápiz. Parecían incapaces de hacer el menor daño a nada, pero tenían un curioso color en las puntas, una especie de algo reluciente.

Más tarde, averigüé que allí era donde les untaban el veneno y que el veneno endurecía la madera. Una herida con una de aquellas flechas podía matar a un hombre o a una bestia. No perjudicaba, sin embargo, para que la carne de la víctima fuera comida. Ni de hombre ni de animal. Comían de ambos.

Vi que me tocaba hacer un discurso. Todos los hombres miraban serios y dignos. Eso es, todos excepto el hombre-mono. Se puso a hacer cabriolas alrededor. Su impulso no resultaba bastante para sus dos pies y tuvo que inclinarse y apoyar se en los nudillos de sus manos para mantenerse firme. Podía moverse sobre la tierra como el viento. Sus brazos eran largos, largos y velludos, y el interior de sus patas era arrugado y grueso y negro.

De todos modos, hice un discurso.

Les dije que yo era horrible, y que era delgado y que, tal vez, aquellas mordeduras de murciélago me habían envenenado, por tanto no les recomendaba que me cocinaran. Les dije que era un amigo y que no había ido allí para molestarles sino para escapar del barco grande que estaba allá a lo lejos de la costa.

Creí que me entendieron porque algunos de ellos miraban al barco. Pero después descubrí que no. Miraron el barco, y me miraron a mí, y vieron el agua salada seca en mis ropas, y eso es todo.

Terminé mi alocución. No podía esperar que aplaudieran, porque tenían arcos y

flechas, pero pensé que quizá sonreirían. Formaban un grupo gracioso, todos apiñados en círculo, desnudos y con aspecto grave. Y todos tenían tres marcas en cada mejilla. Les hacía parecer violentos.

Entonces, el hombre-mono dio una especie de brinco y se lanzó como una centella entre los árboles, y los monos lo rodearon y daban chillidos, y él también, y en alguna manera pensé que estaba explicando a los monos cosas de mí.

Quizá lo estaba haciendo.

Y entonces oí la voz de una chica que provenía de la selva, detrás de mí, y hablaba buen inglés.

—Cállese y hablaré con mi padre —dijo.

Puede imaginarse cómo me sentí oyendo una voz inglesa en aquellas circunstancias, y sabiendo que era la voz de una chica. Pero comprendí que no era una mujer blanca. Podía adivinarlo por el sonido de la voz, porque era algo así como si la lengua no pudiera chocar con el paladar, pero los labios hacían el habla suave.

Y entonces se produjo una violenta charla en la jungla.

Después de esa charla hubo un silencio, y entonces volví a oír la voz de la chica.

—Han ido en busca del orfebre. Él le hablará a usted.

No vi quién se había marchado, y no sabía quién era el orfebre. Me volví e intenté ver entre la selva, pero todo lo que pude ver fueron hojas, troncos y lianas. Había un espeso vapor azul que se asentaba por todos los alrededores, y arriba, el aire era blanco y ascendía, blanco con polvo del Sahara. Pero abajo, el olor a selva se ceñía sobre la tierra. A mi alrededor el círculo permaneció desnudo y silencioso. Nadie se movió.

«¿Quién era el orfebre? —me preguntaba—. ¿Quién era la chica?»

Entonces, oí pasos detrás de mí y la selva se apartó. Olí algo ardiendo. No era tabaco, no de la clase que nosotros fumamos, pero tenía una especie de aroma de tabaco.

Salió un hombre al círculo, fumando una pipa.

—¿Cómo está usted? —dijo, y me tendió la mano.

Era un hombre blanco, al menos en parte, y llevaba puestas unas curiosas ropas. Estaban hechas de pieles. Pero estaban cortadas como por un sastre. Incluso tenía un sombrero de piel con ala dura. Había confeccionado el ala dura con piel verde curtida.

Fumaba una pipa de arcilla y tenía una mirada ausente, en blanco, algo así como un hombre que ya no tenía sentimientos, que sólo era un hombre-máquina.

Chocamos las manos.

—¿Me van a comer? —pregunté.

—Seguro —dijo.

Fumó largamente antes de hablar, y entonces sacó la pipa de su boca y afirmó con la cabeza.

No resultaba muy halagüeño.

—Tenga esperanza —dijo una voz que provenía de la selva, la voz de la chica. Parecía que estuviera allí plantada muy cerca, cerca y en un puesto fijo, pero yo no podía verla.

Hablé al hombre de la pipa. Le dirigí un discurso. Se dio la vuelta y se dirigió a los hombres del círculo, que no dijeron nada.

Finalmente, un viejo gruñó y, puesto que el gruñido era una orden, todos se pusieron en cuclillas encarados hacia mí.

Entonces, la chica que estaba en la jungla emitió unos ruidos chillones. El hombre parecía estar escuchándola. Los otros no escuchaban nada. Solamente me miraban fijamente, y la expresión era la misma en todos los rostros. Era una especie de curiosidad, pero no era curiosidad por ver cómo era yo. Sentí que era curiosidad por saber cómo sabía.

Entonces, el orfebre desmenuzó unas cuantas hojas marrones dentro de la pipa, encima de las ascuas del contenido del otro relleno de la pipa.

—La chica le está reclamando como esclavo —dijo.

—¿Quién es la chica? —le pregunté.

—Kk-Kk —dijo, y yo no supe si me decía un nombre o me advertía que me callase.

Bien, pensé que más valía ser un esclavo que un estofado, por lo tanto me callé.

Entonces, el hombre mono empezó a dar chillidos desde su árbol.

Los demás no lo miraban, pero pude advertir que estaban escuchando. Cuando hubo terminado, la chica chilló algunas palabras más.

Entonces, el hombre-mono replicó, y la chica contestó a su vez. El tipo de la pipa fumaba y expulsaba el humo por la nariz. Sus ojos estaban fatigados y su ceño fruncido. Era un tipo extraño.

Finalmente, el viejo que había gruñido y los había hecho agacharse profirió otro gruñido. Todos se pusieron en pie.

«Éste es el momento crítico —me dije—. Se trata de ser un esclavo blanco o un pedazo de comida».

El viejo me miró. Entonces absorbió los labios dentro de su boca hasta que su cara quedó totalmente arrugada. Frunció sus ojos sin párpados y gruñó por segunda vez. Entonces, todos se marcharon. Pude oír sus pies retumbando a lo largo del duro camino de la jungla, sobre una senda que había sido azotada duramente por millones de pies desnudos. Más tarde averigüé que aquella senda había sido utilizada durante más de cien años, y que el rey había hecho una ley que obligaba a recorrerla todos los días. Era la única forma de mantener el suelo firme.

«Me parece que soy comida», me dije. Supuse que el orfebre me lo hubiera dicho, en caso de que fuera a ser un esclavo. Pero se había marchado con los demás y no dijo palabra.

El hombre-mono seguía hablando al grupo. No caminaba por el sendero sino que se movía por los árboles, sosteniéndose en las ramas, por encima de las cabezas de los demás, y sin cesar de hablar, y sus palabras no parecían alegres. Tuve la sensación de que estaba rabiando como un mono que le mira a uno comiéndose un coco.

Pero el viejo le gruñó y él se calló como una almeja. Creo que estaba loco. Digo esto porque se lanzó a través de los árboles, fijado en la persecución de dos monos. Y casi los atrapó. Sonaban como un torbellino entre las ramas. Luego, los sonidos menguaron y finalmente todo quedó en silencio y quietud.

Miré a mi alrededor. No había nadie a la vista. Yo estaba allí, al borde de la playa, muy cerca del margen de la jungla, y todo estaba quieto y callado.

Entonces se oyó un crujido que venía de la maleza de la jungla y ella salió.

Llevaba una falda de hierba liada, y sus ojos eran graciosos, de una expresión líquida.

Sus ojos eran así.

—Soy Kk-Kk, la hija de Yik-Yik, y la guardiana del montón de oro —dijo—. Aprendí a hablar el idioma del orfebre. Tú también hablas el mismo idioma. Eres mi esclavo.

—Gracias, Dios mío, que no sea comida —dije. Eso fue antes de que ese doctor sabelotodo descubriera las calorías en la comida. De todos modos creo que, por aquel entonces, no reunía ni la mitad de esas calorías y, mucho menos, podía resultar un alimento completo para un gtwaeero nativo.

—Serás mi esclavo —dijo—, pero si pagas con pieles a mi padre, podrás obtener tu libertad y serás guerrero.

—Nunca fui esclavo de ninguna mujer —le dije, ya que soy uno de esos que siempre han evitado que les lleven al altar—, pero prefiero ser tu esclavo que el del viejo del barco que hay allá afuera.

Había algo retraído en ella, y aun algo orgulloso y digno.

—Prometí mi parte de la próxima captura a cambio de comprarte a la tribu —concluyó.

—Gracias —le dije al ver que me correspondía decir algo, pero me preguntaba si un hombre blanco libre debía agradecerle a una mujer que le hubiera hecho su esclavo.

—Vamos —dijo, y, volviéndose, emprendió la marcha.

Tuve más de una oportunidad de estudiar su espalda. Era ágil, grácil, y era una muchacha bien formada. Había algo especial en ella, un gracioso sesgo de sus hombros al caminar que mostraba que era de la realeza y lo sabía. Es gracioso cómo

la gente tiene ese pequeño toque de distinción sin importar donde estén ni a qué linaje pertenecen. Tan pronto tienen sangre real lo poseen. Los he visto en todas partes.

La seguí jungla adentro, por debajo de las ramas, donde ya no había luz solar; pero el día estaba lleno de luz verde.

Finalmente, atravesamos la jungla hasta parar en un gran claro. Alrededor de todo el claro había cabañas y un gran fuego en el centro. La gente de la tribu estaba allí haciendo sus labores en grupos de dos o tres como si nada hubiera ocurrido. Yo ya era un miembro de la tribu, el esclavo de Kk-Kk.

La mayor parte de las mujeres me miraban fijamente, y los chiquillos salían corriendo cuando me veían mirarlos; pero eso fue todo. Los hombres no me hicieron caso.

Capítulo tercero

GUARDIANES DE ORO

La chica me condujo a una cabaña. En un rincón había un marco de madera con pieles de animales extendidas sobre él. Había toda clase de pieles. Conocía algunas, la mayoría me eran desconocidas.

Chilló algunas palabras afuera y se oyeron algunos grititos trémulos, y una vieja apareció trayéndome frutas.

Me senté sobre mis tobillos a la manera de los nativos y me dispuse a comer la fruta. Mi estómago todavía estaba bastante lleno de agua salada y arena, pero la fruta sabía bien. Luego me dieron media cáscara de coco llena de una especie de líquido cremoso que tenía burbujas. Me supo a algo agrio, pero tenía mucha fuerza. Diez minutos después de beberlo sentí que la garganta me estallaba. Era el efecto retardado y parecía la coz de una mula.

—Vamos —me dijo la muchacha, y volvió a tomar el camino de la abertura.

La seguí hacia la jungla, a lo largo de una senda, pasando la orilla de una laguna, y subiendo a un pequeño cañón. Allí, los árboles eran más gruesos que nunca, excepto en las mismas paredes del cañón, y, en uno o dos lugares, la roca estaba desnuda. Después de un trecho todo era roca.

Y entonces topamos con algo que me dejó perplejo. Había un peñasco de roca con una veta de cuarzo inserta. La veta estaba acribillada de oro, y en el centro era casi oro puro. El cuarzo se desmenuzaba, y alrededor, por el suelo, había pedazos dispersos. El follaje había sido barrido, y el suelo era duro. Cerca del montículo había un fuego encendido y algunos crisoles de arcilla. También había un gran fuelle hecho de gruesas y engrasadas pieles. Era un gran aparato, pero todo el aire salía por el agujero de una pequeña pieza de madera delantera. Cogí uno de los trozos de cuarzo. La roca podía desmenuzarse con los dedos, y quedó el oro en mi mano. El oro era tal cual aparecía en la roca, desparramándose formando una especie de árbol. La pieza que había desmenuzado y tenía entre mis dedos valdría cincuenta dólares como mínimo.

Hice girar mis manos rápidamente y me las apañé para deslizar el oro en mi bolsillo roto. La chica me miraba con sus graciosos ojos líquidos, pero no dijo ni una palabra.

Entre mí y el montón de oro había una gran masa de pequeños palitos. Pensé que eran astillas de madera que guardaban para el fuego. Pero finalmente desvié la mirada del montículo de oro y qué pude ver sino los palitos moviéndose. Miré de nuevo y

pude ver algo más.

Era un gran hormiguero hecho de ramas y serrín. Algunas de aquellas ramas medían ocho o diez pulgadas de longitud y media pulgada de diámetro. Y el conjunto era un pulular de hormigas. Sacaban sus cabezas de los agujeros por entre las ramas.

Tienen que ser hormigas grandes, pensé; pero estaba interesado en aquel montón de oro. Debía de haber millones de dólares en él. Di un par de pasos hacia él, y entonces el hormiguero se puso a hormiguar vivamente.

Eran unas hormigas enormes cubiertas de una especie de vello blanco y salían de allí como si alguien les hubiera dado una orden.

La muchacha gritó algo en un tono alto de voz, pero yo no sabía si era a mí o a las hormigas.

Las hormigas se alinearon en dos columnas de tal vez ocho o diez cada una y comenzaron a dirigirse hacia mí formando un gran círculo yendo una por un lado y la otra por el otro.

Entonces se detuvieron. La chica se adelantó y puso sus brazos sobre mis hombros y comenzó a acariciarme pasando la mano por mis cabellos susurrando sonidos suaves a mis oídos. Pensé que quizá se había vuelto lela, y la miré a los ojos, pero no me miraban a mí, miraban a las hormigas, y estaban abiertos y llenos de temor.

Y las hormigas la miraban a ella. Pude ver sus grandes ojos mirándola fijamente. Entonces debió de decirles algo más, aunque yo no pude oír nada. Pero inmediatamente, como en un «presenten armas» en respuesta a una orden, levantaron sus largas antenas y las hicieron ondear gentilmente hacia atrás y hacia delante. Entonces la chica me tomó por el brazo y me apartó.

—Debí habértelo dicho —exclamó—. Nunca pases la línea del sendero. Las hormigas guardan el metal amarillo, y cuando uno se acerca tanto entonces atacan. No hay escapatoria de esas hormigas. Yo te saqué de ahí, por tanto, ahora puedes ayudarme a darles de comer.

Todo aquello me sonaba a locura, pero la totalidad del asunto resultaba absurdo de todos modos.

—Mira aquí —le dije a aquella muchacha—. Deseo ser el esclavo de la hija de un jefe, de momento. Pero no voy a ser el esclavo de un hormiguero.

—No se trata de eso —dijo—. Es un honor ayudar a dar de comer a las hormigas, un derecho sagrado. Tú sólo me ayudas a mí. Nunca vuelvas a acercarte tanto a las hormigas.

Pensé ampliamente. No deseaba entrar en disputa con aquellas hormigas, pero suponía que obtendría un punto de vista más preciso de aquel montículo de oro.

Me condujo a la jungla, donde había un montón de fruta secándose al sol. Era una curiosa clase de fruta y olía dulce, como naranjas en flor, sólo que tenían más olor a

miel.

—Lléname los brazos —dijo.

Bueno, era mi primera experiencia como esclavo, pero no me parecía muy distinto a ser marinero, sólo que el trabajo era más fácil.

Me cargué los dos brazos con aquel material. El olor, al principio, me dejó un poco mareado, pero en seguida me hice a él. La chica también cogió un poco y se dirigió de nuevo hacia el hormiguero.

Me hizo depositar mi cargamento en el suelo y me mostró cómo alinearlos en un largo semicírculo. Pude ver cómo las hormigas observaban desde los agujeros del hormiguero, pero no hacían nada más que observar.

Finalmente, la muchacha hizo un extraño chasquido con la lengua y los dientes y las hormigas comenzaron a salir de nuevo en una especie de pulular bullicioso. En esa ocasión era por la fruta, e iban ordenadamente, como un grupo de vanidosos pasajeros de uno de esos grandes trasatlánticos. Unos parecían estar adquiriendo primero el vale para la comida mientras los demás permanecían a la espera. Entonces debió de producirse alguna señal de las hormigas, porque la chica no dijo palabra, y, no obstante, todo el primer grupo de hormigas retrocedió y se puso en guardia, y un segundo grupo de hormigas se adelantó.

Repitieron la misma operación un par de veces. Yo las observaba demasiado fascinado para decir una palabra.

Al rato, oí pasos, y el viejo orfebre apareció chupando su pipa con regularidad, una chupada cada dos pasos. Me recordó una máquina de vapor con un bajo grado de ebullición y alzando su tapadera regularmente.

No me dirigió la palabra, ni tampoco a las hormigas, pero las hormigas lo oyeron llegar y formaron en dos filas con sus antenas ondeando, y el orfebre pasó por entre las dos filas y subió hacia el montículo de oro. Una vez allí, lanzó más madera al fuego, rastrilló algunas cenizas y pateó una capa de carbonilla.

Entonces vi que tenía un martillo y una pieza de metal que parecía un hierro rojizo. Apartó una piel y pude ver un montón de terrones y filamentos de oro puro. Era una clase de oro de un amarillo escarchado, y su brillo era extraordinariamente puro.

Cogió algunas de las piezas y comenzó a martillarlas haciendo adornos.

—¿Qué hacen con eso? —le pregunté a la muchacha agitando mi mano despreocupadamente para que no pensara que estaba muy interesado.

—Hacemos comercio con las tribus —dijo—. No sirve, es demasiado blando para fabricar armas, demasiado pesado para puntas de flecha, pero ellos lo usan para ponérselo alrededor de los dedos y los tobillos. Nos dan muchas pieles por él, y, a veces, intentan conquistar nuestro territorio y apoderarse del montículo entero. Si estuviera en mi mano, cesaría de fabricar adornos. A nuestra gente no le gusta el

metal, y nunca lo usa. El hecho de tenerlo aquí sólo nos trae problemas, y los fantis son gente feroz. Están liquidando entera nuestra tribu.

Asentí con tanta prudencia como una docena de mochuelos sobre una rama.

—Sí —le dije—, la mercancía siempre trae problemas. Me parece que sería mejor deshacerse de ella.

El viejo orfebre alzó la cabeza, retorció su pipa en su boca y me lanzó una mirada torva con sus ojos legañosos. Durante un minuto o dos pareció que iba a decir algo, y luego volvió a su trabajo.

Era una advertencia. En seguida comprendí que había ido demasiado de prisa. Pero tenía puesto el ojo en aquel montón de oro.

Me parece que fue un fanti quien me salvó la vida; si no hubiera sido porque le vieron a él, las hormigas habrían acabado conmigo con toda seguridad. Aquellas hormigas parecían muy feroces cuando las vi salir en formación militar, pero al oscurecer no lo parecían tanto.

Me puse a reflexionar. Ser un esclavo no me resultaba tan malo, y uno de esos días iba a meterme en la jungla y buscar un puerto. Todo lo que necesitaba tener eran unas noventa libras de oro puro en mi espalda cuando me fuera y ya no tendría que hacer de marino en mi vida.

Sentado allí en la noche cálida, mientras las otras gentes de la tribu se habían recogido dentro de sus cabañas, me puse a reflexionar. Como esclavo, no tenía cabaña. Podía dormir afuera. Si los animales atacaban, podía encender un fuego o subirme a un árbol. No obstante, había cincuenta o sesenta esclavos más, en su mayoría guerreros capturados de otras tribus, y no estaba tan mal.

Había un lugar en la jungla en el que las colmas formaban un cuello de botella, y allí la tribu tenía vigías y así los fantis no podían penetrar y los esclavos no podían salir. Atravesar la jungla por donde no había camino era imposible sencillamente.

Le sonsaqué muchas cosas de éstas a la chica, y el resto lo averigüé con mis propios ojos.

Por la noche, las hormigas no parecían tantas, y el oro parecía mucho más. Me preguntaba cómo podría hacerlo, y entonces se me ocurrió un plan. Tenía que ir a dar una vuelta al montículo muy rápidamente, recoger unos cuantos terrones de cuarzo y con ellos largarme a toda prisa. Tenía que entrar y salir antes que las hormigas pudieran emerger de su hormiguero de treinta pies. Parecía cosa hecha.

Me deslicé y me las apañé para encontrar el camino que había de conducirme al montón de oro. La jungla estaba oscura. Las estrellas estaban todas brumosas y en alguna parte del mar había tempestad. Pude oír el tronar de la espuma y oler el aroma de la jungla. No se oía nada más que el pesado oleaje.

Cuando me había descolgado sobre la balsa me había quitado los zapatos y debí

perderlos cuando fui volteado por el agua, por tanto, estaba descalzo. El suelo había sido pisoteado por millones de pies descalzos y, por consiguiente, yo no hacía ruido. Lo difícil sobrevino cuando me acerqué al montículo de oro, porque no quería equivocarme la ruta y toparme con el hormiguero.

No tenía por qué preocuparme. Olí el tenue aroma de tabaco y luego pude ver el brillo rojo de las ascuas contrastando con la negrura de la noche de la jungla. Eran las ascuas del fuego del orfebre. Me reí entre dientes. ¡Qué grupo tan ingenuo era esa tribu!

Y entonces, súbitamente, me di cuenta de que había alguien más en la jungla. Es esa extraña sensación que no puede describirse. No era un sonido, porque no había sonido alguno. No podía ver nada porque estaba tan oscuro como el interior de un bolsillo. Pero había algo que sencillamente me erizaba los pelos.

Me aparté, deslizándome, del sendero y me resguardé en la oscuridad de la jungla. A seis pies del camino y estaba tan oculto o mejor que si hubiera estado enterrado.

Fijé mi vista en un claro entre las hojas y observé las ascuas de la hoguera intentando ver si algo se movía.

De repente, aquellas ascuas desaparecieron. Pensé que se me había puesto delante de los ojos alguna hoja o alguna enredadera, pero no era así. Simplemente algo se estaba moviendo entre mí y el fuego. Y entonces se apartó a un lado y pude verlo; era un hombre negro desnudo precipitándose hacia el peñasco de oro. Aquel tipo trabajaba rápido. La luz de las ascuas sólo me dejaban entrever borrosamente un barullo de movimiento negro a medida que él iba astillando rocas del montículo.

Entonces se volvió y salió corriendo.

Sonreí para mis adentros. El chico había aplicado mi sistema. Era cosa de coser y cantar.

Y entonces se oyó un alarido de dolor. El negro comenzó a bailar diabólicamente, agitando sus manos y sus piernas. Llegó a colocarse justo frente a mí, como a diez pies y pude verlo cuando se movía.

Del suelo llegaba un débil rumor, y entonces sentí cosas arrastrándose. Sentí cómo la sangre se me volvía agua tibia cuando pensé en el peligro en que me hallaba. Si aquellas hormigas me encontraban allí...

Tenía miedo de moverme, y me asustaba quedarme allí...

Pero el muchacho negro resolvió el problema por mí. Se lanzó a un árbol, se puso a trepar como un mono por una liana. Arriba del árbol oí sus manos que intentaban desembarazarse de las hormigas. Y emitió un gemido grave y sostenido, una especie de chillido apagado de agonía.

No podía decir si las hormigas lo dejaban solo o si estaban vigilando al pie del

árbol esperándolo.

Pero la enredadera se alzaba contra el cielo estrellado casi enfrente de mis narices. La vi débilmente perfilada a la luz de las estrellas. Y entonces noté que se estaba balanceando y ondulando. Por un momento no lo comprendí. Entonces me di cuenta de que aquellas hormigas estaban trepando al árbol.

Aquello era el final. El gemido se convirtió en un alarido y entonces empezaron a caer cosas con ruido sordo al suelo. Debía de ser la piedra de oro que el tipo se había llevado consigo, probablemente en un saco de piel colgado de su hombro.

Luego, los sonidos cesaron. Todo estaba en silencio. Pero sentí que la jungla estaba llena de actividad, una horrible actividad que me hizo entrar ganas de vomitar. Pude oler algo que debía ser sangre, y de las ramas del árbol caía un incesante goteo.

Entonces, las ascuas se reavivaron y vi un poco mejor. El suelo estaba negro y parecía un enjambre. Las hormigas iban y venían, subían y bajaban del árbol.

Finalmente, cayó algo al suelo. No pudo haber sido un hombre porque era demasiado pequeño, difícilmente mayor que un pedazo de carne de ciervo; pero la luz del fuego brilló sobre ello, y vi que el montón era todo un estremecimiento. Y seguía disminuyendo más y más. Entonces comprendí. Las hormigas estaban acabando su labor.

Me tapé los ojos con las manos, pero no pude borrar la visión. Si me movía, temía que las hormigas se lanzasen sobre mí. Yo no había traspasado la línea de la muerte, pero ¿lo sabrían las hormigas? Gemí y vomité.

Al cabo de un rato volví a mirar. El suelo estaba desierto. Todas las hormigas habían regresado a su montón de palos. El último resplandor de la hoguera iluminó un montón de huesos. Cerca estaba el resplandeciente metal amarillo: oro de las rocas que el fanti había robado.

Mareado, regresé al campo por el camino y no dije a nadie dónde había estado ni qué había visto. Seguía deseando aquel oro, pero no quería obtenerlo del modo en que había pensado.

No dormí mucho. Me dieron una piel curtida por toda cama. Tenía que arreglármelas solo para instalarme confortablemente sobre el suelo. El suelo estaba duro, pero mi litera en el barco también era dura. Era el recuerdo de aquel pequeño montón negro que se hacía más y más pequeño lo que torturaba mi mente.

Pasé aquella noche, y pasé los días siguientes; pero vi cosas que jamás debería ver un hombre blanco. Después de todo, me parece que pensamos demasiado en la vida. La vida no significaba gran cosa para aquella gente, y no la apreciaban como algo precioso.

Y yo elaboré un plan para acercarme con facilidad al montículo de oro. Como esclavo de Kk-Kk tenía que ayudarla a dar la comida a las hormigas. Era una

costumbre de la tribu el que sólo la hija del jefe podía alimentar a las hormigas. Pero yo me aproximaba lo bastante para descubrir un montón de detalles.

Aquellas hormigas estaban amaestradas. Kk-Kk podía caminar entre ellas sin que hicieran el menor caso. Ella era la única que les daba de comer. También el viejo orfebre podía caminar entre ellas cuando quisiera y no le prestaban la menor atención. Estaban enseñadas así. Pero nadie más podía atravesar la línea de la muerte. Que alguien se aproxime más allá de aquel límite y ellas se arrastran afuera y comienzan su labor repugnante. Una vez se habían puesto en acción, no había escapatoria posible.

Durante la siguiente semana, las vi en acción un par de veces. Siempre se las arreglaban para acorralar al hombre contra un montículo de oro. Entonces se cernían sobre él, Cualquiera que fuera la rapidez con que intentara escapar, ya se habían entrelazado a sus piernas al intentar pasar por entre ellas. Por mucho que se esforzase no podía ir lejos, y siempre había una sólida formación de hormigas de dos pulgadas arrastrándose detrás, dispuestas a completar el trabajo.

No obstante, solamente comían una vez al día, por la tarde. Ello me indujo a pensar qué ocurriría si tuvieran dos alimentadores. No podrían distinguir cuál sería el alimentador oficial, y habían sido enseñadas a permitir que el alimentador oficial se acercase al montículo de oro.

Yo sabía dónde tenían guardado el montón de frutos secos que les gustaban tanto. Y comencé a ir al hormiguero antes del amanecer y a darles un desayuno. Sacaba un poco de fruta, por tanto no habría migajas cuando llegara el orfebre a trabajar.

Al principio, comprobé que las hormigas se mostraban suspicaces, pero comían la fruta. Había una larga y peluda que parecía ser el gran jefe que fue a dar parte a una hormiga con el torso lustroso y que parecía un rey o una reina, o algo así. Me era preciso tener buenas relaciones con el jefe. Se acercó y comió de mi mano. Entonces volvió atrás y agitó sus antenas al rey o reina, o lo que fuera, y finalmente, el viejo macho o hembra, hizo gesto de que estaba bien. Ya estaba. Ya era uno de los habituales. Podría contar cientos de pequeños detalles de cómo agitaban las antenas y de cómo se acercaban para comer. Oh, llegué a conocerlas muy bien.

Durante todo aquel tiempo, Kk-Kk me enseñaba cosas de la vida y las costumbres de la tribu. Me di cuenta de que era amistosa. Había aprendido la lengua del orfebre, por tanto, si le ocurría algo podía educar a otro tan pronto lo capturara la tribu.

Yo no sentía ningún amor especial hacia la tribu. Usted debiera haberlos visto en algunas danzas diabólicas, o verlos bajo la luna llena cuando daban un banquete a sus primos, los monos. ¡No!, estaba convencido de que cualquier cosa que le hiciera a la tribu estaba bien empleado. Sin embargo, mis sentimientos hacia Kk-Kk eran diferentes, y noté que sus sentimientos hacia mí eran diferentes a los del resto de la tribu.

Y durante todo aquel tiempo, el hombre-mono estaba celoso. Estaba enamorado de Kk-Kk y quería comprarla. En aquel país, la mujer no tenía nada que objetar de su futuro esposo, o de aquel con el que se había casado. Un hombre adquiriría sus esposas comprándolas, y podía tener tantas como pudiera comprar y mantener.

Al cabo de un par de semanas, empecé a coger el oro. Al principio me limité a acercarme cada vez más a la línea de la muerte. Todavía recuerdo el sudor frío que me empapaba la primera vez que la crucé. Pero las hormigas consideraron que era un habitual, uno de los suyos. No dijeron palabra. Finalmente, caminé directo hacia el montículo, mirando el suelo tras de mí como un halcón. Entonces arranqué un poco de cuarzo desmenuzable y extraje el oro que contenía. Después de aquello era fácil.

Ninguna vez cogí demasiado, porque no quería que el orfebre echara nada en falta. No era un acaparador. Yo quería noventa libras y sólo iba a coger noventa libras, pero no estaba loco. Las iba a coger poco a poco.

Capítulo cuarto

UNA INVASIÓN FANTI

Entonces llegó la noche del gran combate.

Yo estaba dormido, envuelto en mi ropaje de pieles, no por el frío, porque las noches allí son cálidas, sino para evitar al máximo la humedad y los insectos nocturnos.

Llegó un alarido de un centinela de allá arriba, en el paso, y luego un griterío bárbaro y entonces se desataron todos los infiernos.

Había un poco de luna y con su poca luz vi lo que ocurría.

Nuestros guerreros salieron a toda prisa de sus cabañas. Una cosa, no se vistieron. Todo lo que uno tenía que hacer era agarrar una lanza y un escudo, o trepar a un árbol con un arco y una flecha y eso bastaba. Ya estaba vestido y preparado para el trabajo.

Evidentemente, lo tenían ensayado, porque unos cuantos vigilaban el camino con lanzas, y se servían de gruesos escudos para protegerse de las flechas envenenadas, y otros se subían a rastras a los árboles y disparaban pequeñas flechas envenenadas al grueso de la masa de hombres que descendía por el camino.

Fue un combate curioso. No hubo ninguna detonación de arma de fuego, pero sí muchos alaridos, y entre los alaridos se podían oír los zumbidos de las flechas atravesando la noche.

Al cabo de un rato pude ver que nuestros hombres llevaban la peor parte. Yo sólo era un esclavo, y cuando comenzaba un combate, las mujeres vigilaban que los esclavos no intentaran escapar, o lanzarse a atacar a los nuestros por detrás.

Tal vez me hubiera gustado mucho escapar, pero quería hacerlo a mi modo, y clavar una lanza en la espalda de los nuestros no me parecía el modo de hacerlo. Además, no hubiera estado en mejores condiciones después de escapar. Mi piel blanca me habría traído problemas con los otros. Yo no era lo mismo que los otros esclavos, la mayoría de los cuales eran fantis. Ellos podían huir y meterse entre amigos. Si daba un paso en falso me meterían en la sartén y al fuego.

No obstante, no estaba acostumbrado a ser un espectador al margen cuando había un combate en marcha. Por tanto, eché una ojeada a la situación.

Cuando se había dado la alarma, los vigilantes del fuego habían amontonado una buena cantidad de leños sobre la gran hoguera, y toda la lucha transcurría según la luz que provenía del fuego. Los leños se habían consumido en el centro y quedaban muchos extremos flameantes con fuego en un lado y tronco en el otro.

Susurré unas pocas palabras a Kk-Kk, y entonces nos dirigimos hacia el fuego y, cogiendo los troncos, los lanzamos entre la masa de salvajes que se estaba abriendo camino entre nuestros hombres.

Les dijo algo a los esclavos y se pusieron en pie y también comenzaron a lanzar leños. No los lanzaban de todo corazón como yo y Kk-Kk, pero los lanzaban y entre todos manteníamos el aire lleno de tizones.

Era una visión fantástica, todas aquellas ascuas ardiendo, volteando y describiendo espirales en el aire, por encima de los nuestros y cayendo en medio del bloque fanti.

Me di cuenta de que había olvidado un detalle en aquello, porque estábamos descomponiendo el fuego en pedazos y en pocos minutos todo quedaría oscuro por haber lanzado toda la hoguera por el aire de aquel modo.

Uno de nuestros guerreros se había clavado a sí mismo una flecha envenenada y había quedado tendido con la lanza y el escudo junto a él. Las flechas zumbaban con viveza, y vi cómo un par de nuestros esclavos se derrumbaban formando un montón. Aquel escudo me parecía apropiado para mí, y, mientras iba en su busca, pensé que por qué no coger también la lanza. Nadie podía decirme que no lo hiciera; por tanto, los agarré a ambos y me arrojé a la refriega.

Los salvajes luchaban más o menos silenciosos después de la primera carga. Se oían muchos alaridos, pero eran individuales, aislados, no eran gritos de guerra. Tardé un buen rato en prepararme, porque cuando comencé mi carga había casi una tregua.

Me había arrancado las ropas de mis espaldas. Los pocos harapos que quedaban me los quité queriendo parecerme a los nativos tan pronto como fuera posible. Mi piel seguía siendo blanca aunque se había oscurecido un poco; de todos modos no se me podía confundir.

Nuestros muchachos estaban acostumbrados a la idea de que un hombre blanco era un esclavo, y no se hubieran lanzado sobre hombres como lo hacía la formación fanti. Probablemente, aquellos fantis incluían en su menú un poco de carne de blanco para cambiar de dieta: y alguna expedición o algo así los había barrido. Sea lo que fuere, la idea de un hombre blanco como máquina de pelear resultó buena y efectiva con ellos.

Cuando oyeron un horrible alarido y vieron un hombre blanco desnudo cargando contra ellos con una lanza y un escudo, dando alaridos como un maníaco, y con las ascuas dando vueltas por los aires, pensaron que era hora de irse.

Se agitaron un segundo, luego se pusieron a lanzar alaridos y se precipitaron en tropel hacia el camino pisándose los talones los unos a los otros.

Es algo gracioso un montón de hombres huyendo de una batalla con el rabo entre piernas. Cuando lo hacen son presa del pánico. No se atemorizan como lo harían uno o dos hombres. Es pánico, algo que los ciega y les impide pensar o sentir. Todo lo que quieren hacer es correr. Ya no luchan por nada.

Fue horrible lo que nuestra gente les hizo. Tan pronto como comenzaron a correr,

los chicos con las lanzas comenzaron a matar. Y yo encabezaba el grupo. No me pregunte cómo llegué allí. No lo sé. Sólo sé que gritaba y arremetía, cuando todo el tropel fanti se dio la vuelta, y estaba ahí: jugando a pinchar como a los cerdos, con las espaldas de un montón de guerreros fantis por blanco.

Detuvimos la caza después de un rato. Ya habíamos causado bastante daño, y podía resultar peligroso adentrarse demasiado en la jungla. El grupo de vanguardia tenía que organizarse y volvió hacia nosotros, y nos extendíamos por el camino de la jungla formando un rosario.

Junté a los muchachos para regresar, y había una hilera uniforme de fantis muertos entre nosotros y la parte principal en la que había tenido lugar la batalla.

Después convocaron una gran reunión alrededor de la hoguera. Vi a Kk-Kk hablando con su viejo, Yik-Yik, y me parece que estaba muy orgullosa de su esclavo. De todos modos, Yik-Yik se absorbió los labios hasta metérselos dentro de la boca como pensativo y luego me llamó.

Me condujo al centro de un anillo de guerreros cerca del fuego e hizo un gran discurso. Entonces, cogió un escudo y una lanza ensangrentados y me pintarrajeó el pecho con una especie de pintura, y me dibujó un par de anillos alrededor de los ojos y me hizo tres rayas de pintura en las mejillas.

Entonces, todos los guerreros comenzaron a saltar alrededor del fuego, pateando, gimiendo una especie de canto misterioso. Cada pocos pasos golpeaban con sus pies el duro suelo al unísono, y las hojas de los árboles se agitaban con su estampido. Era una noche salvaje.

Kk-Kk hacía de intérprete. Me dijo que me estaban dando mi libertad y adoptándome como gran guerrero de la tribu. No había derecho que tan gran luchador fuese el esclavo de una mujer.

Bien, hay algo divertido acerca de las mujeres de todo el mundo. Hablan de paz y de historias del arrullo de la paloma, pero a todas les gusta ver una riña bien jodida. Los ojos de Kk-Kk estaban blandos y brillaban con orgullo, y noté que estaba tan orgullosa de mí como si hubiera sido mi madre o mi novia o algo así.

Y el ver aquella mirada en sus ojos me produjo algo. Me había ido encariñando con Kk-Kk sin darme cuenta. Era más que moza para su color chocolate. Y era un robusto ejemplar. Ella me había salvado desde el principio y, de no haber sido por ella, habría sido comida en lugar de esclavo. Resultaba natural que tuviera que gustarme cada vez más. Además, cuando me hice a las ideas de los nativos y todo eso, ella me pareció realmente bien.

De cualquier modo, estaba enamorado de ella... sí, y sigo enamorado de ella. Quizá me iba a hacer nativo. ¿Y qué? Hay cosas peores, y Kk-Kk era una pieza estupenda.

Oh, ya sé: ahora soy viejo. Kk-Kk es horriblemente vieja ahora, si vive, porque esos nativos envejecen rápidamente, y yo ya no soy un polluelo. Pero la sigo queriendo igual.

Bueno, un hombre blanco resulta divertido respecto a sus mujeres. No tiene paciencia. Cuando se enamora, lo hace violentamente, y quiere tener a su chica. Yo no tuve la paciencia del hombre-mono. No podía rondar así. Al día siguiente fui a ver a Kk-Kk y se lo dije.

Era la hora de la comida de las hormigas, cuando ella estaba amontonando fruta para ellas. Seguía ayudándola aunque ya no fuera un esclavo. Lo hice porque quería.

Bueno, se lo dije; sus ojos se iluminaron, y dejó caer los frutos secos en un montón y me lanzó sus brazos alrededor del cuello, dio un gritito y se puso a emitir sonidos suaves en la lengua de los monos que es el verdadero lenguaje de la tribu. Estando excitada de aquel modo, olvidó el lenguaje del orfebre y se puso a hablar en su argot.

Las hormigas se acercaron a comer la fruta, y se arrastraban alrededor de nuestros pies comiéndola. Si ella no hubiera estado tan contenta, y si yo no hubiera estado tan enamorado, ambos nos hubiéramos dado cuenta de lo que significaba que las hormigas se arrastraran junto a nosotros de aquel modo, sin morderme ni actuar con hostilidad. Significaba que me había hecho amigo de ellas a hurtadillas.

Bueno, al rato se separó y dio algunos grititos más. Luego me explicó que ella era la hija del jefe de la tribu. Y el hombre que la desposara había de ser el jefe de la tribu algún día. Eso es, tenía que ser el marido de la reina de la tribu.

Ahora, en esa tribu, los hombres compraban a sus esposas. El hombre que quisiera desposar a Kk-Kk tenía que comprar su mano a su viejo. Pero, puesto que era la hija del jefe y la futura reina de la tribu, se necesitaban más riquezas para comprar una mano que las que un hombre solo podía reunir.

Me dijo cuántas pieles y cuántos cerdos y cuánta carne secada y cuántos arcos y flechas y lanzas, y cuántas libras de tabaco nativo y todo eso, necesitaría.

No presté mucha atención a la larga lista de material que recitó. Tenía alrededor de sesenta libras de oro puro ocultas entonces, y me sentí como un millonario.

En definitiva, ¿qué era todo aquel material nativo comparado con lo que yo tenía? Era un rico para ser un común y ordinario marinero. Podía coger aquel oro en aquel mismo momento e ir a cualquiera de los mercados del mundo y comprar lo que quisiera. Sí, e incluso se han dado casos de mujeres de la más alta sociedad que se venden a sí mismas o a sus hijas —en matrimonio— por menos de sesenta libras de oro puro.

Bien, sonreí a Kk-Kk y le dije que no se preocupase. Yo compraría su mano al viejo. No me preocupaba el precio. Yo era un joven marinero y tenía sangre caliente de juventud en mis venas, y estaba enamorado de Kk-Kk, y ella estaba allí de pie con sus ojos límpidos y deslumbrados y sus brazos alrededor de mi cuello, y yo tenía sesenta libras de oro puro. ¿Qué más puede desear un hombre?

Y entonces oí un ruido y miré.

El hombre-mono estaba instalado en la rama de un árbol y nos miraba, y sus labios se movían adelante y atrás acariciando sus dientes. No decía nada, pero sus labios se abrían y se cerraban y cada vez que así sucedía, mostraba sus dientes.

Yo me erguí un poco, aunque no temía nada. En aquel momento me sentía capaz de dar una paliza a todos los hombres-mono del mundo, tanto si venían uno a uno o todos a la vez.

Kk-Kk estaba asustada. Podía sentir cómo los escalofríos recorrían sus brazos, y emitió pequeños ruidos de terror con sus labios.

No obstante, el hombre-mono no dijo nada. Cuando se percató de que sabíamos que estaba mirando, alzó sus grandes brazos, se asió a la rama de un árbol encima de él, hizo una cabriola en el espacio, atrapó otra rama con su inmenso pie, y desapareció como un torbellino por entre la selva. Todo lo que quedó fue el crepúsculo y los chillidos de un grupo de monos, y los gimoteos que hacía Kk-Kk.

Di unos golpecitos en el hombro a la muchacha. Dejemos que el hombre-mono alborote por las copas de los árboles. Le debe de hacer bien. Él no estaba en posición de comprar la mano de Kk-Kk y no parecía que fuera a estarlo nunca. Yo tenía un buen puñado de oro puro almacenado. Pensé que no habría ningún obstáculo para completar la compra.

Sin embargo, al día siguiente me di cuenta de que me hallaba frente a un problema divertido. Tenía todo el oro que había podido sacar, pero el oro no valía nada. Tenía bastante para comprar toda una curtiduría llena de pieles selectas, pero no podía usar el oro para comprar pieles. La tribu en la que me hallaba no tenía ningún interés en el oro, excepto si era para comerciar con los fantis. Y todo el comercio lo realizaba el Jefe. La costumbre tribal prohibía a cualquier otro realizar comercio alguno, incluso si tenía oro.

Empecé a ver que no era tan sencillo como creía que iba a ser.

Y, mientras, me iba enamorando más y más de Kk-Kk. Era la clase de mujer que realmente hace que los deseos del hombre lo lleven a la aventura. Quiero decir que era fuerte como un buey y grácil como una pantera. Una mujer como ésa llevaría a un hombre a cualquier parte. Y era dulce y tierna. Cuando creía que yo estaba

melancólico por lo de la raza blanca y el hogar y todo eso, me hacía apoyar la cabeza contra su seno y me canturreaba tan suavemente y tan bajito como el viento sollozando entre las copas de los árboles de la jungla.

Yo quería llevármela lejos conmigo. Cualquiera podría ver que la tribu estaba condenada. El oro verdadero que les proporcionaba su poder comercial era su maldición. Los fantis deseaban aquel oro. Podían salir derrotados de una batalla, saldrían derrotados de mil, pero, mientras el montículo estuviera allí, serían invasores luchando por su posesión.

Sólo era cuestión de tiempo: la tribu sería aniquilada, derrotada, y sus mujeres hechas esclavas. No eran capaces de soportar el clima del interior. Cuatro o cinco millas del océano era su límite. Los fantis querían aquel montículo de oro. A cada instante había una batalla, y una vez terminada, había muertos y heridos. Siempre había muchos enemigos, en cambio, siempre había unos pocos menos de los nuestros después de cada batalla.

Si hubiera podido irme lejos y llevarme a Kk-Kk conmigo, junto con sendas cargas de oro, nos habríamos quedado tranquilos para toda la vida. Hubiéramos podido ir a las ciudades y medirnos con cualquiera de sus habitantes.

Pero yo sabía que iba a tener problemas para presentarle las cosas así. Tenía que llevármela, pero ella tenía la idea de que su obligación para con la tribu era sagrada. No cogería oro. Comprenda, nunca había tenido que manejar dinero, y hacía lo que creía que era correcto, no lo que iba a dar más dinero.

Mientras yo pensaba, el hombre-mono llegó al consejo bamboleándose y les dijo que iba a comprar la mano de Kk-Kk en la siguiente luna. Eso es todo lo que dijo. No les dijo de dónde iba a sacar los productos ni nada.

No obstante, era suficiente para preocuparme. Y ello afligió a Kk-Kk.

Por aquellos días circulaban grandes cantidades de rumores disparatados. Alguien decía que los ashantis y los fantis se iban a aliar para un ataque conjunto. Se habían decidido a tomar el montículo de oro.

Intenté que Kk-Kk convenciera a la tribu para que abandonaran el montículo. Sin aquel oro estarían a salvo de cualquier ataque, y de todos modos, el oro no significaba gran cosa para ellos.

Pero eran como el resto de las naciones, si alguien puede comparar una tribu con una nación. Querían su oro, aunque no les supusiera ningún beneficio. Iban a luchar por él, a perder sus vidas por él si era necesario, y entretanto sólo el dirigente tenía derecho a comerciar con el oro.

Sabían que podían vivir en paz yéndose. Debían haber comprendido que no podrían permanecer allí por mucho tiempo. Cada batalla les dejaba un poco más debilitados. Pero no, tenían que quedarse y morir por su montón de oro, y ni siquiera sabían su valor. Es gracioso tratar el oro así.

Circulaba otro rumor que me hacía cavilar bastante, y era acerca de un hombre blanco que estaba acampado a un par de días de camino a pie. Llevaba un gran grupo consigo y disparaba a todas partes y hacía prospecciones en general.

Se me ocurrió la loca idea de que si lograba deslizarme y reunirme con él con cincuenta o sesenta libras de oro podía cambiárselas por espejos, armas, sábanas y cualquier otra cosa que le pareciera un millón de dólares al viejo jefe. Entonces podría comprar a Kk-Kk y podría proponerle irnos lejos de allí.

Realmente, tenía bastante oro, pero me estaba volviendo un poco avaricioso. Quería más. El amor de una mujer como Kk-Kk debiera de haber convertido a cualquier hombre en más rico que el más rico de los reyes del mundo, pero yo era un blanco, y convertí al oro en un dios al que adorar.

De hecho, sólo había tenido esa idea de adorar a Dios los domingos cuando era chiquillo. Durante los días laborables el dios era el oro. Mi familia había sido calificada de muy religiosa al igual que todas las familias. Pero, incluso ellos, jamás habían intentado llevar la religión más allá del domingo. El oro era dios seis días por semana, y esa idea del hombre blanco arraigó en mí.

Tenía que proporcionarme un poco más de oro. Quería, por tanto podía ir al campamento del hombre blanco con todo el oro que pudiese cargar y dejar el resto atrás, enterrado esperando mi regreso.

A la mañana siguiente decidí aprovechar la ocasión y sacar un buen pedazo de cuarzo. Salí con la comida para las hormigas; todo bien; ni siquiera había pensado en tener problemas con ellas desde hacía tiempo. Habían dejado de ser una de mis preocupaciones. Caminé hacia el montículo y me puse a escarbar en el cuarzo.

Y, entonces, algo extraño me sobresaltó. Era un sentimiento de que algo me estaba fastidiando por la espalda. Me giré y allí estaba el hombre-mono sentado sobre una rama, observándome.

Estaba sobre un árbol, instalado sobre una rama, con un arco en sus manos y una flecha envenenada en la cuerda, y fue entonces cuando me di cuenta de cómo sus dedos de los pies se agarraban alrededor de la rama y lo mantenían firme. Es gracioso cómo un tipo puede fijarse en esas cosas cuando tiene una cita con la eternidad acto seguido.

Capítulo quinto

EL HOMBRE-MONO

Miré fijamente a los ojos del hombre-mono y éste me devolvió la mirada. Había leído en alguna parte que un hombre blanco goza siempre de cierta ventaja sobre las otras razas, porque hay una especie de inferioridad racial que pone a los otros en apuros.

Puede que sea cierto y puede que no. Sólo sé que me quedé mirando al hombre-mono y que él manoseó con los dedos la cuerda del arco.

Me había cogido con las manos en la masa. Una de aquellas flechas envenenadas podría ir tras de mí si escapaba. Y no tendría ocasión de salir del área mortal de su alcance.

Todo parecía negro para mí. Pero entonces ocurrió algo curioso. Pensé a la vez que se debía a mi fija mirada, a la inferioridad racial y también a todo lo contrario. Hoy día conozco la verdadera razón. Pero el caso es que el hombre-mono bajó el arco, parpadeó un par de veces, al igual que un moño hiciera al ser asaltado por alguna nueva idea, desasíó entonces una de aquellas grandes garras suyas, se cogió a una rama de encima, se lanzó hacia otros árboles más altos y desapareció.

Daba la impresión de que había ido en busca de algún testigo, lo que me brindaba ocasión de enterrar el oro y asunto terminado. Pude ver que las hormigas estaban acabando los últimos restos de la comida que les había proporcionado, de modo que no tendría que preocuparme de si quedaba algo.

Cogí el oro y fui sin tardanza hacia el lugar donde había pensado esconderlo. Enterré el nuevo envoltorio con el otro y regresé luego al claro con abre de inocencia.

Sentía un gran peso en el pecho. De algún modo tenía la sensación de que el hombre-mono iba a echarme el guante. Si le daba por lanzarse a la carga contra mí, no albergaba yo la menor duda de que me iba a destrozar antes de que llegara la noche.

Pero lo más gracioso es que no se lanzó a la carga. Ni siquiera estaba por allí. Gracioso. Seguí caminando, pronuncié las pocas palabras que había captado de algunos de los guerreros y seguidamente vi a Kk-Kk.

Era una especie de vida ociosa el sobrellevarla de aquella manera. El poder comercial de los ornamentos de oro daba a la tribu ventaja sobre las cosas. No habían tenido que trabajar tan duramente. Gracioso, también, el que supieran relativamente poco acerca del oro. Pensaban que lo valioso no era el metal, sino la forma en que los orfebres lo convertían en anillos, brazaletes y cosas parecidas. Del oro como tal nada

entendían.

De cualquier modo, los guerreros no tenían nada que hacer salvo cazar un poco de vez en cuando. Las mujeres hacían frente a todo el trabajo verdadero y éste, por cierto, no era mucho.

Kk-Kk y yo caminamos hasta la playa y contemplé las verdes olas que bramando se rompían en ella. Su brazo me rodeaba y su cabeza permanecía apoyada en mi hombro. Experimenté una especie de sentimiento posesivo, como si el mundo entero me perteneciera. Acaricié su cabeza y le dije que no había nada que temer, que iba a hacer algo benéfico comprándola y que superaría cualquier precio que el hombre-mono fuera capaz de ofrecer.

Se sintió curiosa, pero cuando vio que yo no quería responder pregunta alguna lo dejó estar y no habló. Era maravillosa.

Me alejé de ella cuando el sol estuvo bien alto. Sabía que para tomar su baño se adentraría en el océano con la tribu.

Aquella era mi oportunidad. Me interné corriendo en la jungla hasta el lugar donde había dejado el oro.

Todo cuanto un hombre podía desplazar había desaparecido. No habían quedado más allá de veinte libras. El terreno había sido cavado y el oro desenterrado. Allí estaba, al sol, destacando suave y amarillentamente contra el verdoso de la jungla y el matizado marrón y ocre de la tierra.

Durante un minuto, mi corazón palpitó como loco, pero en seguida comprendí. El hombre-mono no había dado ninguna alarma. Sin duda había aprendido algo sobre el poder del oro, y cuando me vio dar de comer a las hormigas y trabajar junto al oro, se dio cuenta de que tenía un buen puñado escondido. He ahí por qué no me había arrojado ninguna flecha envenenada. Había desaparecido de mi vista y marchado hasta los árboles más altos para esperar a que yo mismo lo condujera hasta el lugar donde tenía enterrado mi botín. Desplazándose sobre las ramas de los árboles, me había seguido con la facilidad de un pájaro.

Y luego se había llevado todo el oro que era capaz de cargar. Lo había hecho precipitadamente. Ni siquiera se había detenido a enterrar el resto en algún otro sitio, o a cubrirlo con tierra suelta. ¿Por qué? Sólo había una respuesta. Se había marcado un farol con lo de comprar Kk-Kk a su viejo y había querido hacerlo bien. Habría oído hablar del hombre blanco y su campamento, concebido la misma idea que yo y planeado tomarme la delantera.

Colgando del hombro llevaba yo una bolsa de piel con un par de correas. Metí en ella el oro que había quedado y me alejé. Sabía que habría problemas con los centinelas del paso, pero no podía esperar hasta la noche. El hombre-mono podría pasar por los árboles. Tendría que confiar en mi palabrería y mis nervios.

La parte más difícil no era que me dejaran paso. Era pasar el oro. En tanto que guerrero, estaba autorizado a penetrar en la jungla para cazar, e ir y venir cuando me diera la gana. Pero las dificultades estribaban en lo que contenía mi bolsa de cuero.

Se me ocurrió entonces otra idea. El día anterior había sido muerto una pequeña especie de antílope en la jungla. Yo sabía dónde estaba parte de la carne. El oro no abultaba mucho y me aventuré a cubrirlo con algunos pedazos de la carne del animal. Era cuestión de hundirse o nadar y no podía esperar a forjar un plan.

Cogí una lanza y un escudo y caminé sendero abajo. Los centinelas cerraron y abrieron sus redondos ojos, relampagueándoles la blanca dentadura. Uno de ellos advirtió el paquete que caía sobre mi espalda y bajó su lanza mientras se acercaba a investigar.

No me comporté como si estuviera asustado. Incluso abrí la bolsa por mi cuenta e hice un sinfín de ademanes. Señalé el sol y agité la mano cuatro veces indicándoles que estaría fuera cuatro días. Luego señalé la comida y a continuación me llevé el dedo a la boca, dándoles a entender que eran mis provisiones.

Fue coser y cantar. Seguí mi camino, adentrándome en territorio hostil, sabiendo que los fantis estaban en la zona y que yo podría convertirme en rápida comida para ellos.

Una vez alcanzado el país más o menos frecuentado por los hombres blancos, el color de mi piel me protegía de las tribus. El hombre blanco causa respeto a los negros. Mata muchos negros para conseguir sus propósitos, pero al final se sale con la suya.

Lo que me preocupaba eran las primeras millas. Tenía que atravesar enteramente el país de los esos, y adentrarme en el de los nitchawas, y el caso es que tenía prisa. No podía avanzar lentamente y con precaución, ni hacer uso de los árboles como hacía el hombre-mono.

El primer día casi fui capturado. Un puñado de guerreros fantis me siguió las huellas. Dejé el camino, me adentré en la parte más espesa de la jungla y me oculté en sus oscuridades. Creí que iban a atraparme, porque aquellos mozos poseían ojos capaces de taladrar la oscuridad. No obstante, pude proseguir libremente.

El segundo día no vi un alma. Estaba penetrando en una zona más clara y abierta, más transitable y sólo yo poseía una idea general de mi dirección concreta. Había una colina que sobresalía por encima del resto de la zona, la alcancé, la escalé y trepé a un árbol.

Los vi al caer el sol: cientos de fuegos parpadeando contra el crepúsculo como diminutas estrellas. Me figuré que sería el campamento del hombre blanco.

No era prudente atravesar la jungla de noche. Hay muchos animales que han aprendido todas las costumbres del hombre y se han adaptado a sus muchas

estratagemas. Les gusta el sabor de la carne del hombre y particularmente la del hombre blanco.

Durante dos horas fui caminando con los ojos atentos a la jungla que me rodeaba, escuchando suaves pasos que me perseguían. Eran animales que seguían mi pista, un poco temerosos del olor del hombre blanco, dudando un tanto si lanzarse sobre la presa y cenar a mi costa, aunque haciéndoseles la boca agua de sólo pensarlo.

Por último, llegué al campamento del hombre blanco. Pude verlo allí, sentado, barbudo y tostado por el sol. Vestía ropa blanca y estaba sentado ante un fuego con buena cantidad de sirvientes nativos que lo rodeaban preparados para servirle comida o bebida, o lo que quisiera.

Me llegué hasta él y señalé mi boca. Me había acostumbrado de tal manera a hablar a los nativos por señas que por un momento olvidé que aquel hombre hablaba mi idioma.

Le dije entonces:

—Vengo a negociar —y al decirlo, dejé caer el oro en tierra.

Se irguió de su silla de lona como catapultado.

—¡Otro! —exclamó—. ¡Y éste es blanco!

Batió palmas, hombres negros se aproximaron y me sujetaron.

—¿De dónde lo conseguiste? ¿De dónde? ¿Queda más? ¿Cuánto se tarda en ir hasta allí? —me grita, purpúrea su cara, hinchadas las venas y protuberantes los ojos.

Yo había olvidado cuánto se excita el hombre blanco cuando ve el oro.

—¡Oro! ¡Oro! —prosigue—. ¡El país debe estar hasta los topes de oro! Esta mañana rondaba por aquí un mono grande. Parecía una especie desarrollada de mono, casi un humano. Lo seguí y le disparé para guardarlo como espécimen curioso. ¿Puedes imaginarte mi sorpresa cuando vi que llevaba encima un pellejo lleno de oro?

»Y éste es el mismo oro. Lo reconocería donde fuera. Vamos, buen hombre, vente y dime si has visto alguna vez una criatura que se parezca a ese gran mono. Lo tengo conservado en alcohol y tengo intención de conducirlo intacto hasta el Museo Británico.

Tal vez pude sentirme un poco asqueado por la idea, pero realmente no había razón para ello. El tipo me estaba arrastrando hasta una gran tina. Allí estaba el hombre-mono con el agujero de un impacto en su espalda: en su espalda, imagínate. Ni siquiera le había disparado de frente, antes bien se había deslizado como una serpiente hasta saltarle por la espalda. El «especimen» flotaba en el alcohol.

Me volví disgustado.

—Dime, dime —ruega el fulano—, ¿lo conoces? Vuestro oro procede de la misma fuente. Tal vez hayas visto a otros de la misma especie. Después de haberle

disparado, sentí un ligero remordimiento, ya que podía haberme enseñado el camino que llevaba hasta el depósito del oro si me hubiera contentado por capturarlo vivo. Pero primero le disparé y luego supe lo del oro.

Pensé rápidamente. Si el pájaro creía que yo sabía el origen del oro, me forzaría a que se lo mostrara, o tal vez me pegara un tiro y me inundara de alcohol. De modo que me hice el bribón.

—No, no lo conozco —le digo al otro—. Lo vi transportando un saco lleno de algo pesado. Lo seguí hasta que dejó reposar la carga y se echó a dormir. Repté entonces hasta él, vi que era oro y me dije que un hombre-mono haría poco uso de ese metal.

El otro asiente con la cabeza.

—Bien hecho, amigo mío. Bien hecho. Un mono no puede hacer uso del oro. ¿Y qué hay de ti? Posiblemente tampoco puedas tú hacer uso del oro. Puesto que admites que el tuyo era parte del oro que pertenecía al mono, deberías restaurarlo al montón original; ya me haré yo cargo de él.

Vi que el pájaro era de los que lo quieren todo a cambio de nada y me dije que no había que contender demasiado con él.

De modo que le dije que me sentiría muy honrado de hacerlo pero que quería calicós, espejos, mantas, un fusil y munición, así como unos cuantos cuchillos de caza y abalorios. Después de aquello podría quedarse con el oro.

Regateamos durante un rato, llegamos a un acuerdo, tomé conmigo dos porteadores y emprendí la marcha muy asustado, pero cargado con mis baratijas. El rifle lo llevaba yo y no hacía sino mirar por encima del hombro. Al viejo podía ocurrírsele que yo era un espécimen.

Mi regreso no tuvo problemas. Tuvimos un encuentro con los fantis, pero el ladrido del fusil los mantuvo a raya. Hice que los porteadores dejaran las baratijas a unas dos millas del lugar donde estaba acampada nuestra tribu y me deslicé hasta el paso con tres puñados de mi mercancía. Llegué hasta los centinelas, agité las manos, pasé y conseguí un par de guerreros para que me ayudaran a entrar el fardo.

Kk-Kk estaba allí, toda emperifollada, paseándose por el poblado. Es una costumbre adoptada de los fantis. Cuando una chica es ofrecida para venderla en matrimonio, se acicala con todo lo que la familia consigue y se exhibe por todo el poblado. Es un adelanto para los postores.

Sabía que Kk-Kk lo estaba haciendo para mí. Tenía que cumplir con las obligaciones de la tribu, pero sabía que yo era el único capaz de calificarse y confiaba en mis recursos para llevar a casa las habichuelas.

Capítulo sexto

JUSTICIA AFRICANA

Mi mercancía recibió la más completa admiración. Cuando hice que la extendieran por el suelo, los ojos de los jóvenes quedaron clavados en ella hasta que les dolió la frente. La mayoría jamás había visto la habilidad para el negocio del hombre blanco. De continuo se habían mantenido aislados, a un lado los hostiles fantis y al otro el océano que rugía en la playa.

Los cuchillos dieron el golpe. Los guerreros eran lo bastante cazadores como para apreciar aquellos filos de brillante acero. Las mantas no armaron tanto revuelo, ni tampoco los calicós, pero los cuchillos, los espejos y los abalorios fueron polos de atracción que no defraudaron.

El viejo Yik-Yik alzó los ojos y removi6 la boca, gestos que acostumbraba a hacer cuando estaba pensando, y a continuación chapurreó un mont6n de palabras dignas de un mono graduado. El orfebre tambi6n estaba all6 y abría y cerraba los reumáticos ojos señalando esto y aquello.

—El viejo pájaro dice que has comprado la muchacha —me dice.

Pude sentir cómo me batía el corazón. Comprar una vida era para ellos algo que se hacía y ah6 acababa todo, aun cuando sucediera que se tratara luego de la reina de la tribu. Pero para mí sólo había una Kk-Kk en el mundo y ahora era mía. El único hombre que sabía mi secreto era el hombre-mono y éste estaba flotando en medio del alcohol. Podía pues instalarme en la tribu y ser feliz por el resto de mi vida.

A pesar de esto, me sentía falto de color. Mi cabeza se resentía de la luz. Cuando le daba vueltas al asunto, me parecía ir lanzado a un par de revoluciones. Y mis pies temblaban, como si no se asentaran firmemente en el suelo.

¿Y qué? ¿Acaso no iba a casarme con Kk-Kk? ¿Qué importaba estar más o menos bilioso?

Escuché entonces un griterío. Alcé la vista y vi un par de centinelas que traían un prisionero. Más comida, me dije, preguntándome si llegaría a tiempo de formar parte del banquete de bodas.

Volví a mirarlo y entonces mi boca quedó seca.

Era uno de los portadores que había transportado mis mercancías. Probablemente se había deslizado tras de mí para dar con el oro, o bien había sido atrapado por los cazadores. En cualquier caso, estaba apañado. Cuando les dijera lo que había entregado a cambio al hombre blanco...

Agucé el oído. Uno de los nuestros hablaba fanti y quizá también lo hablara el porteador. En efecto, sí hablaba. *Los* oí chapurrear y el porteador me señaló y señaló luego la mercancía desperdigada por el suelo.

Lancé una mirada a Yik-Yik. Sus ojos brillaban como dos cuentas de vidrio y sus labios se retorcían hasta el punto de formar su boca todo un conjunto de contorsiones.

Dejó escapar algunas palabras y un círculo se formó a mi alrededor. El orfebre todavía estaba allí y rápidamente se propuso como intérprete, pero no hubo necesidad de seguir lo que medio decía.

De pronto, la atención se desvió a otro lado. Pareció que el viejo estaba acusando a Kk-Kk de haber traicionado a la tribu.

Al principio no comprendí muy bien, pero pronto me percaté de la situación. Kk-Kk estaba enamorada de mí. El hombre-mono, al que no amaba, había amenazado comprarla. Había un hombre blanco en la zona. ¿Qué pensar sino que ella me había dado un puñado de oro?

Intenté hablarles, pero no me escucharon. Rodeada de adornos Kk-Kk parecía haberse vuelto blanca; luego caminó hasta ponerse a mi lado.

—Encontraremos juntos la muerte —dijo, digna como la reina que había podido ser. Pero yo no tenía por qué aguantar.

Intenté decirles cómo había entrenado a las hormigas. Me ofrecí a enseñárselas. Intenté que me arrojaran como carnada a las hormigas. Pero no me escuchaban. Sólo atendían a Kk-Kk y ésta no decía una palabra ni la diría. Sólo quería morir conmigo.

Fue entonces cuando me sentí enfermo de veras. Todo el suelo empezó a darme vueltas y me sentía tan aturdido que a duras penas podía mantener los ojos abiertos. Mi cabeza estaba ardiendo y dando vueltas y me parecía como si todos los olores de la jungla se me hubieran colado en la sangre y me hundieran más y más bajo un manto de niebla selvática.

Las voces sonaban cada vez más lejanas.

Oí que el orfebre me transmitía la sentencia emitida por el jefe. Se había acercado mucho a mi oído y gritado para hacerse entender.

Parecía que poseían un curioso pan hecho con bayas y raíces. Cuando uno lo comía, perdía la memoria.

El viejo rey había decidido no matarnos, sino que comiéramos su pan y nos largáramos de la tribu, desterrados.

Puesto que habíamos delinquido contra la tribu al querer casarnos, le parecía más propio de justicia el que comiéramos *king-kee*, el pan del olvido, para que jamás nos acordáramos el uno del otro.

Era un castigo terrible. Si no me hubiera sentido tan enfermo, habría hecho cualquier cosa y les habría forzado a que me mataran, o habría intentado hacerme con el rifle y escapar con Kk-Kk.

Pero estaba enfermo. Sentí que me metían algo en la boca y yo lo mastiqué mecánicamente y pedí agua a gritos.

Recuerdo que vi entonces los ojos de Kk-Kk, vidriosos y anegados en lágrimas, mirándome muy de cerca. De pronto, penetré en alguna clase de sueño o estupor.

Dios sabe cuánto tardé en volver en mí. Estaba en el cabo Coast Castle. Me contaron que unos nativos me habían conducido hasta aquí en una camilla, me habían dejado frente a la puerta del edificio donde se guardan las medicinas y se habían marchado a continuación. Me encontraron allí a la mañana siguiente, atacado por la enfermedad del sueño.

Cuando desperté no pude decir quién era yo, dónde había estado ni cómo había llegado allí. Sólo sabía que quería algo y no podía decir lo que era.

Un barco llegó y me instalaron en él. El cirujano de a bordo se interesó por mi caso. Cada vez que llovía me dormía. Había algo en el olor de humedad del aire.

Me trataron como si hubiera sido un rey y me condujeron hasta Boston. Había allí un médico alemán que se había especializado en las fiebres tropicales. Me tuvieron allí seis meses estudiando mi caso.

El médico me dijo que yo era víctima de lo que él llamaba autohipnosis. Dijo que me echaba a dormir cuando llovía porque pensaba en el sueño cuando caía la lluvia.

Le conté que me subía la fiebre cuando el aire se volvía húmedo, pero él se limitó a sacudir la cabeza y a decir que aquello era autohipnosis.

Durante seis meses intentó mi recuperación, pero acabó dándome el alta como un caso fracasado.

Me dijo que fuera a California o a Arizona y me instalara en el desierto, donde llovía sólo un par de veces al año y que permaneciera en mi tienda cuando lloviera.

Seguí su consejo. Durante cincuenta años, ahora se cumplen, he estado viviendo aquí en el desierto.

Cada vez que llovía y yo olía el aire húmedo, los aromas de la jungla volvían a mí como cuando me atacara la enfermedad del sueño, y caía dormido. A veces dormía y no despertaba hasta pasadas dos semanas enteras.

Pero es un caso curioso. Ahora que ya soy viejo, la memoria comienza a volverme. Particularmente al despertar puedo recordarlo todo tal y como lo estoy contando ahora.

Por supuesto, soy un hombre viejo, nada más que una rata del desierto que escarba en la arena en busca de un poco de destello de oro. Poseo una parcela allí, en la base de la colina aquella.

¿No es divertido que me haya tenido que pasar la vida buscando oro cuando fue el robo de aquel oro lo que me causó todos los problemas? Vaya, eso lo es todo en el curso de una vida.

Claro que soy demasiado viejo para pensar ahora en esas cosas. Pero me sentí espantosamente solitario sin Kk-Kk. Puedo ver sus redondos y húmedos ojos contemplarme cada vez que despierto de uno de esos largos sueños. Me pregunto si

ella habrá recuperado la memoria, ahora que ya se habrá vuelto vieja... y me pregunto si piensa en mí alguna vez.

Sí, señor. Gracias, señor. Otra taza de ese café me irá de perlas. Cuando un hombre ha estado durmiendo siete u ocho días su despertar es muy lento. Me beberé este café y luego me dirigiré a mi parcela.

Siento haberles molestado, pero aquella lluvia sobrevino muy rápidamente y de lo primero que me di cuenta es de que estaba empapado y con sueño, oliendo los húmedos aromas de la tierra y la calidez del desierto. Me arrastré hasta estas palmas y eso es lo último que recuerdo hasta que ustedes se acercaron y me ofrecieron café caliente.

No, gracias, no creo que me quede por más tiempo.

Mi tienda está allí y es muy confortable; cuando desperté esta vez me pareció que había estado con Kk-Kk en un mundo de sueños. Me gusta pensar en ella.

Hasta luego. Gracias por el café.

ARTHUR C. CLARKE
MELODÍA DEFINITIVA

Ultimate Melody

—Charlie —dijo con calma—, esa maldita cancioncilla me está volviendo loco. Durante la última semana he tenido que escucharla cada vez que enchufaba la radio.

John Christopher emitió un sonoro sorbetón.

—Deberías conectar siempre con el tercer programa. Estarías a salvo.

—A algunos de nosotros —contestó secamente Harry— no nos satisface una dieta exclusiva a base de madrigales isabelinos. Pero no vamos a pelear por eso, por Dios. ¿Nunca se te ha ocurrido que hay algo extraño en esas canciones de éxito?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que aparecen misteriosamente, y durante semanas todo el mundo las tararea, como Charlie hace un momento. Las que poseen cierta calidad se te graban de tal forma que no puedes alejarlas de la cabeza; dan vueltas y más vueltas durante días. Y, de repente, desaparecen sin más explicación.

—Ahora te comprendo —dijo Art Vincent—. Algunas melodías pueden elegirse, pero otras se pegan como la melaza, tanto si lo deseas como si no.

—Exactamente. Durante una semana entera me obsesionó el tema principal del final de la segunda sinfonía de Sibelius; incluso me dormía con él rondándome la cabeza. Después le toco el turno a «El tercer hombre»: da di da di daa, dida, didaa... Recuerda lo que fue aquello.

Harry tuvo que callarse un momento hasta que la gente dejó de tararear. Cuando se desvanecieron los murmullos continuó:

—¡Exactamente! A todos os sucedió lo mismo. Entonces, ¿qué tienen esas tonadas para provocar tal efecto? Algunas son realmente buena música, otras, banalidades, pero evidentemente tienen algo en común.

—Continúa —dijo Charlie—. Estamos impacientes.

—Desconozco la respuesta —contestó Harry—. Y lo que es más, no quiero conocerla. Sé de un hombre que la encontró.

Automáticamente, alguien le acercó una cerveza, para que el tono del relato no decayera. A mucha gente le fastidiaba que en medio de lo más interesante se parase para pedir otra bebida.

—No sé por qué a la mayoría de los científicos les interesa la música —prosiguió Harry Purvis—, pero es un hecho innegable. Conozco muchos laboratorios importantes que poseen orquestas sinfónicas de aficionados, algunas incluso muy buenas. Entre los matemáticos se podrían encontrar razones obvias para justificar esta afición; la música, especialmente la música clásica, es, formalmente, casi matemática. Además se apoya en la teoría: relaciones armónicas, análisis de ondas, distribución de la frecuencia, y cosas por el estilo. Constituye en sí misma un estudio apasionante que atrae fuertemente a mentes científicas, y que no excluye —aunque muchas personas crean lo contrario— una apreciación puramente estética. Pero he de confesar que el interés musical de Gilbert Lister era completamente cerebral. Era, en

primer lugar, un fisiólogo, especializado en el estudio del cerebro. Por eso la palabra cerebral debe tomarse literalmente. No distinguía entre una canción vaquera y la Sinfonía Coral. No le interesaban los sonidos por sí mismos sino por los efectos que causaban en el cerebro.

—Entre personas tan cultas como las presentes —dijo Harry, con tal énfasis que sonó a insulto—, no habrá nadie que ignore el hecho de que gran parte de la actividad cerebral se realiza por medio de la electricidad. Constantemente se producen pulsaciones de ritmo regular, que pueden detectarse y analizarse con la ayuda de modernos instrumentos. Éste era el campo de Gilbert Lister. Adosaba electrodos en el cuello cabelludo de una persona, y un sistema de amplificadores registraba las ondas cerebrales en cinta magnética. Tras examinarlas, podía dar todo tipo de información sobre la persona en cuestión. En última instancia, afirmaba, es posible identificar a cualquiera a partir de un encefalograma —para utilizar el término correcto— con mayor precisión que a través de las huellas dactilares. Mediante una intervención quirúrgica, puede cambiarse la piel de una persona, pero si llegásemos a un avance tecnológico tal que pudiera cambiarse el cerebro, bueno, esa persona ya no sería la misma, de modo que no podría acusarse al sistema de haber fallado.

»Mientras estudiaba los ritmos alfa, beta y demás del cerebro, Gilbert empezó a interesarse por la música. Estaba seguro de que existía alguna conexión entre los ritmos musicales y los mentales. Se propuso tocar música ante sus pacientes, para analizar los efectos producidos en sus frecuencias cerebrales normales. Como era de esperar, los efectos fueron múltiples, y los descubrimientos de Gilbert le llevaron a adentrarse en campos más filosóficos.

»Sólo en una ocasión hablé con él extensamente sobre sus teorías. No porque fuera reservado —nunca he conocido a un científico que lo fuera, pensándolo bien—, sino porque no le gustaba discutir sobre su trabajo hasta saber a dónde le iba a llevar. Pero lo que dijo fue suficiente para demostrar que había abierto un campo muy interesante, y en consecuencia, me propuse ayudarlo. Mi empresa suministró parte del equipo y yo no me mostré reacio a obtener un pequeño beneficio marginal. Se me ocurrió que si las teorías de Gilbert funcionaban, iba a necesitar un representante en menos que canta un gallo...

»Porque lo que Gilbert intentaba hacer era encontrar el fundamento científico para llegar a una teoría sobre las canciones de éxito. Por supuesto, no pensaba en el asunto en esos términos: él lo consideraba como un simple proyecto de investigación y su única ambición consistía en publicar su trabajo en las *Actas de la Asociación de Física*. Pero yo reconocí las implicaciones financieras enseguida. Eran asombrosas. Gilbert estaba seguro de que una melodía o una canción de moda impresionaba la mente porque de algún modo se adapta a los ritmos eléctricos fundamentales del cerebro. Utilizaba una analogía para explicarlo: «Es como meter una llave en una

cerradura. Las guardas de una tienen que acoplarse a las de la otra para que funcione».

»Enfocó el problema desde dos ángulos. En primer lugar, recogió cientos de melodías populares y clásicas y analizó su estructura o, como él decía, su morfología.

»Un analizador de armonías realizaba esta operación automáticamente, clasificando las frecuencias. Por supuesto, era mucho más complicado, pero estoy seguro de que habréis entendido la idea básica.

»Al mismo tiempo, trataba de ver la adecuación entre las ondas resultantes y las vibraciones eléctricas naturales del cerebro. La teoría de Gilbert consistía —y aquí nos adentramos en aguas filosóficas más profundas— en que todas las melodías existentes son aproximaciones burdas a una melodía ideal. Los músicos de todos los tiempos han buscado a ciegas, porque ignoraban la relación entre música y mente. Una vez revelada esta relación, sería posible descubrir la Melodía Ideal.

—¡Eh! —exclamó John Christopher—. Eso es la refundición de la teoría Platónica de los Arquetipos. Ya se sabe: todos los objetos del mundo material son burdas copias de la silla o la mesa, o lo que sea, ideales. Así que tu amigo buscaba la melodía ideal ¿La encontró?

—Lo sabrás a su debido tiempo —prosiguió Harry sin inmutarse—. Gilbert tardó un año en completar el análisis, y a continuación comenzó con la síntesis. Para entendernos: fabricó una máquina capaz de construir modelos de sonidos, automáticamente, acordes con las leyes que había descubierto. Tenía montones de osciladores y mezcladores; en realidad lo que hizo fue modificar un órgano electrónico ordinario para esta parte del aparato, controlado por la máquina compositora. De esta forma tan infantil con que los científicos bautizan a sus bastardos, llamó al invento «Ludwig».

»Se entendería mejor el funcionamiento de Ludwig si se le concibe como una especie de kaleidoscopio sonoro, en lugar de visual. Pero el kaleidoscopio obedecería a unas ciertas leyes, y esas leyes —al menos Gilbert así lo creía— estaban basadas en la estructura fundamental de la mente humana. Con los arreglos necesarios Ludwig llegaría, tarde o temprano, a encontrar la melodía a través de todos los modelos musicales posibles.

Tuve la oportunidad de escuchar a Ludwig, y fue una experiencia extraña. El equipo consistía en el lío electrónico indescriptible común a todos los laboratorios. Lo mismo podía haber sido la máquina de una nueva computadora que la mira de una pistola a radar, un sistema de control de tráfico o un aparato de radio construido por un aficionado. Era difícil aceptar que, si llegaba a funcionar, dejaría sin trabajo a todos los compositores del mundo. ¿O no? Quizá no: Ludwig podría proveer la materia prima, pero necesitaría orquestación.

El sonido comenzó a salir del altavoz. Al principio me pareció como si escuchara

ejercicios para cinco dedos ejecutados por un alumno eficiente, pero poco inspirado. La mayoría de los temas eran banales; la máquina tocaba uno y a continuación lo sometía a una serie de cambios, un compás tras otro, hasta agotar todas las posibilidades, y pasaba al siguiente tema. De vez en cuando, producía un pasaje notable, pero en general, no me impresionó lo más mínimo.

Pero Gilbert se explicó que sólo era una prueba, porque los circuitos aún no estaban listos. Cuando lo estuvieran, Ludwig tendría mayor capacidad de selección: de momento, tocaba cualquier cosa, no poseía ningún sentido discriminatorio. Cuando lo adquiriese, las posibilidades serían ilimitadas.

Fue la última vez que vi a Gilbert Lister. Había quedado en ir a su laboratorio una semana después, tiempo en el que esperaba haber conseguido grandes progresos. Llegué una hora más tarde de la cita, por suerte para mí...

A mi llegada acababan de llevarse a Gilbert. Encontré a su ayudante, un hombre de edad que había trabajado con él desde hacía años, muy nervioso y desolado, sentado entre una maraña de cables de Ludwig. Tardé mucho en descubrir lo que había ocurrido, y aún más en entender los motivos. No cabía duda de que Ludwig, por fin, había funcionado. El ayudante había salido a almorzar mientras Gilbert terminaba los últimos preparativos, y cuando volvió al cabo de una hora, el laboratorio vibraba con frase melódica larga y compleja. O la máquina se había parado en ese punto, o Gilbert había pulsado el botón de REPETICIÓN. Sea como fuere, estuvo escuchando, durante varios cientos de veces, al menos, la misma melodía. Cuando su ayudante le encontró parecía hallarse en trance. Los ojos abiertos sin ver, los miembros rígidos. Incluso cuando desconectaron a Ludwig, continuó igual. Gilbert no tenía remedio.

¿Qué había ocurrido? Supongo que deberíamos haberlo tenido en cuenta, pero ¡es tan fácil decirlo cuando ya ha pasado todo! Recordemos lo que dije al principio. Si un compositor que sabe música de oído puede inventar una melodía capaz de dominar la mente de una persona durante días, ¿qué efecto tendría la Melodía Ideal que Gilbert buscaba? En el supuesto de que existiera —y no lo doy como un hecho seguro—, formaría un anillo infinito en los circuitos de la memoria. Daría vueltas y más vueltas, eliminando los demás pensamientos. Todas las melodías empalagosas del pasado se convertirían en simple bagatelas comparadas con ella. Una vez introducida en el cerebro, transformaría las formas en ondas circulares que constituyen la manifestación física de la conciencia y éste sería el final. Ni más ni menos le ocurrió a Gilbert.

Le sometieron a terapia de choque; lo intentaron todo. Pero no sirvió de nada; el patrón se había establecido y no podía romperse. Gilbert había perdido toda conciencia del mundo exterior, y tienen que alimentarlo por vía intravenosa. No se mueve jamás ni reacciona a estímulos externos, pero, según me han dicho, de vez en

cuando se contrae de forma extraña como marcando el ritmo.

Me temo que no tiene curación. Y, sin embargo, no estoy seguro de si su destino es horrible o, por el contrario, digno de envidia. Quizá haya encontrado la realidad esencial que siempre ha preocupado a los filósofos como Platón. No lo se, realmente. A veces me sorprende preguntándome a mí mismo cómo sería la maldita melodía, casi deseando haber tenido la oportunidad de escucharla, al menos una vez. Debe existir alguna forma de hacerlo sin peligro: ¿recordáis que Ulises escuchó el canto de las sirenas y no murió por ello...? Pero ya no habrá otra oportunidad.

—Me lo temía —dijo Charles Willis maliciosamente—. Supongo que el aparato explotó, o algo así, y como de costumbre no podemos comprobar la veracidad de su relato.

Harry le dirigió una mirada más de tristeza que de enfado.

—El aparato apenas sufrió desperfectos —contestó con serenidad—. Lo que ocurrió a continuación fue una de esas cosas enloquecedoras por las que nunca dejaré de culparme. Me tomé tal interés en el experimento de Gilbert que no presté la debida atención a los intereses de mi empresa. Mucho me temo que Gilbert había amontonado deudas, y cuando el Departamento de Contabilidad se enteró de lo que había ocurrido, actuó inmediatamente. Tuve que salir de la ciudad durante un par de días en viaje de negocios, y cuando volví ¿sabéis lo que había pasado? Mediante una acción judicial, habían confiscado todos sus bienes, lo que significaba el desmantelamiento de Ludwig; cuando lo vi al día siguiente, se había convertido en un montón de chatarra. ¡Y todo por unas cuantas libras! Me hizo llorar.

—Estoy seguro —dijo Eric Maine—. Pero has olvidado atar el Cabo Suelto Número Dos: *El ayudante de Gilbert*. Entró en el laboratorio mientras el artilugio funcionaba a pleno rendimiento. ¿Por qué no le afectó a él también? Has metido la pata en esto, Harry.

El señor don Harry Purvis hizo una pausa para apurar la últimas gotas de un vaso y lo acercó a Drew.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Es un interrogatorio? No he mencionado ese punto porque no tiene mucha importancia. Pero explica por qué nunca tuve el menor indicio de la naturaleza de aquella melodía. Mira, el ayudante de Gilbert era un técnico de laboratorio muy cualificado, pero no pudo prestarle mucha ayuda en la fabricación de Ludwig. Era una de esas personas que carecen completamente de oído. Para él, la Melodía Ideal no significaba más que un par de gatos maullando sobre la valla de un jardín.

CLIFFORD D. SIMAK

EL SEÑOR DEL PASADO

The Past Master

Capítulo primero

EL TRACTOR DE TIEMPO

Hugh Cameron se irguió y se limpió el polvo de las manos. Miró a Jack Cabot y a Conrad Yancey y éstos le devolvieron la mirada, interrogadoramente.

—Listos para largarnos —anunció Cameron—. Lo he comprobado todo.

—Me atacas los nervios —digo llanamente Yancey—. Comprobando y recomprobando.

—Hay que estar seguro —le dijo Cameron—. No se pueden correr riesgos, no en un viaje como éste.

Cabot se alzó el sombrero y se rascó la cabeza.

—¿Estás seguro de que la teoría y el mecanismo funcionan bien, Hugh? —preguntó ansiosamente—. Todavía tengo la sensación de que estamos todos locos.

Cameron asintió.

—En la medida que puedo asegurarlo, Jack, marcha bien. Lo he repasado palmo a palmo. Pascal tiene aquí algo que es único. Una teoría sin precedentes. Trata el tiempo como algo abstracto, pero usando las verdaderas bases para el viaje temporal.

—Sería necesario un tipo echado a patadas de Oxford por afirmar que la teoría de la relatividad de Einstein era cosa de memos para hacer algo así —observó Yancey.

Cameron señaló el globo de cristal que había en lo alto de una masa, de intrincada maquinaria.

—Todo está en ese cerebro de tiempo —dijo—. Es lo único que no puedo imaginarme cómo es. Ignoro de qué manera está hecho. Pero funciona. Tengo una prueba de que es así.

—Pascal ha adoptado la postura de que el tiempo es puramente subjetivo. Que no tiene existencia de hecho. Que es únicamente un concepto mental, pero al tiempo algo enteramente necesario para la orientación.

—Ésa es la parte en la que no puedo hincar el diente —protestó Cabot—. Me parece que si un hombre fuera a viajar en el tiempo tendría que existir un tiempo por el que viajar. El tiempo tendría que ser un factor presente. De otro modo no obedecería reglas mecánicas. No habría teatro para las operaciones mecánicas. En otras palabras: ¿cómo mierda vamos a viajar a través del tiempo si éste no existe?

Cameron encendió un cigarrillo e intentó explicarse.

—Tu mente se queda estancada en la parte mecánica —dijo—. La teoría de Pascal no es todo matemáticas ni todo mecánica, antes bien está llena de ambas cosas. Hay un montón de conceptos psicológicos y ése es un lugar donde aquéllas entran. Pascal se imagina que aun cuando el tiempo no existiera, aun cuando no tuviera identidad efectiva, el cerebro ha desarrollado extensamente un sentido

temporal. El tiempo nos parece completamente natural. Visto desde la perspectiva del sentir común, no hay ningún misterio en ello. Está fuertemente arraigado en la conciencia humana.

»Pascal se imagina que si se construye un cerebro mecánico se puede hacer de tal manera que su sentido temporal sea enormemente ampliado. Quizá diez mil veces en relación a la mente humana. Tal vez más. No hay modo de saberlo. Así, Pascal no sólo construyó la contrapartida mecánica de un cerebro humano sino que lo construyó con un exagerado sentido del tiempo. Ese cerebro de allí sabe más sobre el tiempo en este momento que la raza humana en toda su existencia. Nadie más pudo haberlo hecho sobre la Tierra. Ningún hombre del siglo veinte. Pascal es un brujo. Eso es lo que es.

—Escucha, Hugh —dijo Cabot—. Quiero estar seguro. Tuve que cruzar América y tú tuviste que salir de Londres porque sabía que si alguien podía decirme algo sobre este castillo en el aire, ese alguien eras tú. Y quiero que estés absolutamente cierto. No puedo entenderlo por mí mismo. Imagino que tú sí eres capaz. Si tuvieras alguna duda, dila ahora mismo. No quiero quedarme estancado a mitad de camino en un viaje en el tiempo.

Cameron expulsó el humo.

—No es ningún castillo en el aire, Jack. Es cosa fina. El sentido del tiempo del cerebro está desarrollado hasta un punto en que posee habilidad para asumir el dominio completo del tiempo. Puede trasladarse a través del tiempo. Es más, puede mover el tractor de tiempo a través del tiempo: con todos nosotros dentro del tractor. No es hipnosis, porque en estado hipnótico sólo puedes imaginarte que estás aquí o allá o que haces esto o aquello cuando no es así.

»El cerebro puede trasladarse adelante y atrás en el tiempo y puede movernos adelante y atrás en el tiempo. Desarrolla una especie de fuerza. No es electricidad. Pascal pensó al principio que se trataba de eso. Pero no lo es, aunque está relacionado con la electricidad. Para denominarlo de la mejor manera podemos llamarlo fuerza de tiempo. Eso lo describe bastante bien. Desarrolla esta fuerza en cantidad suficiente para manipular el mecanismo de control que conduce el movimiento del cerebro a través del tiempo.

Alzó las manos desvaídamente.

—Eso es cuanto puedo decirte. El resto consiste en matemáticas que serían puro griego para ti, y mecánica que, para entenderla, tendrías que pasarte ocho años en la universidad.

Miró a Cabot.

—Tendrás que creerme, Jack: ese maldito cacharro funcionará.

Cabot sonrió.

—Es suficiente para mí, Hugh —dijo.

Una sombra entorpeció la luz solar que se derramaba sobre el suelo. Los tres miraron hacia la puerta.

El Dr. Thomas Pascal estaba allí; un hombre de pelo cano y rostro casi infantil por su simplicidad. Era uno de los nigromantes científicos de 1940.

—¿Todo listo para empezar? —preguntó.

Cameron asintió.

—Todo parece correcto, doctor —dijo—. He comprobado cada cable, cada rueda dentada, cada contacto. Todo está en perfecto orden.

—Muy bien, pues —gruñó Yancey—. ¿A qué estamos esperando? Estoy preparado para coleccionar colmillos.

—Tendrá cuantos quiera —le dijo Pascal—. Le dije que lo había escogido para un terreno de caza virgen. Un lugar donde jamás se haya disparado un tiro de fusil. Y eso es lo que voy a hacer.

Cameron rió.

—Doctor —preguntó—, ¿cómo se le ocurrió la idea de vender aquellos dos perros de caza? Un viaje de caza atrás en el tiempo. Cosa única.

—Necesitaba dinero para acabar el tractor —dijo Pascal—, de modo que busqué a alguno que pudiera estar interesado, pero interesado de manera que mi invento no fuera usado para fines básicos. Entonces oí hablar del señor Cabot y del señor Yancey. Cargados de dinero. Famosos cazadores. ¿Qué más tentador para ellos que una cacería en el pasado? Pero no fueron fáciles de convencer. Sólo me hicieron caso cuando hice que usted revisara la máquina de arriba a abajo.

Cabot sacudió la *cabeza* tozudamente.

—Doctor, todavía tiene que mostrarme esos territorios en el Riss-Wurm del período interglacial. Se encuentran a cincuenta mil años o más en el pasado. Un largo trecho para recorrerlo.

—Esta noche cenará filete de mamut —le dijo Pascal.

—Si quiere que la promesa se cumpla —dijo Cameron—, haríamos bien en ponernos ya en marcha. Todos nuestros suministros están almacenados, la maquinaria ha sido comprobada. Estamos listos.

—Muy bien —asintió Pascal—. ¿Quiere alguien cerrar la puerta y asegurarse de que las portillas están cerradas?

Yancey se dirigió al portal, comprobó el estado de la puerta y la cerró con llave. Por un momento permaneció inmóvil, mirando más allá de las colinas verdes. Allí, sólo a unas millas de distancia, quedaba el poblado de Aylesford. Y más allá se extendía el valle del Támesis. Un condado sumergido en la leyenda y la historia. En pocos minutos retrocederían a través, y hasta más allá, de los días en que florecieron

aquella leyenda y aquella historia. Dos cazadores americanos en la expedición más demente que el mundo contemplara alguna vez.

Yancey cerró la puerta.

—Me pregunto cuánto plomo costará cargarse un colmilludo —murmuró.

Al regresar al interior del gran tractor, vio que el cerebro de tiempo estaba brillando verdosamente. El doctor Pascal, frente a él, parecía un gnomo contrahecho que trabajara ante un horno ardiente.

—Puerta cerrada y sellada —informó Yancey.

—Portillas perfectas —dijo Cabot.

—De acuerdo —replicó Pascal.

La maquinaria ronroneó suavemente sin producir más allá de un susurro.

No había nada que indicara que hubieran abandonado el presente y se estuvieran adentrando en el pasado, pero cuando Yancey miró a través de una portilla dejó escapar una exclamación.

Nada existía más allá de la portilla. Sólo un chato, vacío y gris plano de la nada, con repentinas y mínimas sombras que aparecían y se desvanecían.

Pascal contuvo la respiración en tanto el tractor sufría sacudidas y vaivenes. El gris más allá de la portilla devino menos denso. Los objetos comenzaron a convertirse en apreciables.

—Vamos demasiado rápidos —explicó Pascal—. El terreno parece estar emergiendo. Tenemos que ir más despacio. Podemos tropezar con cualquier cosa. La mayor parte de los objetos son impotentes para detenernos, pero no tenemos por qué correr riesgos.

—Claro que el terreno está emergiendo —dijo Cameron—. Quizá no exista ya ningún Canal de la Mancha. En el período Riss-Wurm las Islas Británicas formaban un bloque con el continente. El Támesis fluía a través de la cuenca del Mar del Norte hasta dar en ese mismo mar.

El gris allende las portillas se debilitaba cada vez más. El tractor daba tumbos como un bote a merced de las olas. A continuación, el tono gris se convirtió en blanco, un chisporroteante blanco que cegó a Yancey. El tractor se desplazaba presurosamente hacia delante, semejante al movimiento de ascenso de una ola que después se desplomara, aunque más lentamente.

—Acabamos de atravesar el glaciar Wurm —anunció Pascal—. Estamos ya en el Riss-Wurm.

—Redúcelo un poco —le alertó Cameron—. Este último tumbo ha repercutido en un tubo de la radio del campo magnético. Podemos arreglarlo, pero podemos necesitar esa radio. No tenemos por qué dejar que se rompa del todo.

Más allá de la portilla podía ahora Yancey descifrar los objetos. Un árbol se hizo distinguible, de silueta definida, y más allá de él vio Yancey un sólido paisaje bañado

por un sol que nacía.

Oyó la voz de Pascal.

—Setenta mil años, aproximadamente —dijo éste—. Deberíamos estar ya donde queremos.

Pero Yancey estaba absorto contemplando el escenario de fuera. El tractor permanecía sobre la cúspide de una loma. Más abajo se desplegaba un panorama de belleza salvaje.

Pasando las colinas se avistaba un ancho valle, verde y con lozana hierba, mientras en la lejanía un torrente reflejaba la luz solar de la temprana aurora y relucía como una cinta de plata. Y tanto sobre las colinas como en el valle que se abría abajo podían verse puntos negros arracimados en manadas, algunos tan cercanos que incluso podía diferenciarlos como animales individuales. Los demás eran meras manchas negras.

Yancey silbó inaudiblemente.

Se apartó de la portilla.

—Jack —comenzó sin aliento—, hay miles de manadas ahí...

Pero Cabot, según vio, había abierto ya la puerta.

Los cuatro permanecían agrupados en la entrada, contemplando el exterior. Pascal sonreía.

—Ya ven —les recordó—: les dije la verdad.

Cabot tragó aire ruidosamente.

—Y tanto —admitió—. Dudo que África, en sus comienzos, fuera mejor que esto.

—Una simultaneidad de fauna —dijo Pascal—. La vieja Edad de Piedra emergiendo con la moderna. Una especie que declina y otra que apunta. La más diversa y abundante caza que jamás existió sobre la faz de la tierra, ni antes ni después. El oso primitivo, la antigua hiena, el mamut y el rinoceronte lanudo viviendo conjuntamente con vastas manadas de bueyes salvajes, renos, alces irlandeses y otros animales más recientes.

—¡Cuánta caza! —exclamó Yancey.

Cabot asintió. Se apartó de la puerta y puso los pies en tierra.

—Vayamos a estirar las piernas —sugirió.

—No podemos ahora —dijo Cameron—. Tenemos que revisar la maquinaria. Quiero estar seguro de que todo marcha bien.

Yancey saltó al suelo.

—Haríais bien en coger los rifles —advirtió Cameron. Cabot rió.

—Tenemos revólveres —dijo—. No iremos muy lejos.

Los dos cazadores caminaron lentamente, con gesto de admiración, alejándose del tractor. El terreno que pisaban era blanco y abundaba en espesa hierba. Más allá, los

matorrales sombreaban la falda de las colinas que conducían sus vertientes hasta el lecho del río. Sobre algunas de las colinas podían verse inmensas y grotescas formaciones rocosas. Y por todas partes había caza.

Yancey se detuvo y se llevó unos gemelos a los ojos. Durante varios minutos estuvo mirando el paisaje, estudiándolo. Cuando los apartó, se desciñó la correa con que los sujetaba a su cuello. Se los tendió a Cabot.

—Echa una ojeada, Jack —invitó.

—Uno no acaba de creérselo hasta que lo ve por sus propios ojos. Hay una manada de mamuts allá, junto al río. Aquella mancha oscura que hay a esta parte de la arboleda. Y hay otra manada bastante buena río arriba. Me llevaré unos cuantos rinocerontes lanudos. Y bisontes, algo que se parezca al búfalo americano.

—*Bos priscus* —dijo Cabot—. Estas últimas semanas, estuve leyendo un poco sobre los animales de la Edad de Piedra. Es la forma primitiva del bisonte. Quizá lleguemos a conseguir unos cuantos ejemplares de *Bos latifrons*. Grandes bestias con un cuerpo de una amplitud de diez pies. Aunque quizás estén extinguidos. Son los abuelitos de los bichos que ves allá.

—¿Qué es ese gran grupo que hay al otro lado del río? —preguntó Yancey.

Cabot miró con los anteojos en la dirección que señalaba el dedo de Yancey.

—Alces irlandeses —dijo.

Un rugido imprevisto hizo que los dos hombres dieran media vuelta. Lo que vieron los dejó petrificados por un momento.

A una distancia menor de cien pies, al borde de un soto, podía verse un oso inmenso. Una bestia enorme, de unos seis pies hasta los hombros. Era de color castaño oscuro y estaba furioso. Se balanceó, y abrió y cerró las fauces. De su pecho brotaba un bramido que parecía un temblor de tierra.

—Por el amor de Dios —susurró Cabot—, ¡no te precipites! Tranquilos hasta el tractor. ¡Ese bicho está a punto de cargar!

La mano de Yancey se deslizó hasta la culata de la pistola. Por el rabillo del ojo alcanzó Cabot a ver el movimiento.

—Yancey, condenado loco —susurró con premura—, aparta la mano de ahí. Un impacto del cuarenta y cinco sólo le haría cosquillas.

Lentamente, ambos hombres se fueron alejando del oso, hacia la forma grisácea del tractor de tiempo, sin apartar la mirada de la bestia monstruosa que permanecía oscilando ante ellos. La ira del oso parecía ir en aumento. Su pecho subía y bajaba ahora de forma precipitada, rugiendo sin cesar, como un tren que atravesara un puente. Rugía y el rugido era un sonido de desnuda furia que hacía estremecerse el espinazo de Cabot.

En tensión, siguieron caminando lentamente hacia atrás. El tacón de Yancey

tropezó con una raíz y se tambaleó, pero se enderezó rápidamente. El oso gruñó como un trueno y sacudió la cabeza. La espuma de sus babeantes fauces manchó los enormes hombros oscuros.

Entonces el oso cargó. Sin aparente movimiento preliminar, se lanzó a toda carrera, con la vertiginosa velocidad de una avalancha.

—¡Corre! —aulló Cabot, pero su grito fue apagado por el estampido de una detonación. El oso cayó hacia delante, dio con cabeza y hombros en el suelo y su cuerpo dio una vuelta de campana.

Cabot, corriendo hacia el tractor de tiempo, vio a Cameron y a Pascal apostados en la puerta con pesadas escopetas contra elefantes en los hombros.

—¡Eh! —gritó Cabot—, ¡haga otro disparo como ése!

En tres saltos estuvo junto a la puerta del tractor.

Pascal le tendió la escopeta.

—Jamás había disparado en mi vida —dijo a Cabot.

Cabot se volvió con la escopeta entre las manos.

El oso estaba ahora en pie, balanceándose pesadamente de un lado a otro. Sus pequeños ojos de cerdo brillaron funestamente y una espuma roja inundó sus quijadas y hombros.

Deliberadamente, Cabot alzó el cañón de la escopeta, centró el punto de mira entre los ojos y apretó el disparador. El oso lo encajó y cayó en redondo.

Yancey se secó la frente con el dorso de la mano.

—Jamás estuve tan a punto de que me cepillaran —confesó.

—Un oso de las cavernas —dijo Pascal—. Se trata de una de las formas de vida más inmensas que aquí pueden encontrarse.

Cameron descendió del tractor.

—Ya habréis visto que aquí no existen esos asustadizos animales a los que estáis acostumbrados —dijo Cameron—. Éstos no temen al hombre. Creen que el hombre no es peligroso, si es que han visto alguna vez a un hombre. Los ejemplares de Neandertal que viven en algún lugar de este territorio no casan muy bien con esa clase de bestias.

Yancey se secó nuevamente la frente.

—Es el sitio más jodido que he visto nunca —declaró—. Jack y yo nos hemos alejado apenas para echar un vistazo. No habíamos caminado ni cinco minutos cuando el oso estaba ya encima.

Cameron rió a carcajadas.

—Cogedlo para desayunar —dijo.

Yancey hizo una mueca, pero no contestó.

Repentinamente, Cabot se inclinó hacia delante, apuntando con el dedo un matorral de altas hierbas más allá del oso muerto.

—¡Allí hay algo! —cuchicheó excitado.

Una forma leonada salió corriendo de entre los hierbajos, cayendo sobre el cuerpo del oso pardo. Con macizas fauces y poderosos dientes se colocó tras el pelaje del gran hombro. Luego, avistando a los hombres, retrocedió, su faz envuelta en un amasijo sanguinolento.

El 45 de Yancey brotó de su funda y tronó casi en el momento de enderezarse. Una explosión siguió a la otra, envuelta la pistola en un retumbar de truenos que estalló contra los oídos de los cuatro hombres.

Todavía gruñendo, la bestia leonina se sacudió ante los impactos de los pesados proyectiles. Luego se distendió y cayó mientras la pistola de Yancey martillaba huecamente sobre un cartucho vacío.

Pero no estaba muerta. Gruñendo y escupiendo, consiguió ponerse sobre sus patas, comenzó a caminar con tambaleo agonizante, mostrando con una mueca asesina sus colmillos de un pie de largo, afilados como una navaja de afeitar.

Cabot empuñó su revólver mientras Yancey ponía nuevos cartuchos en el cilindro del suyo. Cameron se echó el rifle de cazar elefantes al hombro. Bramó el rifle y el felino rodó por tierra.

Cabot volvió a introducir su pistola en la funda.

—Dientes de sable —dijo Pascal fríamente.

—Y plomo que ha costado —comentó Yancey, respirando agitadamente.

Cameron apoyó el rifle en el brazo y contempló los dos animales.

—Cazar —dijo—. Mierda, esto no es cazar. Esto es la última carnicería del general Custer, una continua batalla por la supervivencia.

—Aquellos bichos de allá seguro que están sedientos de sangre —añadió Yancey.

—Y —continuó— no nos temen.

Cameron sopló el humo que brotaba del cañón del rifle.

—Me pregunto a qué sabrá el filete de oso de caverna.

Yancey miró a la inmensa bestia.

—Probablemente estará más correoso que la mierda —dijo.

Capítulo segundo

LOS CENTURIANOS

Desde la oficina de la Compañía de Viajes en el Tiempo, en la sexcentésima planta del edificio estratosférico Berkley, Nueva York, aparecía diminuto allá abajo, como una ciudad de juguete. Bajo el amortiguado brillo de millones de luces semejava una belleza que no era terrestre. Era una ciudad de esbeltos pináculos de belleza inmaculadamente blanca, entrelazados arcos de matices arco iris, jardines y parques perfectamente delineados, resplandecientes torres de argén y negras cúpulas.

A Steve Clark le gustaba el espectáculo. A menudo iba allí por las noches para permanecer sentado y hablando con su amigo Andy Smith, uno de los pilotos más expertos del servicio de Viajes en el Tiempo.

Smith estaba leyendo la última edición del *Cohete Diario*. Steve Clark acababa de traerlo hacía apenas un momento, recién salido de la imprenta, y lo había dejado sobre el escritorio. Smith lo había abierto bajo el blanco círculo que derramaba la única luz. El resto de la oficina quedaba en tinieblas. Más allá de los armarios del bufete, otros escritorios y archivos despuntaban en la oscuridad. Las máquinas del tiempo propiamente dichas estaban en una sala adyacente, listas para el despegue desde el frente del edificio.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó Clark, con los pies sobre el escritorio.

Andy Smith gruñó.

—No muy bien. Estamos en el siglo cincuenta y seis, los viajes en el tiempo no son una novedad y nuestras tarifas son demasiado elevadas. En toda la semana no hemos tenido más que un par de docenas de viajes —pasó su índice sobre los purpúreos titulares—: Para tus amigotes los periodistas, las cosas parecen ir viento en popa —dijo—. Hay grandes noticias esta tarde.

—Sí —admitió Steve Clark—. Otra vez los Centaurianos. Siempre están listos para ponerse en pie de guerra. Hicieron un buen trayecto esta vez.

—Tengo que admitirlo —dijo Smith—. Las piedras marcianas, ¿eh? Catorce. La más grande y perfecta colección de todo el Sistema Solar.

—Exacto —dijo Clark—. Al viejo casi se le revienta un vaso sanguíneo cuando llegó la noticia hace una hora. Quería inundar la ciudad.

Clark lanzó una risa ahogada.

—Lo hicimos —añadió.

Andy Smith plegó el periódico cuidadosamente.

—Steve —dijo—, ¿qué son los Centaurianos? Nadie parece saberlo.

—Por el momento son superladrones —dijo Clark—, y se ha dicho todo lo que cualquiera puede saber a ciencia cierta. Se han estado riendo de los mejores cerebros

de la policía durante los últimos quinientos años. Y me imagino que seguirán riéndose otros quinientos, si es que viven tanto, y no hay razón para pensar lo contrario. A no ser que estén guardando el secreto, el pies planos ni siquiera sabe dónde tienen la guarida. Les están tomando el pelo a todos. Mierda, ¿acaso no robaron toda una expedición de oro ante las mismas narices de la Policía Interplanetaria y siguen con ella a pesar de que todos los jodidos tipos de la I.P. de todo el Sistema están en el caso?

—¿Crees entonces —preguntó Smith— que los Centaurianos son reales? ¿Que no son humanos? ¿Una superbanda de bandidos sobrenaturales?

—¿Sabes? —replicó Clark—. Un periodista no suele andar tras las fábulas. Se carga más mitos que ningún otro crítico. Pero, como periodista, te digo que esos Centaurianos no son humanos. Probablemente se les haya atribuido más golpes de los que han dado. Pero hay casos en que ha habido testigos presenciales. Sólo dos o tres ejemplos de esta índole en los últimos quinientos años, pero bien verificados.

»Todos concuerdan en los puntos vitales. Tienen rabo, están cubiertos de escamas y en vez de pies tienen pezuñas. Lo que quiera que sean no se andan con cosas de poca monta. Cuando dan un golpe, se trata de algo de calidad. Lo de las piedras. Si valen algo, es por lo menos diez billones. Y luego el cargamento de oro de la Policía Internacional.

Smith silbó.

—Entonces, ¿crees que proceden de Alfa de Centauro? —preguntó.

—O de Alfa de Centauro o de algún otro lugar fuera del Sistema. En los planetas de aquí no hay nada que se les parezca. Siempre he creído que se trata de fugitivos de su propio sistema. Quizá las cosas se pusieron demasiado peligrosas para ellos, dondequiera que fuese, y tuvieron que salir por piernas. Lo que quiera que sean o de dondequiera procedan, están seguros de tener aquí buenas carnadas. Se llevan lo que quieren y nadie está nunca lo bastante cerca para atraparlos.

»Leí en alguna parte, hace mucho tiempo, que es creencia general que arribaron a la Tierra en alguna especie de nave espacial. Ésta se destrozó al aterrizar y dos o tres de sus ocupantes resultaron muertos. No obstante, creo que no se descubrió mucho por este camino. La nave en cuestión quedó hecha un asco y los seres que en ella había estaban reducidos a pulpa. Quizá se tratara de algo o alguien más, pero no de los Centaurianos.

Steve Clark encendió un cigarro de hierbas venusianas y expulsó el humo.

—Sea lo que fueren —dijo—, suministran noticias a los periódicos.

Smith consultó su reloj.

—Tengo que salir dentro de poco —dijo—. ¿Qué te parece si nos dejamos caer por París y nos tomamos unos tragos?

—Eso suena a música angelical —asintió Clark.

Smith se levantó de la silla, se metió el periódico en el bolsillo y, en pie junto al escritorio, arrugó el entrecejo desconcertado.

La puerta de la oficina estaba abierta y por ella había penetrado un grupo de amortajadas figuras que parecían armonizar con la oscuridad dominante. Algo brilló a los rayos de luz que despedía la lámpara que iluminaba la mesa.

Una voz brotó de las tinieblas, una voz que pronunció el inglés con acento exento de tono.

—Tendrá que hacernos el favor de volver a sentarse —sugirió.

Smith volvió a sentarse y Clark, apartando los pies del escritorio, dio la vuelta a la silla.

—Usted también, señor —dijo la voz.

Clark, medio incorporado, obedeció. Había una especie de amenaza metálica en aquellas cortas, recortadas y muy vocalizadas palabras, sobrecargadas, por otro lado, por una definida nota de advertencia.

Lenta y majestuosamente, una de las figuras amortajadas se adelantó, dejando a sus compañeros junto a la puerta. Se situó ante el escritorio, aún dentro de las tinieblas, aunque más definida ahora su silueta por la parte de luz que recibía. El sujeto llevaba gafas oscuras y estaba cubierto por una capa oscura, cuyo borde llegaba hasta el suelo, ocultando sus pies. Una capucha negra, que era parte de la capa, cubría su cabeza y caía sobre su rostro, ocultando la mayor parte de sus facciones.

Steve Clark sintió que su cabello se le erizaba en la nuca mientras observaba al visitante.

Smith dio a su voz un tono de cortesía:

—¿Puedo hacer algo por ustedes? —preguntó.

—Sí, por cierto —dijo la extraña figura de negro, permitiendo entonces una rápida visión de una blanca dentadura contrastando con el sombrío rostro. No pudo concretar el aspecto de aquel rostro. Nada podía ver, de hecho, salvo el brillo de los dientes cuando el otro hablaba y el ocasional y amortiguado reflejo que la luz imprimía sobre los ojos del visitante.

Los dientes relampaguearon de nuevo.

—Deseo un condensador de tiempo —dijo.

Andy Smith se las arregló para contener un gesto de asombro, pero su cara había palidecido cuando contestó.

—No vendemos piezas —dijo.

—No... —dijo el enlutado, y aquella sola palabra sonó más a amenaza que a pregunta.

—No se puede —explicó Smith—. La Compañía de Viajes en el Tiempo posee

las únicas máquinas del tiempo en existencia. Operan bajo estricta supervisión gubernamental. Nadie más puede poseer una máquina del tiempo. Obviamente, las únicas de las que se podrían separar fragmentos serían las nuestras.

—¿Pero poseen ustedes condensadores extra?

—Sí, varios —admitió Smith—. Con frecuencia tenemos necesidad de recambios. Es peligroso adentrarse en el tiempo con un condensador deficiente.

—Sé eso —replicó el otro—. Contrariamente a lo que usted pueda creer, hay por lo menos una máquina del tiempo que no pertenece a su compañía. Yo poseo esa máquina.

Algo parecido a una risa burlona brotó de sus labios.

—De forma bastante curiosa, resulta que la obtuve de su propia compañía. Hace muchos años. He venido para llevarme un condensador —dijo el hombre. El extraño apéndice de alguna clase de arma asomó por entre los pliegues de la capa—. Puedo llevármela por la fuerza si fuera necesario. Pero preferiría lo contrario. Si usted se brinda a cooperar, estoy dispuesto a pagar el artículo.

Se acercó más al escritorio. Una mano emergió de la capa, fue visible apenas un instante y después desapareció. La mano había dejado varios objetos pequeños y redondos encima de la mesa, objetos que parecían moverse en agitados colores bajo la luz de la lámpara.

—Piedras marcianas —dijo la blanca dentadura—. No son las robadas esta tarde. No hay forma de identificarlas. Pero son piedras marcianas. Valen una fortuna.

Steve Clark contempló las piedras con el cerebro completamente aturdido.

¡Piedras marcianas! Las contó. ¡Había diez! Al instante supo quién era el visitante, y supo también que el mito de los Centaurianos era cierto. Pues había alcanzado a vislumbrar la mano durante el rápido instante en que dejara las piedras sobre la mesa. Una mano escamosa, como la pata de un reptil. Y el ruido de los pies de aquel ser cuando se movía era semejante al de pezuñas claveteadas.

A través de su confusa mente llegó de nuevo la voz.

—Ahora supongo que puedo coger un condensador y llevármelo. Dejaré las piedras aquí, por supuesto.

Smith vaciló.

La boca del arma se movió imperativamente, con impaciencia.

—De lo contrario —dijo la fría voz—, le mataré y me llevaré de todos modos el condensador.

Smith se levantó y caminó mecánicamente hasta un armario. Steve Clark oyó el chasquido de una llave mientras su amigo abría la puerta para coger el condensador.

Pero siguió contemplando las piedras.

Ahora sabía por qué la policía jamás había localizado el escondrijo de los Centaurianos. ¡No existía tal escondrijo! Eran bandidos que se desplazaban en el

tiempo. Tenían ante sí toda la perspectiva del tiempo y el espacio, al servicio de sus operaciones. Podían saquear un día las minas de la Reina de Saba y al siguiente trasladar aquellos tesoros a un futuro muy lejano, unos tesoros imposibles de imaginar.

—Hábil —dijo—. Condenadamente hábil.

Andy Smith estaba en pie junto a él, contemplando las piedras. Estaban solos en la sala.

—¿Les diste el condensador? —preguntó Clark.

Smith asintió, humedeciéndose los labios.

—No podía hacer otra cosa, Steve.

Clark se aproximó a las piedras.

—¿Qué pasará con esto, Andy?

—Estaba pensando —dijo Smith— que no podemos decírselo a nadie de aquí... ni a nadie más. Nos interrogarían sobre cómo las obtuvimos. Nos meterían en chirona. Probablemente, antes de acabar con ello demostrarían que los robamos y nos mandarían a las minas lunares.

—Hay una solución —sugirió Clark. Movió la *cabeza hacia* el hangar en que se alineaban las máquinas del tiempo.

Smith se humedeció los labios otra vez.

—Ya he pensado en eso —dijo—. A fin de cuentas, esos tipos robaron en cierta ocasión una máquina de la compañía. Probablemente, la compañía no informó jamás de la pérdida. Temerosa quizás de lo que el gobierno pudiera hacer.

El silencio pesaba como una amenaza sobre la sala.

—Éstos eran los Centaurianos, ¿no? —preguntó Andy Smith.

Clark asintió. Luego, aguardó.

—La compañía me expulsará por eso —dijo Smith amargamente—. Después de diez años de trabajar en ella.

Un ruido de pasos se escuchó procedente del pasillo exterior.

La mano de Clark se lanzó sobre las piedras y las ocultó.

—Que nadie nos encuentre con esto —susurró—. Escabullámonos en el hangar.

Rápidamente, ambos se dirigieron hacia la puerta de la sombría sala. Agazapados bajo el ala de una de las máquinas del tiempo vieron que algunas siluetas penetraban en la sala que acababan de dejar. Siluetas con uniforme de policía.

El policía se plantó en el centro de la sala, inmóvil y oteando.

—¿Hay alguien aquí? —dijo uno de ellos en voz alta.

El silencio se hizo más pesado todavía.

—¿A qué crees que se refería aquel tipo, al contarnos que había visto salir de aquí ciertos pájaros de pinta grotesca? —preguntó uno de los otros dos.

—Miremos en el hangar —dijo uno de los policías. Alzó una linterna y un rayo

de luz rasgó las densas tinieblas, rozando a los dos hombres acucillados bajo el ala de la máquina del tiempo.

Clark sintió que Smith tiraba con fuerza de él.

—Vamos a salir de aquí —susurró Smith en el oído del otro.

Clark asintió en la oscuridad. Y sabía que sólo había una forma de salir de allí.

Juntos, se deslizaron por la puerta de la máquina del tiempo.

—Allá vamos —dijo Smith—. Somos delincuentes ahora, Steve.

La máquina despegó a través de la esclusa súbitamente abierta.

El mecanismo del tiempo zumbó y los dos hombres, uno con las piedras en el bolsillo, se adentraron en el área de lo temporal.

Capítulo tercero

TESORO ANACRÓNICO

El Viejo Tuerto estaba peleando en su última batalla. Su gran hacha de piedra yacía fuera de su alcance, el mango roto, tras haber sido arrancada de su mano por el empujón recibido del soberbio felino. Su cuerpo estaba magullado y en uno de sus hombros había una profunda herida de la que un reguero carmesí resbalaba hasta su velludo pecho.

Huir era inútil. El Tuerto sabía que no podía ganar distancia al Diente de Sable. Sólo podía hacer una cosa: quedarse y luchar. Así, con los hombros arqueados y las manos listas para entrar en acción y su único ojo brillando perversamente, el hombre neandertalense se encaró con el felino.

El animal resopló, enroscando la cola, encogiéndose y disponiéndose a saltar. Sus largos y curvos colmillos cortaron el aire con rabia.

El Tuerto no se engañaba acerca de lo que iba a ocurrir. Había matado muchos dientes de sable en su vida. En compañía de otros de su mismo rango, había afrontado la carga del gran oso de las cavernas. Había asaltado y derribado al colosal mamut. En otro tiempo, el Tuerto había sido un gran cazador, un guerrero invencible. Pero ahora se encontraba en el declinar de su vida. Era un hombre con las manos desnudas frente a la dentadura y las zarpas de un tigre diente-de-sable. El Tuerto sabía que iba a perecer.

Un seco crujido se escuchó a espaldas del felino y el diente de sable se volvió rápidamente, dispuesto a afrontar este nuevo peligro venido de atrás. El Tuerto se enderezó y quedó a la expectativa.

Conrad Yancey, en pie al borde del matorral, alzó lentamente su rifle.

—Considero que esto ha ido demasiado lejos —dijo—. Un hombre tiene que velar por los intereses de su propia especie.

Sorprendido, los bufidos del gran felino se convirtieron en una manifestación de odio y miedo.

Yancey ajustó el punto de mira contra la fea cabeza y apretó el disparador. El diente de sable dio un salto en el aire, bramando de rabia y terror. El rifle disparó de nuevo y el felino quedó tieso, reculando sobre sus patas traseras, cayendo hacia atrás, dando en el cuello y vomitando gruesos chorros de sangre.

Por encima del cuerpo de la bestia, el Tuerto y Yancey intercambiaron sendas miradas.

—Organizaste una pelea de miedo —dijo Yancey al neandertalense—. Te estoy viendo desde hace un rato. Suerte que estaba cerca para echarte una mano.

Petrificado por el terror, el Tuerto permaneció inmóvil, observando fijamente. Las

aletas de su nariz se agitaron mientras olisqueaba los extraños olores, que venían con el extraño, y su lanza resplandeciente. La lanza, cuando habló con aquella voz de trueno, había difundido también su propio olor, un olor que aturdió la sensible nariz del Tuerto y también su garganta, obligándolo casi a toser.

Yancey avanzó lentamente un paso de tanteo hacia el neandertalense. Pero cuando la criatura se dispuso como para huir, aquél se detuvo en seco y quedó quieto, casi sin respirar.

Yancey advirtió que el ojo izquierdo del neandertalense había sido arrancado por el inconfundible empellón de una garra. Profundos rasguños y una tortuosa malformación en la zona que quedaba sobre el pómulo le indicaron que se había entablado una terrible batalla en el yermo.

De poca estatura y visiblemente encorvado, el neandertalense era un modelo de fuerza desmañada. Su cabeza, echada hacia delante, formaba ángulo con los hombros. El cuello era grueso como un árbol. Los brazos, muy largos, le colgaban casi hasta las rodillas de las arqueadas piernas y todo su cuerpo aparecía completamente cubierto de pelo. Sus espesas y enormes cejas estaban blanqueadas como si fueran de nieve y por algunas zonas de la densa capa de pelo que cubría al hombre se veía la huella del gris y el blanco.

—Un macho cabrío viejo —dijo Yancey, medio para sí mismo—. Ya en declive. Algún día será demasiado lento y un felino lo liquidará.

Conrad Yancey dio otro paso hacia delante y esta vez, erizándose con terror, el neandertalense se dio la vuelta con un extraño y ahogado aullido de miedo, y corrió colina abajo hasta sumergirse en un denso matorral.

De vuelta al campamento del tractor de tiempo, Yancey contó la historia de la batalla entre el hombre de las cavernas y el felino, cómo la presencié y cómo, finalmente, tuvo que entrometerse para salvar la vida del hombre.

Pero también los otros traían sus relatos. Cabot y Cameron, adentrándose juntos unas cuantas millas hacia el este, habían recibido la carga de un mamut irritado, habiéndolo detenido sólo tras haberle empotrado cuatro proyectiles de grueso calibre. Pascal, que se había quedado en el tractor, había espantado a un oso de las cavernas e informó que un grupo de cinco lobos furtivos había patrullado por el campamento durante toda la tarde. Había matado a dos y el resto había podido escapar, dispersándose.

Era aquélla una tierra llena de caza abundante; una tierra donde regía la única ley de la garra y el colmillo, donde los grandes animales hacían de los pequeños sus presas y, en réplica, servían de presa a otros animales más grandes aún. Una tierra sin habitabilidad humana, donde los escasos neandertalenses que se veían tenían que refugiarse en profundas y oscuras cuevas. Una tierra sin principios humanos y exenta

de la apaciguadora mano de la civilización.

Pero también, en aquel primitivo yermo que más tarde sería las Islas Británicas, existía la caza más grande que jamás vieran Yancey y Cabot. Dispararon en defensa propia más a menudo de lo que lo hicieron para procurarse caza. Descubrieron que un oso de las cavernas necesitaba más plomo dentro que un elefante, que el diente de sable no era tan difícil de matar como pudiera haberse pensado, y que sólo la impecable puntería y los proyectiles más gruesos podían derribar al mamut.

El chisporroteante fuego de campaña, iluminando la grisácea y sombreada masa del tractor de tiempo, era la única evidencia de vida civilizada en aquel sombrío mundo, mientras una luna de sangre se elevaba sobre el horizonte del oriente, derramándose sobre una tierra que gruñía y bramaba, temblaba y lloriqueaba, cazaba y era cazada.

Cuando se levantó a la mañana siguiente, Yancey vio que el Tuerto estaba espiando en el límite del campamento. Apenas había alcanzado a vislumbrar al personaje anciano, acurrucado en un matorral, acechando el campamento con su único ojo. Desapareció tan rápidamente, tan en silencio, que Yancey parpadeó, creyendo a duras penas que se había marchado.

Aquel día, Yancey y Cabot le vieron varias veces en la campiña, siempre acechando y en actitud de espía.

—Tal vez —sugirió Cabot— esté reuniendo el coraje necesario para venir y agradecerme el haberle salvado la vida.

Yancey gruñó.

—Mierda, tuve que hacerlo, Jack —dijo—. No es más que un animal, pero, sin embargo, es un hombre. Tenemos que congeniar con nuestra propia especie en un lugar como éste. Se portó muy valientemente el viejo tunante. Estaba allí, listo para batirse con aquel felino con las manos desnudas.

De vuelta al campamento, Pascal opinó científicamente.

—Es sólo curiosidad natural —dijo—. El primer destello de inteligencia. Estará imaginándose cosas, si puede. Con su cerebro de limitado poder, el viejo tipo está haciendo un duro esfuerzo mental.

—Quizá te haya reconocido como uno de sus descendientes. Bisnieto de la centésima generación tal vez —se burló Cameron.

—La raza Neandertal no es antepasada del hombre —protestó Pascal—. Se extinguió o fue extinguida por la de Cromagnon que vendrá al cabo de diez o veinte mil años. Los neandertaloides fueron sólo una clase de callejón sin salida. Un experimento que no salió bien.

—No obstante, parecen jodidamente humanos —protestó Yancey.

El Tuerto se convirtió en un accesorio del campamento. Acechaba en torno al tractor, siguiendo a Yancey cuando éste salía. Poco a poco aumentó su osadía. Se

dejaba comida donde pudiera encontrarla y la trasladaba hasta los matorrales. Más tarde dejó de molestarse en trasladarla. Ante la mirada de los cazadores, se sentaba sobre sus ancas, la cogía, la desgarraba, resoplando suavemente, masticaba grandes y sangrientos bocados de carne.

Vagaba en torno al campamento como un perro, al parecer complacido con la vida fácil que había encontrado. Se aproximaba desde los matorrales que rodeaban el campamento, se sentaba justo fuera del círculo de luz de la fogata y aguardaba los pedazos de comida que se le arrojaban.

Al final, aparentemente convencido de que nada tenía que temer de aquellas extrañas criaturas, se adentró en la zona de la fogata, se sentó con los hombres, parpadeó ante las llamas y chapurreaba con excitación.

—Tal vez posea un lenguaje —dijo Pascal—, pero si lo tiene debe ser muy primitivo. Como mucho, no más de una docena de palabras.

Le gustaba rascarse la espalda y gruñía como un perro contento. Siempre pedía terrones de azúcar.

—Es como un animal doméstico —dijo Cameron.

Pero Yancey negó con la cabeza.

—Algo más que un animal, Hugh —dijo.

Pues entre Yancey y el viejo neandertalense se había establecido algo cercano a la camaradería. Cuando el viejo Tuerto traspasaba el círculo del campamento, se sentaba siempre junto a Yancey. Y su parloteo se dirigía también a Yancey cuando aquél lo manifestaba. Durante los días en que acechaba los pasos de Yancey como una sombra, a veces aparecía abiertamente para reunírsele, tambaleándose con su torpe caminar.

Una noche Yancey le dio un cuchillo, medio preguntándose si el Tuerto sabría lo que era. Pero el Tuerto, en aquel excepcional pedazo de metal pulido, reconoció algo parecido al hacha manual que él y su gente usaban para desollar los animales que mataban.

Dando vueltas al cuchillo una y otra vez, el Tuerto babeó con evidente alegría. Chapurreó con excitación a Yancey, poniendo sobre el hombro de éste una amable zarpa. Luego, levantándose, salió del campamento y se adentró en la oscuridad. En su marcha no produjo ni el ruido de una rama que se rompe.

Yancey se frotó los ojos.

—Me pregunto para qué se habrá levantado el viejo loco —dijo.

—Habrá ido a probar su nuevo cuchillo —sugirió Cabot—. Una cosa así pide a gritos rebanar una garganta.

Yancey escuchó el gemido del diente de sable en la maleza a una distancia relativamente corta, y el bramido del mamut junto al río.

Sacudió la cabeza lúgubrementemente.

—Espero que se ande con tiento —dijo—. Se está haciendo viejo. Ese diente de sable puede acabar con él.

Pero al cabo de quince minutos, el Tuerto estaba de vuelta. Penetró en el círculo de la fogata tan cautelosamente que los hombres no advirtieron su proximidad.

Mirando por encima del hombro, Yancey le vio en pie tras él. El Tuerto esgrimía en alto su puño cerrado, pero en el puño había algo que brilló reflejando la luz de la fogata.

Pascal contuvo la respiración.

—Te ha traído algo —dijo a Yancey—. Algo a cambio del cuchillo. Nunca lo habría creído. El principio del trueque.

Yancey se levantó y tendió la mano. El Tuerto depositó en ella el objeto brillante. Vividas llamas brotaron, hiriendo los ojos de Yancey.

Era una piedra. Yancey le dio vueltas con los dedos y vio que en su centro moraba un corazón de llamas de helado azul, mientras que de sus diversas caras brotaban colores de esplendorosa belleza. Cabot estaba junto a él, mirando.

—¿Qué es, Yancey? —musitó.

Yancey casi sollozó.

—Es un diamante —dijo—. Un diamante tan grande como mi puño.

—Pero está tallado —replicó Cabot—. No es una piedra extraída en bruto. ¡Ha sido tallada por un joyero!

Yancey asintió.

—Pues bien: ¿qué hará un diamante tallado en la Edad de Piedra? —preguntó.

Capítulo cuarto

RADIODIFUSIÓN EN EL TIEMPO

El Tuerto señaló hacia la boca de una cueva y chapurreó violentamente a Yancey. El cazador palmeó el hombro del otro y el Tuerto bailoteó de alegría.

—Ésta debe ser —dijo Yancey.

—Así lo espero —dijo Cameron—. Ha costado mucho tiempo hacerle comprender lo que queríamos. Yo mismo aún no acabo de entender cómo lo hicimos.

Cabot sacudió la cabeza.

—Tampoco yo entiendo ni gorda —confesó—. Un neandertalense extrayendo diamantes tallados. Y diamantes tan grandes como el puño de un hombre.

—Bueno, bajemos y veámoslo por nosotros mismos —sugirió Yancey.

El Tuerto precedió la marcha por la escalonada y deslizante entrada de la cueva, que abría a una caverna escasamente iluminada, repleta de una suerte de diminutos destellos que se filtraban desde la boca de la cueva hasta el suelo llano, situado más arriba.

Cabot encendió una linterna y gritó excitadamente.

Amontonadas sobre el piso de la caverna, apiladas contra las rocosas paredes hasta muy arriba, había infinidad de joyas que relampagueaban y parpadeaban a la luz de la linterna.

—¡Helo aquí! —gritó Cameron.

Pascal, de rodillas frente al montón de joyas, hundió sus manos en ellas, alzó un puñado y luego las dejó caer. En la caída, llenaron la caverna de leves murmullos.

Cabot recorrió la cueva con la luz. Vieron pilas de joyas; limpios amontonamientos de lingotes de oro, acabados de fundir aparentemente; barras de iridio de blanco plateado; de platino argentado; cofres de bronce y cobre trabajado; bolsas de piel de cabra llenas de genuinas pepitas de oro.

Yancey extendió una mano y se apoyó debilitado contra la pared.

—Dios mío —murmuró—. ¡Aquí hay el precio de un imperio!

—Pero —dijo Pascal, lenta y calmadamente, aunque su rostro, repetidamente iluminado por la linterna de Cabot, estaba torcido por el descreimiento— ¿cómo ha venido todo esto aquí? Éste es un mundo primitivo. El arte de la orfebrería y la joyería son desconocidos aquí.

La voz de Cameron vino fríamente de la oscuridad.

—Tiene que haber una explicación. Alguna razón. Alguna civilización anterior. Algún depósito de esa civilización.

—No —le dijo Pascal—, imposible. Mira esas barras de oro. Nuevas. Fundidas recientemente. Sin ningún signo de antigüedad. Y el platino... es un descubrimiento

relativamente reciente. El iridio es más reciente todavía.

La voz de Cabot explayó un deje de fría orden.

—Podemos discutir sobre cómo vino a parar aquí una vez lo hayamos sacado de este sitio —dijo—. Pascal, tú y Hugh id y traed el tractor. Yancey y yo subiremos esto a la superficie ahora mismo.

Yancey subió con esfuerzo la entrada de la cueva. Alcanzada la superficie, deslizó el saco de joyas de su hombro y se secó la frente.

—Qué trabajo —dijo a Cameron.

Cameron asintió.

—Pero ya casi está terminado —se alivió—. Unas cuantas horas más y habremos cargado el último lote en el tractor. Luego nos iremos de aquí.

Yancey asintió.

—No me siento demasiado seguro —admitió—. Alguien ocultó todo esto en la cueva. Cómo se hizo es algo de lo que no tengo la más remota idea. Pero tengo cierta sensación de que no se nos tratará muy amablemente si somos atrapados.

Pascal salió de la cueva y dejó caer una barra de oro de su hombro.

Se limpió la frente con una manga de la camisa.

—Voy al tractor a beber agua antes de cargar de nuevo —dijo.

Yancey se detuvo para recoger su saco de yute. El grito de Pascal retumbó.

En la ladera que había bajo el tractor no había hasta aquel momento más que unos cuantos pedrejones esparcidos y árboles.

Ahora había allí una máquina, una grotesca máquina de metal negro, de perfiles definidos, alas en forma de cañón, que sugería una especie de aeroplano. Cuando Yancey lo avistó por vez primera, le pareció algo confuso, imperfecto, como si lo estuviera viendo a través de una cortina de humo. Luego, fue haciéndose más claro, más perfilado.

Como una bofetada le vino la certeza de que allí estaba la respuesta a los vagos temores que había sentido. Allí debían estar los propietarios del tesoro.

Su mano bajó veloz hasta su muslo y la pistola emergió de la funda.

En la extraña máquina, una puerta comenzaba a abrirse y por ella descendió un hombre, aunque no del todo un hombre. La criatura tenía una larga cola y estaba cubierta de escamas. Cuernos retorcidos, de unas tres pulgadas de altura, brotaban de su frente.

El recién llegado portaba algo en la mano, algo parecido a una pistola, pero no una pistola como las que Yancey viera con anterioridad. Vio cómo el arma estaba dirigida hacia él y su 45 estalló en su mano. Mientras la llama brotaba de su pistola, vio el 45 de Cameron empuñado y luego escuchó el segundo disparo de su propia arma, seguido por el ruido mortal de un percutor que se amartillaba.

El primero de los hombres escamosos estaba en tierra. Pero los otros surgían ya de la extraña maquinaria.

La pistola de Cameron ladró y una vez más sintió Yancey la confortante dureza de la culata del 45 contra la palma de su mano, advirtiéndole lejanamente que había apretado el gatillo.

De una de las pistolas de los hombres con escamas brotó un haz de llama purpúrea. Yancey experimentó su ardiente contacto pasando muy cerca de su mejilla.

Pascal estaba ante el tractor del tiempo, tendido, inerte, como un saco vacío. Sobre él estaba Cabot, disparando su arma. Otra de aquellas llamaradas purpúreas apareció, alcanzando un pedrejón junto a Yancey. El pedrejón enrojeció a causa de la súbita subida de temperatura, comenzando a resquebrajarse.

A rápidos y amplios saltos, Yancey descendió la pendiente, yendo a caer junto a Pascal. Zarandó al viejo científico por el hombro y luego lo dejó en tierra. Mientras se enderezaba, contempló la extraña máquina en la que habían llegado los hombres con escamas. A través de la puerta abierta logró ver la masa de la maquinaria, con bancos de resplandecientes tubos.

Entonces, la máquina produjo una explosión semejante al trueno. La parte trasera pareció borrarse de la existencia. Durante un rápido segundo miró hacia arriba y vio en la cara de Cabot una maligna sonrisa de triunfo, y supo que había disparado y alcanzado la máquina de los hombres con escamas.

El suelo pareció agitarse bajo los pies de Yancey. Con esfuerzo sobrehumano caminó hacia la puerta del tractor del tiempo, llevando consigo a Pascal. Unas manos se tendieron para ayudarla, cayendo en el interior.

Lentamente se aclaró su cerebro. Estaba sentado en el piso del tractor. Junto a él yacía Pascal y veía ahora que el científico estaba muerto. Su pecho había sido carbonizado por uno de los haces de llama púrpura.

Cabot accionó el mecanismo de cierre de la puerta y penetró en la habitación.

—¿Qué eran, Jack? —preguntó Yancey, aún con la cabeza confusa.

Cabot sacudió la cabeza con gesto de cansancio.

—¿No los reconociste? —preguntó Cameron—. Cuernos, pezuñas, rabos. Hemos visto hoy al diablo en persona. Son los que originaron las viejas leyendas sobre el demonio.

Yancey se puso en pie y observó a Pascal.

—A éste le ha ido peor —susurró—. Era un tipo regular.

Cameron asintió, sintiéndose torpe.

Cabot habló desde una portilla.

—Esos diablos subieron del infierno para algo —dijo—. Seguramente estarán aguardando ahora para darnos de tizonazos.

Se volvió a Cameron.

—¿Puedes sacarnos de aquí, Hugh?

Cameron consideró la cuestión.

—Probablemente puedo —dijo—, pero preferiría no hacerlo por ahora. Creo que aquí estamos a salvo, al menos por un rato. Ese cerebro de tiempo es una red muy delicada. Sé su funcionamiento y con el tiempo podría descifrarlo, de manera que puedo hacer una prueba. Dadme una oportunidad.

Se acercó hasta el aparato del cerebro-tiempo y asió el interruptor. El cerebro brilló con una extraña luz verde.

—Aquello que vimos era sin duda una máquina del tiempo —dijo Yancey—. Otra máquina del tiempo explicaría el tesoro acumulado. Apostaría a que esos pájaros lo han ido robando a través del tiempo y lo han estado trayendo hasta aquí para esconderlo. Muy ingenioso.

—Y aterrizaron en un tiempo posterior para depositar algún botín y descubrieron que faltaba. Entonces retrocedieron en el tiempo para ver qué es lo que andaba mal —continuó Cabot.

Cameron se golpeó el muslo con fuerza.

—Escuchad —dijo—. Si eso es cierto, significa que los viajes en el tiempo son cosa conocida en el futuro. Tenemos que llegar hasta allí. Esos fulanos deben ser fugitivos de la ley. Si es así, podríamos recibir alguna ayuda.

—Pero ¿cómo llegaremos al futuro? —preguntó Cabot—. ¿Cómo se sabrá que necesitamos ayuda?

—Es sólo una alternativa —dijo Cameron—. Una mera alternativa. Si no da resultado, siempre puedo intentar el regreso al siglo veinte, aunque tenemos una oportunidad entre diez. Puedo matar a todos intentándolo.

—Pero ¿cómo? —insistió Cabot.

—Pascal dijo que la «fuerza de tiempo», o lo que sea que genere el cerebro, es similar a la electricidad. Aunque con diferencias. Esas diferencias son importantes. No las conozco, no lo bastante todavía. El mecanismo del tiempo corre por la fuerza generada por el cerebro, aunque gozamos de electricidad regular para la operatividad del tractor.

Cameron meditó.

—Me pregunto —murmuró— si la fuerza de tiempo será tan parecida a la electricidad como para operar en la radio.

—¿Qué diferencia, habría? —dijo Yancey.

—Podríamos radiotransmitir en el tiempo —propuso Cameron.

—Pero ese cerebro genera muy poca fuerza —protestó Yancey.

—Quizá no necesitemos mucha —dijo Cameron—. Es sólo un palo ciego, un riesgo que corremos...

—Suena plausible —aceptó Yancey—, demos entonces un buen palo.

Cameron desconectó el mecanismo del cerebro y con extensiones de alambre conectó la radio al mecanismo. Luego volvió a conectar el cerebro. El aparato emisor zumbó con fuerza.

—Mejor comenzar cuanto antes —dijo Cabot—. Esos tipos de allí están empezando a bombardearnos. Están lanzando ese fuego púrpura contra el tractor.

La voz de Cameron resonó por el micrófono.

—S.O.S... S.O.S... expedición de viajeros del tiempo encallada en valle del Támesis, junto a la localidad de Aylesford, aproximadamente a setenta mil años antes del siglo veinte. Atacados por seres que recuerdan a los diablos de la mitología. S.O.S... S.O.S... expedición de viajeros del tiempo encallada en el valle del Támesis...

La voz de Cameron fue emitida una y otra vez.

Yancey y Cabot miraban más allá de las portillas.

Los diablos-hombres habían formado un anillo en torno al tractor, lanzando rayos púrpura contra la máquina. Permanecían inmóviles, como estatuas, sin la menor traza de emoción en sus facciones.

El tractor comenzaba a caldearse. El aire se hacía cálido y el metal quemaba ya al tacto.

El interior del tractor relampagueó súbitamente con un verde inicio de llama.

Yancey y Cabot se dieron la vuelta.

El mecanismo del cerebro era una masa de metales retorcidos.

—Ha reventado —dijo Cabot—. Debe ser algo que poseen los rayos púrpura. Si no da resultado la radioemisión, éste es nuestro fin. No podemos poner en marcha el mecanismo del tiempo sin el cerebro.

—¡Allí! —gritó Cabot desde una portilla.

Cameron y Yancey corrieron junto a él.

Balanceándose y descendiendo hacia el tractor se veía una nave negra, una reproducción exacta de la máquina del tiempo de los diablos-hombres.

Como amenazante meteoro, el negro artefacto cayó. De su morro brotaron relámpagos de fuego verde y vividos rayos luminosos detonaron entre los diablos-hombres.

Aterrorizados, éstos corrieron fuera de su alcance, pero los rayos les persiguieron, les alcanzaron y les achicharraron reduciéndoles a cenizas.

—¡Una nave del futuro! —tartamudeó Yancey—. ¡Nuestra radio funcionó!

Capítulo quinto

CAZADORES DE EMOCIONES

Andy Smith habló apresuradamente.

—Hay sólo una cosa —dijo—. No podemos volver al siglo cincuenta y seis. Steve y yo robamos esta máquina del tiempo. Fue una suerte para ustedes que lo hiciéramos, porque al parecer nadie más captó su emisión radiofónica. Pero si fuéramos capturados nos pasaríamos la vida en Mercurio, en trabajos forzados. Nuestra máquina es la segunda que se roba. La primera es aquélla.

Señaló con la cabeza la máquina de los hombres-diablos, aplastada sobre la ladera de la colina.

—Mierda —dijo Yancey—, ¿qué estamos parlotando? Nosotros tenemos una máquina que nos llevará a través del tiempo y del espacio. A cualquier lugar que queramos ir. Hay sitio de sobra para todos nosotros. La nave ha cargado el tesoro. Sólo nos queda decidir dónde ir. ¿Por qué no nos desplazamos por ahí y nos detenemos donde las cosas nos gusten más? Como esos Centaurianos. Por mi parte, poco me importa regresar o no al siglo veinte. No tengo a nadie que me espere.

—Yo sólo tengo una tía, vieja y soltera —dijo Cabot—. Y no creo que espere mucho de mí. Según ella, tendría que sentar cabeza y ganar más y más dinero... para añadirlo a la fortuna familiar. Lo de la caza le parecía cosa de imbéciles.

Los cuatro miraron a Cameron. Éste sonrió.

—Me gustaría saber algo de lo que los siguientes dos o tres centenares de miles de años aportarán a la ciencia —admitió—. Quizá pueda aprender algo. Desnatar la crema de la ciencia mundial. Probablemente podríamos incorporar cantidad de ideas a los vuelos en el tiempo.

—Creo que nosotros sabemos un poco más sobre ese cerebro del tiempo —dijo Smith—. Pero no puedo entenderlo. Las cinco sextas partes no se parecen en nada a eso. Nuestras máquinas funcionan sobre bases completamente diferentes.

Quedaron en silencio durante un rato. Desde el río se escuchó el bramido del mamut.

—¡Eh! —preguntó Yancey—, ¿ha visto alguien al Tuerto?

—No —dijo Cameron—. Debe haber oído el ruido cuando comenzaron los disparos.

—A propósito —preguntó Steve Clark—, ¿qué van a hacer con el cadáver de Pascal?

—Dejarlo aquí —sugirió Yancey—. En el tractor. Aunque caviláramos un millón de años no encontraríamos mejor lugar para su sepelio. Cerraremos la puerta y lo dejaremos allí. Con su cerebro del tiempo. Nadie más construirá otro. Todo estaba en

la cabeza de Pascal. No había notas, nada. Sólo su cabeza. Me dijo que pensaba escribir un libro cuando lo perfeccionara y acabase todo. No podemos devolver el cuerpo al siglo veinte y entregarlo a las autoridades. Porque nadie nos creería. Nos meterían entre rejas.

—Podemos devolverlo y dejarlo en cualquier lugar de su pertenencia para que alguno lo encuentre —sugirió Cabot.

Yancey negó con la cabeza.

—Eso sería absurdo. Sería despertar sospechas inútilmente. Una autopsia, una investigación, y Scotland Yard medio majara en medio de un nuevo misterio. Pascal habría preferido quedarse aquí.

—Soy partidario de eso —dijo Cameron.

—Dejémoslo así, pues —dijo Smith, poniéndose en pie—. ¿Cuándo nos ponemos en marcha, entonces? Tenemos infinidad de lugares adonde ir.

Clark rió.

—¿Sabéis? —dijo, agitando una mano y señalando el destrozado volador en el tiempo—, me alegro en cantidad por el giro que tomaron los planes de esos Centaurianos. Durante quinientos años, esos gangsters con rabo se pasearon por donde les dio la gana y robaron lo que les parecía digno de llevarse. Luego retrocedían hasta la prehistoria para ocultar el botín. Y al final todo quedó en que cinco terrestres tendrán que acostumbrarse a administrar toda una vida vagando por el tiempo.

Andy Smith pareció meditar.

—Pero —dijo— los Centaurianos tienen que haber robado para algo. Debían tener algún plan. Tenían acumulados millones en su tesoro. ¿Por qué razón? Imagino que no sólo por amor al arte. No sólo para contemplar sus riquezas. Ni tampoco por las emociones corridas. ¿Qué querrían hacer con todo ello?

—Ésa —dijo Cameron— es una pregunta que jamás tendrá respuesta.

El viejo Tuerto se sentó en el interior del tractor de tiempo.

Fuera estaba nevando, pero el tractor constituía un excelente refugio y el Tuerto estaba bien abrigado con pieles. A un lado del tractor había almacenado buena cantidad de alimento.

Cubierto hasta las orejas con una gran piel de mastodonte, el Tuerto cabeceaba de sueño. La vida era agradable para el neandertalense. Agradable y llevadera. Pues la tribu que se había desplazado hasta el valle y lo había encontrado habitando en la cueva resplandeciente le había tomado por un dios. En consecuencia, le llevaron pieles y comida, armas y otras ofrendas, dones que aplacaran su cólera y accedieran a su favor. Pues ¿quién se atrevería a dudar que nadie, excepto un dios, viviría en una cueva que resplandecía bajo los rayos del sol, una cueva hecha a base de piedras

duras y blandas, hermosamente conformadas, una cueva que no tenía corrientes de aire y era un seguro contra el ataque de cualquier bestia salvaje?

El Tuerto, dormitando, lejanamente recordó el día en que, curiosa y despreocupadamente, se puso a zangolotear la manija de la puerta del tractor, la manija cedió a la presión de su mano y la puerta quedó grácilmente abierta.

Desde entonces, el tractor se convirtió en la cueva del Tuerto. Dentro de él había vivido muchos veranos y atravesado muchas nevadas. Y en su interior viviría el resto de su vida.

El Tuerto recordaba a los extraños amigos que habían llegado hasta él en la cueva resplandeciente. Hacía mucho tiempo que se habían marchado. Y el Tuerto les echaba de menos. Vagamente, sentía soledad; muchas veces había deseado que pudieran regresar.

El viejo neandertalense emitió algo parecido a un suspiro rudimentario. Quizá volvieran algún día. Mientras tanto, se mantendría cerca y vigilaría celosamente, manteniendo el debido respeto a uno de ellos que se había quedado allí, aquel cuyos huesos permanecían netamente dispuestos en una esquina del tractor.

Pero ellos habían recordado al Tuerto antes de su partida. De esto estaba seguro el mismo Tuerto. De lo contrario, ¿habrían dejado, en el tractor, para que él la encontrara, la gran piedra resplandeciente que él les regalara años atrás a cambio de aquel afilado cuchillo?

El Tuerto babeó plácidamente ahora, en tanto contemplaba la piedra, relampagueando con su oculto fuego, inmóvil sobre la palma de su mano. El Tuerto no podía saber que la piedra había sido dejada accidentalmente en el tractor, pasada por alto por los hombres de los siglos veinte y cincuenta y seis, antes de que éstos emprendieran su excursión a través del tiempo. No sabiendo esto, el Tuerto la mantenía siempre la idea de que sus amigos habían dejado atrás una promesa... promesa de que algún día, quizá, volvieran y de nuevo se sentaran en torno al fuego, con él, y le dieran huesos que roer y le rascaran la espalda allí donde más le picaba.

En el exterior, el viento soplaba espantosamente y la nieve caía con renovada furia. Una ventisca soplaba sobre el valle del Támesis.

Pero el Tuerto, cubierto por sus pieles, confortable en su vejez, un dios para sus contemporáneos, jugaba con un diamante del tamaño del puño de un hombre, sin preocuparse del temporal.

RAY BRADBURY

CACHARRO

Doodad

Frente a la tienda había un discreto gentío.

Crowell se introdujo rápidamente en él, cabizbajo y lúgubre. Lanzó una mirada por encima de un hombre inclinado, murmuró para sí y se aprestó a introducirse todavía más en medio de la gente.

A unas cien yardas detrás de él, un coche de color negro brillante como un escarabajo ronroneaba junto al bordillo. Una puerta se abrió y el gordo con cara blanquigris saltó pesadamente al interior, atenazada su expresión en una mueca de odio. Dos guardaespaldas permanecían en el asiento delantero.

Gyp Crowell se preguntó por qué se había molestado en correr. Se sentía cansado. Cansado de procurarse noticias para el público todas las noches y de despertarse todas las mañanas con gangsters en su cama sólo por habersele ocurrido mencionar el hecho de que «un cierto tío gordo había estado haciendo algunos trapicheos deshonestos en Plásticos, S. A.».

Pues bien, allí estaba el gordo en persona. Aquel coche negro escarabajo había seguido a Crowell todo el camino desde Pasadena.

Crowell se perdió entre la gente. Se preguntó vagamente por qué había tanto revuelo en torno a la tienda. Ciertamente, era cosa poco acostumbrada, pero así ocurre con todo en el sur de California. Se introdujo en un círculo más adentrado, miró el gran cartel escarlata que había sobre la ventana de vidrios azules y volvió a mirarlo sin alterar para nada la expresión de su rostro magro y lúgubre.

El cartel de la tienda decía:

AVÍOS TRASTOS
ARTILUGIOS EFECTOS
OBJETOS
CACHIVACHES MINUCIAS
ÚTILES

Crowell se lo tomó con una calma glacial. De modo que éste era el lugar donde le había enviado el jefe. Valiente pérdida de tiempo. Deberían habérselo encargado a un periodista novato. Mierda.

Pensó entonces en Steve Bishop, el gordo de las pistolas y los matones. Cualquier puerto sirve en medio de la tormenta.

Crowell cogió un pequeño cartel con soporte grabado con algunos de aquellos nombres —hacelotodos, macatrunquis—, dándose cuenta de que Bishop no dispararía sobre él entre toda la gente acumulada. Claro que quizá tuviera su derecho a cepillárselo después de la amenaza de desenmascaramiento y el chantaje que el Chulo estaba haciéndole: imágenes tridimensionales en color...

Crowell se acercó a la puerta traslúcida de la tienda, la empujó y se coló dentro. Allí estaría a salvo, al tiempo que hacía su rutinario cometido noticiero.

El interior de la tienda estaba iluminado con brillante luz que caía a raudales

sobre una maquinaria de frío color blanquiazul. Crowell sintió un escalofrío. Contando diecisiete cajas de muestra, se puso a mirar su contenido al azar, observando desapasionadamente con sus ojos grises y sin brillo.

Un hombrecillo verdaderamente mínimo brotó de detrás de una caja de cristal azul. Era tan menudo y calvo que Crowell tuvo que reprimirse el deseo de darle unos golpecitos en la cabeza al estilo paternal. Aquella cabeza calva estaba hecha para darle golpecitos.

La cara del hombrecillo era más bien cuadrada, de un peculiar tono amarillento, como si hubiera envejecido de la misma forma que un periódico viejo.

—¿Sí? —dijo.

—Hola —dijo Crowell con tranquilidad, tomándose su tiempo. Ya que estaba allí tendría que decir algo. De modo que añadió:

—Quiero comprar un... útil. —Su voz sonó con la misma nota grave y cansada que reflejaba su rostro.

—Perfecto, perfecto —dijo el hombrecillo. Se frotó las manos—. No sé por qué, pero usted es mi primer cliente. Los demás se limitan a estarse ahí fuera y a reírse de mi tienda. Bien, ¿de qué año querrá el útil? ¿Y qué modelo?

Crowell no lo sabía. Sabía sólo de sorpresas, pero su rostro no lo manifestó. Había comenzado su petición como si lo supiera todo sobre aquello. Ahora no era momento de confesar su ignorancia. Hizo como que se lo pensaba y luego dijo:

—Creo que un modelo 1973 irá bien. No demasiado moderno.

El diminuto propietario parpadeó.

—Ah, ah. Veo que es usted un hombre que decide y escoge con precisión. Hágalo siempre así —y se paseó ante un anaquel para detenerse ante una gran caja de la que sacó... una cosa.

Podía tratarse de un cigüeñal y, sin embargo, recordaba un estante de cocina con varios aros colgando a lo largo de una banda metálica que soportaba tres accesorios en forma de cuerno y otros seis mecanismos que Crowell no fue capaz de reconocer, así como una especie de techumbre o cubierta tentacular que recordaba una enredadera a base de cordones de zapato amontonados en lo alto.

Crowell hizo un ruido gutural, como si se estuviera ahogando con un botón. A continuación volvió a mirar aquello. Decidió entonces que el hombrecillo era un idiota superlativo, pero su decisión permaneció circunscrita a lo interno de su tétrico cerebro.

En cuanto al pequeño propietario, éste permanecía en un completo éxtasis de felicidad, relampagueándole los ojos, separados sus labios en una cálida sonrisa, las manos cruzadas sobre el pecho, el tórax inclinado hacia delante, con gesto de expectación.

—¿Le gusta? —preguntó.

Crowell asintió gravemente.

—Ss-sí. Cl-claro, porque supongo que está del todo bien. Aunque he visto mejores modelos.

—¡Mejores! —exclamó el hombrecillo. Se enderezó—. ¿Dónde? —exigió—. ¡Dónde!

Crowell podía haberse sentido aturdido. Pero no ocurrió así. Se limitó a sacar su block de notas, garabateado, dejó caer la mirada sobre él y dijo críticamente:

—*Usted* sabe dónde —esperando que esto satisficiera al otro.

Y así fue.

—¡Oh! —se ruborizó el propietario—. Entonces, *usted* también lo sabe. Es maravilloso topar con un conocedor. Maravilloso.

Crowell echó una ojeada más allá de la ventana, más allá de la divertida congregación de gente. El gordo, sus guardaespaldas y el coche negro escarabajo habían desaparecido. De momento habían abandonado la caza.

Crowell metió su block de notas en el bolsillo y puso las manos sobre la caja que contenía el útil.

—Tengo mucha prisa. ¿Podría llevármelo? No llevo dinero encima, pero le pagaré con algo que vale la pena. ¿De acuerdo?

—Por supuesto.

—Muy bien —Crowell, con algún mal presentimiento, metió la mano en su arrugada y medio desabotonada camisa gris y extrajo un aparato metálico, un limpiapipas que había conocido mejores días. Estaba roto y doblado en una forma desconcertante—. Aquí lo tiene. Un efecto. Un efecto modelo 1944.

—Oh —exhaló desmayadamente el pequeñajo. Se quedó mirando a Crowell con horror—. ¡Pero si no es un efecto!

—Este... ¿no lo es?

—Pues claro que no.

—Hombre, a mí tampoco me lo parece —acordó Crowell con tiento.

—Como que es un artilugio —dijo el hombrecillo, parpadeando—. Y ni siquiera está entero. Le falta un trozo. Ah, usted y sus bromas, señor...

—Crowell. Sí, mis bromitas. Sí, sí. Espero no haberle molestado. ¿Hacemos, pues, el trato? Tengo mucha prisa.

—Claro, claro. Lo pondré en un carrito para que podamos trasladarlo hasta su coche. Un momento.

El hombrecillo se movió rápidamente y sacó de alguna parte un tablón con ruedas, encima del cual colocó el útil. Ayudó a Crowell a empujarlo hasta la puerta. Crowell se detuvo allí mismo.

—Espere un segundo. —Miró al exterior. El coche negro escarabajo no se veía por ninguna parte. Perfecto. Insuperable.

La voz del hombrecillo sonó con advertencia a sus espaldas.

—Una cosa, señor Crowell... por favor, no vaya matando por ahí a la gente con este útil. Sea... sea selecto. Sí, eso es, selecto y con criterio. ¿Lo hará, señor Crowell? Crowell se tragó un nudo de grueso calibre.

—Lo haré —dijo, y finalizó el cambalache con rapidez.

Abandonó el carril de velocidad moderada de la avenida que cruzaba el distrito Wilshire y torció hacia su casa en Brentwood. Nadie le seguía. De eso estaba seguro. Ignoraba cuales pudieran ser los planes de Bishop para las próximas horas. Los ignoraba, ciertamente. Y no le importaban. Estaba en medio de otro acceso de melancolía. Y en un mundo excéntrico y piojoso en el que todo quisque tenía que comportarse de la manera más deshonesta posible. Aquel baboso de Bishop, le iba a...

El bulto que había en el asiento de al lado llamó su atención. Lo contempló con una seca risa de escasa palpitación.

—De modo que eres un útil —dijo—. Bueno, cada uno con sus gilipolleces y trapazas. Bishop y sus plásticos, yo y mis chantajes, y aquel viejo penco con sus cacharros y sus útiles. En definitiva reconozco que el renacuajo es el más listo de los tres.

Condujo su blanco coche escarabajo por una ramificación del conducto automovilístico y se introdujo por un túnel lateral que lo llevaba hasta debajo mismo de la manzana donde vivía. Aparcado su coche y supervisados los alrededores, arrastró el útil escaleras arriba, abrió la puerta de dial, entró, cerró la puerta y colocó el útil sobre la mesa. Se sirvió unos cuantos dedos de brandy.

Un momento después, alguien golpeaba la puerta suave, despaciosa y muy lentamente. No acostumbraba a pasar el cerrojo. Crowell respondió y abrió.

—Hola, Crowell.

El gordo que había en la puerta tenía aspecto de cerdo guisado, fofo y frío ya. Sus párpados colgaban sobre unos ojos saturados de venillas rojas y de pupilas verdes. En su boca había un cigarro que se movía cuando hablaba.

—Suerte que estás en casa, Crowell. Quería verte.

Crowell retrocedió y el gordo entró en el piso. Se sentó, colocó sus manazas sobre su oronda barriga y dijo:

—¿Bien?

Crowell tragó saliva.

—No tengo las imágenes aquí, Bishop.

El gordo no replicó. Deshizo lentamente el nudo que sus manos formaban, metió una en un bolsillo como si fuera a sacar un pañuelo, pero en vez de aquello sacó una pequeña pistola paralizadora. De un frío y azulado acero.

—¿Cambia esto tu opinión, Crowell?

La tristona cara de Crowell se volvió aún más sombría cuando el sudor la perló. Los músculos de su cuello se distendieron. Intentó hacer funcionar la máquina de las ideas, pero se la encontró dura como el cemento, dura y reticente y, con furia, atacada de súbito miedo. Pero no mostró al exterior ninguna de estas emociones. Veía a Bishop, la pistola, y la habitación que rodeaba por encima y por abajo semejante espectáculo.

Y también vio... el... el útil.

Bishop manipuló el mecanismo de seguridad de la pistola.

—¿Dónde prefieres? ¿En la cabeza o en el pecho? Se dice que la palma más rápidamente si se te paraliza primero el cerebro. Pero yo tengo una debilidad especial por disparar al corazón. ¿Qué dices?

—Aguarda un momento —dijo Crowell con cuidado. Retrocedió solemnemente un paso. Se sentó, advirtiéndolo durante todo el tiempo que el dedo de Bishop estaba curvado en torno al gatillo—. ¿Sabes? Creo que no vas a liquidarme; por el contrario, vas a darme las gracias por haberte conseguido uno de los mayores inventos de nuestro tiempo.

La amplia cara de Bishop no alteró la más pequeña de sus líneas. El cigarro se agitó.

—Escúpelo, Crowell, no he venido aquí para darle a la lengua.

—Tranquilo, tranquilo —dijo Crowell con calma—. Te he conseguido una herramienta para liquidar gente. Me creas o no, la tengo. Échale una ojeada a la maquinaria que hay sobre la mesa.

La pistola se mantuvo firme. Los ojos de Bishop se deslizaron hacia un lado mientras su cuerpo se echaba hacia atrás.

—¿Y? —dijo.

—Si me escuchas atentamente podrás convertirte en el jefe de los plásticos de toda la costa del Pacífico. Que es lo que quieres, ¿no?

Las pupilas de Bishop se dilataron para lanzar un diminuto brillo y volvieron a contraerse a continuación.

—¿Me estás dando palique para ganar tiempo?

—Mira, Bishop, sé cuándo estoy perdido. Por esa razón te ofrezco a cambio... ese maldito útil que poseo.

—Ese ¿qué?

—Llamémoslo útil. No tiene un nombre apropiado todavía. —El cerebro de Crowell estaba trabajando a toda marcha, produciendo una idea tras otra con la celeridad centrífuga de la desesperación. Una idea fija se mantenía. *Entretener a Bishop hasta tener una oportunidad de nacerse con su pistola. Entretenerlo. Camelárselo con lo que fuera. Luego...*

Crowell se aclaró la garganta.

—Es... es un radio-exterminador —mintió—. Todo cuanto tengo que hacer es darle la dirección y se cargará al que sea. Ni jaleos, ni pistas, ni nada. El crimen perfecto, Bishop. ¿Te interesa?

Bishop sacudió la cabeza.

—Estás trompa. Y se está haciendo tarde...

—Espera —dijo Crowell, adelantándose de repente, brillantes sus ojos grises—. No te muevas, Bishop. Te tengo cubierto. La máquina te tiene bajo su radio de acción. Antes de que entraras la puse en cierta frecuencia. Un solo gesto que hagas y te liquidará.

El cigarro de Bishop cayó al suelo. La mano que portaba la pistola tembló.

Crowell vio entonces su oportunidad. Sus músculos, relajados antes, quedaron tensos. Su boca se abrió y las palabras brotaron solas.

—¡Te lo advertí, Bishop! ¡Vamos, máquina, a lo tuyo! ¡Cárgate a Bishop!

Y diciendo esto, Crowell dio un salto. Se notó a sí mismo abandonar la silla y alcanzó a ver la mirada fija de Bishop. El desvío de la dirección había sido un éxito. La pistola ladró. El rayo de plata pasó junto al oído de Crowell y fue a estrellarse contra la pared. Crowell juntó ambas manos dispuesto a atizar a Bishop y cogerle el arma.

Pero Crowell no llegó a tocar a Bishop.

Bishop estaba muerto.

El útil había sido más rápido.

Crowell tomó un trago, y luego otro. Su estómago estaba anegado de licor. Aun así, no podía olvidar la muerte de Bishop.

Bishop había muerto: ¿cómo? Sin duda había sido apuñalado, vapuleado, estrangulado, electrocutado: sí, había sido... bueno... estaba claro como el agua, ¿no? Había sido... liquidado. Sí, eso era. Liquidado.

Crowell se sirvió otro trago para celebrarlo. Miró hacia la pared del dormitorio y convino en que dentro de nada estarían allí los guardaespaldas en busca del jefe. Pero Crowell no pudo soportar la idea de penetrar en la sala de estar y ver el lugar donde Bishop yacía junto al... útil. Se estremeció.

Después de tomarse otros dos tragos, que apenas le hicieron mella, comenzó a empaquetar algunas de sus pertenencias. Iba a dejar el piso cuando el audio produjo un ruidito resonante.

—¿Sí?

—¿Señor Crowell?

—Al habla.

—Aquí el hombre de la tienda de cacharros.

—Ah, sí. Hola.

—¿Le importaría pasarse por la tienda? Y, por favor, tráigase consigo el útil, ¿eh? Me temo que me he quedado corto en nuestro cambalache. Tengo aquí otro modelo que es mucho mejor.

La voz de Crowell medio se le atragantó.

—Pues éste parece que funciona a las mil maravillas.

Cerró el contacto y se sujetó la cabeza con ambas manos para que no se le fuera a caer donde los zapatos. No había planeado matar a nadie. No le gustaba la idea. Y aquello le ponía en peligro de muerte incluso más que antes. Los pistoleros no cejarían hasta...

Su mandíbula se agarrotó. Que fueran tras él. No iba a correr esta vez. Se quedaría en la ciudad, haciendo su trabajo periodístico como si nada hubiera ocurrido. Estaba cansado de todo aquello. Le importaba un pimiento que lo asaltaran a tiros o no. Hasta se les reiría en la cara cuando empezaran a dispararle.

Tampoco iba a buscarse el jaleo innecesariamente. Transportaría el cadáver del gordo hasta el garaje, lo colocaría en el asiento trasero del escarabajo blanco y lo llevaría a algún lugar solitario, lo enterraría y mantendría alejados a sus guardaespaldas diciéndoles que había secuestrado a Bishop. Sí, era una buena idea. Qué tipo tan listo el tal Crowell.

—Muy bien...

Intentó izar el enorme cuerpo de Bishop. No pudo. Por último, logró conducirlo por las escaleras hasta llegar al escarabajo, aunque... fue el útil el que lo hizo.

Crowell había permanecido en lo alto de la escalera hasta que el trabajo hubo finalizado. No le gustó la idea de contemplar cómo se las arreglaba el útil para trasladar el cadáver.

—Ah, señor Crowell —el pequeño propietario abrió la puerta de brillante cristal. Había aún una pequeña concentración de gente en el exterior—. Veo que se ha traído el útil. Perfecto.

Crowell instaló el cacharro sobre el mostrador, pensando rápidamente. Quizá corrieran ahora algunas explicaciones. Tendría que ser sutil; nada de preguntas a bocajarro. Tendría...

—Mire, señor Quiénsea, no se lo dije antes, pero soy periodista radiofónico. Me gustaría hacer un reportaje sobre usted y su tienda para la Audio-Noticias. Aunque me gustaría que participara usted con sus propias palabras.

—Usted sabe tanto sobre estos cachivaches como yo —replicó el hombrecillo.

—¿De veras?

—Ésa es la impresión que me dio...

—Oh, claro. Claro que sé. Pero siempre sale mejor cuando interviene otra

persona, ¿no cree?

—Su lógica es extraña para mí, pero cooperaré. Sus oyentes tal vez quieran saberlo todo sobre mi tienda de cacharros, ¿eh? Bueno, me llevó mil años de viaje hacerla prosperar.

—Millas —corrigió Crowell.

—Años —puntualizó el hombrecillo.

—Por supuesto —dijo Crowell.

—Puede considerar mi tienda como la energía resultante de una mala interpretación semántica. Estos instrumentos bien pueden ser ubicados bajo el rótulo de «Inventos que lo hacen Todo en lugar de Cualquier Cosa».

—Oh, por supuesto —dijo Crowell, in albis.

—Fíjese, cuando un hombre muestra a otro una parte concreta de los mandos automotrices de un coche escarabajo y no puede recordar el nombre exacto, ¿qué hace?

Crowell entendió.

—Dice que se trata de cacharros, artilugios, avíos, trastos, útiles, enseres. ¿Me equivoco?

—No. Y si una mujer, charlando con otra sobre la lavadora o la batidora o la calceta o el ganchillo padece un bloqueo psicológico y olvida el apropiado rótulo semántico, ¿qué dice?

—Dice: «Coges la puñeta esa y le das así con lo otro. Coges luego y lo aplicas sobre el lío del centro y lo dejas perfecto» —dijo Crowell, como un colegial que repentinamente entiende las matemáticas.

—¡Exacto! —exclamó el hombrecillo—. Perfecto, pues. De modo que tenemos el origen de los rótulos semánticos incorrectos que pueden utilizarse para describir cualquier cosa, desde un nidal de gallina hasta la caja del cigüeñal de un motor de escarabajo. Se trata de términos usados libremente por cualquiera de mediana cultura. Un trasto es sólo una cosa, un objeto. Y a la vez miles de objetos.

»Pues bien, lo que yo he hecho es transformar en energía la combinación total de todas las cosas que un útil puede abarcar semánticamente. He penetrado en las mentes de innumerables humanos civilizados, extraído su opinión acerca de lo que *ellos* llaman útil, lo que *ellos* llaman avío, y creado de su energía atómica en bruto un ingenio físico a base de esas incorrecciones mentales. En otras palabras, mis inventos son representaciones tridimensionales de una idea semántica. Puesto que la mente de las personas convierte en un trasto desde un limpiador de alfombras hasta un lo-que-sea y eso-de-ahí, mis inventos siguen el mismo modelo. El útil que usted se llevó a casa hoy puede hacer casi todo lo que usted quiere que haga. Muchos de los inventos tienen funciones semejantes a las de los robots, dado que las habilidades de movimiento, pensamiento y volubilidad mecánica les han sido insuflados.

—¿Pueden hacerlo todo?

—Bueno, no todo. La mayor parte de los inventos tienen cerca de sesenta procesos diferentes, todos extraños, todos mezclados, con todo tipo de formas, tamaños y moldeaciones en su interior. Cada una de mis creaciones posee una gama diferente de servicios. Algunos grandes. Otros pequeños. Las de los grandes pueden practicar muchos, muchos servicios. Las de los pequeños servicios sólo llevan a cabo un par de cosas simples. No hay dos iguales. Piense en el espacio, en el tiempo y en el dinero que puede usted ahorrarse comprando un útil.

—Ya —dijo Crowell. Pensó en el cadáver de Bishop—. Su útil es ciertamente versátil, vaya que sí.

—Eso me recuerda algo —dijo el hombrecillo—. Relacionado con el efecto, modelo 1944, que usted me dio en nuestro trato. ¿De dónde lo sacó?

—¿Sacarlo? Si se refiere a ese limpiador de pi..., quiero decir, al efecto..., bueno, yo...

—No tiene por qué ser tan reservado. Hemos compartido secretos en nuestro trato, recuérdelo. ¿Lo hizo usted mismo?

—Yo... lo compré y lo utilicé. El... el poder del pensamiento, ya sabe.

—Luego conoce el secreto. ¡Es sorprendente! Creí que yo era el único que sabía algo sobre la transmisión de pensamiento hasta las formas energéticas. Qué hombre tan brillante. ¿Estudió usted en Rruhre?

—No. Siempre lamenté no poder ir allí. Nunca tuve ninguna oportunidad. Tuve que luchar solo. Bueno, me gustaría devolverle este útil y ver el otro aparato. ¿Sabe? No acaba de gustarme.

—¿Que no acaba de gustarle? ¿Por qué?

—Oh, pues no lo sé. Demasiado incómodo. Déme algo más sencillo para cualquier ocasión.

Sí, sencillo, pensó, algo que puedas ver cómo funciona.

—¿Y qué clase de máquina quiere esta vez, señor Crowell?

—Déme un... cachivache.

—Un cachivache ¿de qué año?

—¿Importa mucho de qué año se trate?

—Ah, se está burlando otra vez, ¿eh?

Crowell tragó saliva.

—Claro, soy un tipo muy bromista.

—Usted debe saber, por supuesto, que, en el curso de un milenio, el tipo de cachivaches y el nombre de un cachivache pueden ser diferentes cada año que pasa. Un adminículo del año 1965 pudo ser una zarandaja en 1492. O un tútambiébruto en tiempos de Julio César.

—¿Se está choteando? —preguntó Crowell—. No. No importa. Déme mi

cachivache y me iré a casa.

La palabra «casa» sobrecogió a Crowell. No sería prudente aparecer por allí de momento. Se ocultaría durante un tiempo hasta que pudiera enviar un mensaje a los guardaespaldas diciendo que tenía prisionero a Bishop. Sí, eso haría. Sería lo más seguro.

Mientras pensaba, curioseó por la tienda, aunque sin ponerse demasiado cerca, de un ingenio tan horrible como el útil.

El hombrecillo estaba hablando.

—Tengo una caja llena hasta arriba de avíos procedentes de todos los períodos históricos. Tengo muchísimo material acumulado y nadie sino usted me toma en serio. En todo el día no he hecho ninguna venta. Es un poco triste.

Crowell sintió pena por el hombre, pero...

—Le diré una cosa. Tengo en mi casa un cuarto vacío. Envíeme un buen muestrario dentro de unos cuantos días, lo revisaré y me quedaré lo que me guste.

—¿No podría llevarse ya algunas piezas? —rogó el hombrecillo.

—No creo que pueda...

—Pero si es pequeño. Un muestrario muy pequeño. De veras. Se lo enseñaré. Unas cuantas cajitas con puñetitas y chucherías. Allí, allí están.

Rodeó un mostrador y sacó seis cajas, suficientes para ocupar los brazos de Crowell hasta la barbilla.

Crowell abrió una caja.

—Oh, claro. Me llevaré esto. —No eran más que coladores de sopa, cuchillos para pelar, exprimidores de limón, pomos de puerta y viejas pipas de espuma procedentes de Holanda—. Claro, claro que me llevaré esto.

Parecían objetos seguros. Pequeños, sencillos, nada que causara problemas.

—Oh, gracias. Gracias. Éstas se las doy gratis, póngalas en la parte trasera del escarabajo. Me alegro de aligerar un poco la tienda. Me he esforzado tanto en crearlas estos últimos años que me sentiré aliviado de deshacerme de ellas. Estoy ya más que harto de verlas.

Crowell, con los brazos cargados, caminó hasta su blanco escarabajo y dejó la mercancía en el asiento trasero. Saludó al hombrecillo, dijo que volvería al cabo de unos días y partió.

La hora pasada en la tienda, el entretenimiento del hombrecillo y las luces brillantes le habían hecho que se olvidara durante un rato de los guardaespaldas de Bishop y del mismo Bishop.

El coche escarabajo zumbaba. Se encaminó a la parte baja de la ciudad, hacia los estudios Audio, intentando conjeturar lo que sería más prudente en el terreno de las decisiones. Metió la mano en el asiento trasero y alcanzó un cachivache pequeño. No

era ni más ni menos que una pipa. Mirándola le entraron ganas de fumar un poco, de manera que la llenó con restos del fondo del bolsillo de su camisa y la encendió experimental y cuidadosamente. Aspiró el humo. Magnífica. Una pipa excelente.

Estaba enfrascado con la pipa cuando advirtió algo a través del espejo retrovisor. Dos coches negro escarabajo lo seguían. No podía confundirse ante aquellos reptantes de ébano y gran fuerza.

Maldijo en silencio y aumentó la velocidad. Los escarabajos hicieron lo propio, ganando velocidad por segundos. Iban dos matones en uno y otros dos en el otro.

—Me detendré y les diré que tengo como rehén a su jefe —se dijo Crowell.

En los coches negros, algunas pistolas brillaron en las manos de los matones.

Crowell lo advirtió. Había planeado esconderse, darles un telefonazo y decirles lo que había. Pero ¡esto! Iban tras él. No tendría ocasión de explicarles nada antes de empezar a recibir metralla.

Aumentó la velocidad. El sudor comenzó a brillar en su frente. Qué jaleo. Estaba lamentando haber devuelto el útil a la tienda. No podía servirse de él ahora tal como lo había utilizado inadvertidamente con Bishop.

¡Útiles! ¡Cachivaches!

Crowell lanzó una exclamación de alivio. Tal vez...

Metió la mano entre el montón de cachivaches del asiento trasero. Ninguno le parecía apropiado para hacer nada, pero lo intentaría de todos modos.

—Muy bien, puñetitas, a lo vuestro. ¡Protegedme, maldita sea!

Hubo un ruido crujiente y algo metálico silbó junto al oído de Crowell, lanzándose hacia atrás sobre las transparentes alas traseras, en dirección al coche perseguidor, y alcanzándolo.

Hubo una explosión de fuego verde y humo gris.

La baratija había hecho su trabajo. Era una combinación de avión automático de chiquillo y proyectil explosivo.

Crowell apretó el acelerador y el escarabajo salió disparado hacia delante otra vez. El segundo coche seguía detrás. Pero no se iban a salir con la suya.

—¡Liquidadlos! —gritó Crowell—. ¡Liquidadlos también! Hacedlo de la forma que podáis. —Cogió dos cajas de puñetitas y las lanzó por la ventana. Algunas echaron a volar. Las otras quedaron indefensas sobre el asfalto.

Dos misiles brillaron en el aire. Parecían tijeras antiguas de color rosado, cortantes y brillantes, y una antigravitatoria y supermecánica dirección de ataque. Surcaron el aire de la zona y alcanzaron el escarabajo negro que quedaba.

Se colaron a través de las ventanas abiertas.

El escarabajo negro perdió el control y se salió de la avenida, dando vuelcos, aplastándose y estallando en un repentino y desmesurado fuego.

Crowell se distendió bruscamente. Disminuyó la velocidad, giró en una esquina, se pegó al bordillo y frenó. Su respiración era muy rápida. Su corazón cabalgaba.

Ahora podía ir a casa, si es que así lo deseaba. Nadie estaría esperándolo allí, emboscado, para detenerlo, preguntarle y amenazarle.

Ahora sí podía ir a casa. Curiosamente, no se sentía ni aliviado ni contento. Tan sólo sombrío, desdichado, aprensivo. El mundo era un lugar piojoso. Tenía un sabor amargo en la boca.

Se dirigió a su casa. Bien, quizá las cosas fueran mejor. Quizá.

Cogió las cajas de puñetitas que quedaban, salió del escarabajo y se sirvió de las escaleras mecánicas ascendentes. Abrió la puerta, dejó en cualquier parte las cajas y las toqueteó.

Todavía tenía la pipa en la boca después de todo lo que habían pasado. La había cogido automáticamente y se la había vuelto a poner en la boca. Estaba nervioso. Necesitaba fumar un poco para calmar su mente.

Puso tabaco fresco en su nueva pipa y la encendió. El hombrecillo estaba como una chiva para darle todo aquel material. Peligroso poseer tal clase de conocimiento desperdigado por el mundo. Toda la gentuza podía aprovecharse y usar todo aquello.

Se rió y siguió fumando.

A partir de ahora, haría las cosas a lo grande. Con la ayuda del hombrecillo y la tienda, haría saltar a aquellos gerifaltes de los Plásticos. Le tendrían que dar dinero, y obedecerle en todo cuanto dispusiera. Peste de ellos.

Sin embargo, sonaba como envuelto en un sinfín de líos. Se sentó, se le arrugó la cara y sus pensamientos se ensombrecieron, como durante tantos años había venido sucediendo. Pesimismo.

¿Qué valía la pena en este mundo? ¿Por qué se molestaba en vivir? Estaba demasiado cansado.

A veces, como esta noche y tantas otras noches a lo largo de tantos años, sentía que habría sido magnífico caer en manos de aquellos matones para que de una vez le llenaran el cuerpo de rayos paralizadores. A veces, si hubiera tenido una pistola en la mano, *se habría volado los sesos*.

Hubo una explosión aguda. Crowell se irguió súbitamente. Se quedó tieso y cayó de rodillas.

Había olvidado que llevaba la pipa entre los labios: olvidado que era una minucia de artilugio.

El artilugio, en cambio, lo recordó a él de una forma ciertamente fatal.

ALFRED E. VAN VOGT

AUTÓMATA

Automaton

El autómeta humano se removi6o intranquilo en su pequeño y casi invisible avión. Sus ojos se esforzaban dentro de su casco, oteando el cielo que tenía delante. De lo azul vinieron dos relámpagos de fuego. Instantáneamente, el avión se estremeci6o como afectado por una doble explosi6on.

Cay6o lentamente al principio, y luego con mayor velocidad, contra las líneas enemigas. Mientras la Tierra se hacía cada vez más pr6oxima, un mecanismo de resistencia entr6o en funcionamiento. La velocidad de caída se hizo más lenta. El autómeta tuvo oportunidad de ver que debajo se extendía la vasta ruina de una ciudad. Insonoramente, la diminuta máquina encontr6o refugio en la demolida base de lo que en un tiempo había sido una edificaci6on.

Transcurri6o un momento y luego la radio que había a su lado silb6o. Voces para él extrañas intercambiaban alg6un diálogo.

—¡Bill! —decía la primera voz.

—¡Adelante!

—¿Lo alcanzamos?

—No lo creo. En tal caso, no del todo. Creo que se desmoron6o con al menos un control parcial, aunque es difícil aventurarlo con los dispositivos de seguridad que poseen. Mi opini6on es que se encuentra abajo, en alg6un lugar, con el motor averiado.

—Creo que lo inutilizamos.

—Bien, en ese caso, ya sabes lo que suele ocurrir cuando uno de ellos cae en nuestras líneas. Ya sabes poner en marcha tu psicología. Llamaré al *Vulture*.

—No me cargues el mochuelo. Estoy harto de recitar esas frases. ¡Hazlo tu!

—Muy bien. ¡Dame entrada!

—Hmmmm... está ahí abajo. ¿Crees que deberíamos ir tras él?

—¡No! Los autómetas que envían hasta tan lejos son básicamente hábiles. Eso significa que no podremos capturarlo. Se habrá alejado lo suficiente de cualquier posibilidad de captura como para exigir de nosotros que lo matemos, ¿y qui6en coño quiere matar a esos pobres y torturados esclavos? ¿Hiciste una foto?

—Sí, estaba muy atento, con una expresi6on tensa en la cara. Un fulano bien parecido. Es divertido, y también terrible, si pensamos cómo empez6o todo esto, ¿eh?

—Claro. Me pregunto qué número tendrá éste.

Hubo una pausa apreciable. El autómeta se removi6o intranquilo. ¿Su número? Noventa y dos, por supuesto. ¿Qué más? La voz estaba hablando otra vez.

—Pobre compadre, seguro que no recuerda que una vez tuvo un nombre.

Y la otra voz dijo:

—¿Qui6en iba a pensarlo cuando se hizo el primer duplicado del hombre? Carne, sangre, huesos... todo; cincuenta años más tarde y nos vemos peleando con gente que es exactamente como nosotros, salvo que son eunucos por naturaleza.

El autómata escuchaba con vaga atención mientras los dos hombres hablaban. De vez en cuando asentía, pues las palabras le iban recordando algo que casi tenía olvidado. Los duplicados humanos primero habían sido llamados robots. Se habían resentido por aquel nombre y le habían dado la vuelta para convertirlo en Tobor, lo que ya confundía. Los Tobors demostraron ser muy eficientes en el campo científico y al principio nadie había advertido con qué rapidez estaban ocupando los lugares de la ciencia en todos los países del mundo. No fue advertido inmediatamente el que los Tobor estaban llevando a cabo una campaña de sustitución a una escala tremenda. La gran conmoción de las masas humanas sucedió cuando los Tobor infiltrados en los gobiernos de todos los continentes promulgaron leyes declarando que desde aquel momento la duplicación sería la única manera de reproducción. Se prohibió el sexo bajo pena de multa a la primera infracción, luego con cárcel, y después, para los reincidentes, los Tobor inventaron el proceso de convertirlos en autómatas.

Una organización de policía especial —que resultó ya existente— fue encargada de administrar la nueva legislación. Los oficiales de ejecución Tobor entraron inmediatamente en acción, y los primeros días las calles presenciaron algunos duros encuentros. En ningún lado se había tomado aquello en serio, de modo que al cabo de dos semanas se declaró una guerra en toda regla.

El relato acabó cuando Bill dijo:

—Creo que ya ha oído bastante. Vámonos.

Hubo risas ahogadas y luego silencio.

El autómata aguardó, confuso. En su mente había episodios fragmentados de recuerdos de un pretérito en que no había guerras y, en algún lugar, existía una chica y otro mundo.

Las imágenes irreales se desvanecieron. De nuevo tomó cuerpo tan sólo la nave que rodeaba su figura casi a modo de metal ajustado. Tomó cuerpo también la necesidad de proseguir, imágenes aéreas que había que conquistar... ¡Tenía que ascender!

Sintió que la nave se enderezaba en respuesta a sus deseos, pero no ocurrió ningún movimiento. Durante segundos permaneció en letargo, y a continuación sobrevino una segunda imperiosidad de entrar en liza. Una vez más la diminuta nave se retorció con esfuerzo, pero sin que ningún movimiento aconteciera.

Esta vez, el autómata produjo un lento pensamiento:

—Algo debe haber fallado en la nave, pues se queda inmóvil... Hay que salir, tengo que desembarazarme de ella...

Hizo presión contra el metal y el acolchado que lo encajonaba. El sudor resbaló por sus mejillas, pero en seguida quedó libre y hundido en el polvo hasta el tobillo. Como había sido entrenado para tales circunstancias, cogió su equipo... armas, herramientas, máscara antigás.

Caminó pesadamente sobre el suelo mientras una enorme y negra nave descendía de los cielos y aterrizaba a unos cuantos cientos de yardas más allá. Desde su posición tendida, el autómatas la contempló, pero no hubo ningún signo de movimiento. Desconcertado, el autómatas se puso en pie. Recordó que uno de los hombres de la radio había dicho que iba a ser avisado un *Vulture*.

De manera que se la habían jugado, haciendo como que se iban. Claramente visible sobre el casco de la nave podía verse el nombre: *Vulture 121*.

Su aspecto parecía sugerir que era inminente un ataque. Su férrea y decidida boca se tensó. Pronto aprenderían a no entrometerse con un esclavo Tobor.

Morir por Tobor, supremo Tobor...

En tensión, la joven echó una ojeada mientras el piloto hacía descender el avión hiperveloz en dirección a las desoladas ruinas de la ciudad donde estaba el *Vulture*. El gran navío era inconfundible. Descollaba por encima de los más elevados restos de paredes demolidas. Era un bulto negro contra el gris oscuro de la mampostería.

Dio un tumbó y salió de la máquina, llevando consigo su bolsa.

Por dos veces su tobillo derecho se torció cruelmente mientras corría por el suelo desigual. Sin aliento, recorrió la estrecha pasarela.

Una puerta de acero quedó abierta. Mientras ella se precipitaba en el interior, miró a sus espaldas. La puerta sonó al cerrarse; y se dio cuenta con gran alivio de que se encontraba a salvo.

Se detuvo, aguardando a que sus ojos se acostumbraran a la pequeña cámara de metal. Tras un momento acabó por descubrir un pequeño grupo de hombres. Uno de ellos, un individuo pequeño, con gafas, de rostro delgado, dio unos pasos adelante. Cogió la bolsa que llevaba ella y con la otra mano estrechó cálidamente la de la mujer.

—¡Buena chica! —dijo—. Lo ha hecho bien y rápidamente, señorita Harding. Estoy seguro de que ningún navío espía de los robots ha podido identificarla bajo ningún concepto en el medio minuto que ha quedado usted expuesta. Oh, perdóneme.

El hombre sonrió.

—No debería llamarlos robots, ¿verdad? Le han dado la vuelta, ¿no? Su nombre es Tobor. Le da más ritmo y psicológicamente debe ser más satisfactorio para ellos. Bien, ahora puede recuperar el aliento. A propósito, soy el doctor Claremeyer.

—Doctor —se las arregló para decir Juanita Harding— ¿está seguro de que se trata de él?

—Definitivamente, se trata de su prometido, John Gregson, el extraordinario químico... —Quien había hablado era un hombre más joven. Se adelantó y tomó la bolsa de la mano del mayor—. La patrulla hizo una descripción por el nuevo proceso, mediante el que sintonizamos con sus placas de comunicación. Fue transmitida al

cuartel general y de ahí se nos transmitió a nosotros.

Se detuvo y sonrió.

—Me llamo Madden. El de la cara larga es Phillips. El grandote, de pelo tieso, que nos acecha desde el fondo como un elefante, es Rice, nuestro hombre de campaña. Ya conoce al doctor Claremeyer.

Rice dijo bruscamente:

—Tenemos cantidad de trabajo aquí, señora, y le pido perdón por nuestras rudas palabras.

La señorita Harding se quitó el sombrero con rápido giro de una mano. Las sombras descendieron en su rostro, ocupando sólo sus ojos.

—Señor Rice, vivo con un padre cuyo apodo es Harding el Ciclón. Se comporta como si el lenguaje cotidiano fuera un enemigo al que hay que atacar con todas las armas disponibles. ¿Responde esto su excusa?

El grandote rió ahogadamente.

—Gana usted. Pero vayamos al asunto. Madden, tienes un cerebro que piensa con palabras, explícale la situación a la señorita Harding.

—¡De acuerdo! —El joven aceptó la tarea con una sonrisa—. Tuvimos la buena suerte de estar sintonizando cuando el primer informe nos dijo que un autómeta había sido derribado vivo. Nada más llegar la identificación, pedimos al cuartel general del ejército que instalara un cerco defensivo con todos los aviones disponibles. Rompieron por completo la línea más próxima para auxiliarnos.

Se detuvo y frunció el entrecejo.

—Tiene que ser hecho con sumo cuidado porque no queremos que los Tobor se enteren lo más mínimo de lo que va a pasar. Su prometido no puede escapar; eso es seguro, digo yo. Y no puede ser rescatado a menos que destaquen una fuerza de gran tamaño que nos coja desprevenidos. Nuestro gran problema es capturarlo vivo.

—Y eso, claro... —Era Claremeyer, que interrumpió con un encogimiento de hombros— ...puede ser fácil o puede ser difícil. Desgraciadamente, tiene que hacerse rápido. Los Tobor no tardarán mucho en concentrar fuerzas, luego examinarán la ficha de su prometido, y analizarán al menos una parte de la auténtica situación y actuarán.

—El segundo aspecto desafortunado es que en el pasado nos hemos permitido tener un cierto porcentaje de fracasos. Debe usted darse cuenta de que nuestra táctica es casi enteramente psicológica, basada en los impulsos fundamentales del ser humano.

Pacientemente, explicó el método.

—¡Noventa y dos!... Al habla Sorn.

La voz sonaba aguda, insistente, imperiosa, procedente de la radio de la muñeca

del autómeta. El autómeta se removi6 en su refugio fijo.

—SÍ, Amo.

Al parecer, el contacto era todo cuanto se deseaba, pero otro sigui6 diciendo:

—¡TodavÍa estÁ vivo! —La voz habÍa sonado mÁs lejana, como si el humanoide se hubiera vuelto para dirigirse a algÚn otro.

Una voz habl6 vacilante:

—Por lo general no me habrÍa molestado, pero éste es el que destruy6 su ficha. Ahora, la tripulaci6n de un *Vulture* intenta salvarlo.

—Lo han hecho siempre.

—Lo s6, lo s6. —El otro interlocutor habl6 impacientemente consigo mismo, como si se diera cuenta de que tenÍa que obrar a ciegas—. No obstante, ya le han dado mucho tiempo, mÁs de lo normal, a mi parecer. Y estÁ tambi6n esa nave particular que cruz6 largas series de mensajes en clave con el cuartel general. Despu6s, una mujer entr6 en escena.

—Siempre suelen utilizar mujeres para sus operaciones de rescate. —La voz del Tobor adquiri6 una nota de disgusto, pero sus palabras fueron una interrupci6n de los argumentos del otro.

Esta vez el silencio dur6 algunos segundos. Por Último, el de voz vacilante habl6 de nuevo.

—En mi departamento, he estado completamente al tanto de que, en alguna parte, en nuestras operaciones de hace un par de aÑos, capturamos inesperadamente un humano quÍmico que, segÚn se declar6, habÍa descubierto un procedimiento para sexualizar a los Tobor.

Su disgusto emocional alcanzaba ya el exceso para 6l y a pesar de la franqueza de las palabras que emiti6 a continuaci6n, su voz tembl6.

—Desgraciadamente para nosotros, descubrimos demasiado tarde la identidad del individuo. Al parecer, fue sometido a una entrevista de rutina y dementalizado.

De nuevo recuper6 el dominio de sÍ y prosigui6 sard6nicamente:

—Claro que todo esto pudo haber sido una historia de propaganda, destinada a ponernos nerviosos. Y aun asÍ, por entonces, nuestro departamento de Inteligencia inform6 que una atm6sfera de depresi6n habÍa invadido los cuarteles generales humanos. SegÚn parece, peinamos una ciudad, lo capturamos en su casa, destrozamos su laboratorio y quemamos sus papeles.

Su tono dio a entender que se estaba encogiendo de hombros.

—Es el riesgo de los cercos similares, con nula posibilidad de identificaci6n. Los prisioneros capturados de esa manera no pueden ser diferenciados de los capturados de otra.

Una vez mÁs, el silencio... luego...

—¿Debo ordenarle que se suicide?

—¿Sabe si tiene un arma?

Hubo una pausa. La voz se hizo más próxima.

—¿Tiene un explosionador, Noventa y dos?

El autómatas humano, que había escuchado la conversación con absoluto vacío en la mirada y en el cerebro, se reanimó mientras se le dirigía la pregunta a través de la radio de muñeca.

—Tengo armas manuales —dijo obtusamente.

De nuevo, el interrogador se alejó del distante micrófono.

—¿Bien? —dijo.

—La acción directa es demasiado peligrosa —dijo el segundo Tobor—. Usted sabe cómo se resisten al suicidio. A veces los lleva a salir de su estado de automatización. La voluntad de vivir es demasiado básica.

—Entonces seguimos justamente donde estábamos al comienzo.

—¡No! Háblele específicamente para que se defienda hasta la muerte. Que haya una diferencia de nivel. Una apelación a la lealtad, a su inyectado odio a nuestros enemigos humanos y a su patriotismo por la causa Tobor.

Yaciendo entre la mampostería, el autómatas asentía mientras la firme voz del Amo le emitía órdenes. Naturalmente... hasta la muerte... por supuesto.

Aún conectado, la voz de Sorn siguió insatisfecha.

—Creo que vamos a forzar los resultados. Pienso que podríamos concentrar proyectores sobre el área y ver qué es lo que ocurre.

—Siempre aceptaron tales desafíos en el pasado.

—Hasta un punto solamente. Creo que lo más apremiante es que comprobemos sus reacciones. Este hombre se resistió con encono a su cautiverio y hay una inmensa presión actuando ahora sobre él.

—Los humanos son muy engañosos —dijo el otro con aire de duda—. Algunos tan sólo desean volver a casa. Parece que es una motivación poderosa.

Una objeción podría haber pecado de retórica. Tras un intenso silencio, dijo con decisión:

—Muy bien, ¡atacaremos!

Aproximadamente una hora después de haber oscurecido, se dispuso un centenar de proyectores por ambas partes. La noche fue traspasada por largos chorros de brillantes llamas.

—¡Eh! —Rice corrió por la pasarela hasta llegar a la nave. Su ancha cara estaba roja por el esfuerzo. Mientras la puerta se cerraba a sus espaldas, boqueó en busca de aire—. Señorita Harding, ese novio suyo es un hombre peligroso. Es un tirador de narices y necesita más propaganda.

La chica estaba pálida. Había observado el intento de Rice de poner la pantalla en

posición desde la barrera de la gran ventana en la cámara de observación.

—Quizá debiera salir yo ahora —dijo ella.

—¡Y ser achicharrada! —se adelantó el doctor Claremeyer. No se veían sus ojos tras las gafas—. No sienta pesar, señorita Harding. Sé que parece increíble que el hombre que la ama haya cambiado hasta el punto de poder matarla en menos que canta un gallo... pero tendrá que aceptar la realidad. El hecho es que los Tobor han decidido hacerle emprender una batalla que ningún bien ha de reportarle.

—¡Esas bestias! —dijo ella. Fue un sollozo sin lágrimas—. ¿Qué van a hacer ahora?

—Más propaganda.

—¿Y piensa que va a oírla por encima del bramido de los proyectores? —estaba asombrada.

—Él ya sabe lo que es —dijo el doctor Claremeyer con conocimiento de causa—. El esquema de contacto ha sido establecido. Hasta una sola palabra que alcanzara a oír le recordaría el esquema completo.

Unos cuantos momentos después, se mantenía atenta mientras los altavoces lanzaban su mensaje:

—Es usted un ser humano. Nosotros somos humanos. Fue usted capturado por los robots. Nosotros queremos rescatarlo de las garras de los robots. Esos robots se llaman Tobor a sí mismos porque suena mejor. Pero son robots. No son seres humanos, en cambio usted es un ser humano. Nosotros somos seres humanos y queremos rescatarlo. Haga todo lo que le pidamos. No haga nada de cuanto le ordenen ellos. Nosotros queremos su beneficio. Queremos salvarlo...

Abruptamente, la nave se movió. Un momento más tarde llegó el comandante del *Vulture*.

—Tuve que dar la orden de despegar —dijo—. Estaremos de vuelta cuando amanezca. Los Tobor deben estar perdiendo equipo a velocidad espantosa. Es una lucha decisiva para ellos, pero también para nosotros se está poniendo al rojo.

Sin duda sintió que la chica pondría en el peor lugar la orden de retirada. Se lo explicó en voz baja.

—Nuestra seguridad dependía de todos los recursos de que disponía un esclavo para mantenerse con vida. Fue entrenado para eso. Además, instalamos la pantalla y la emisión se mantendrá una y otra vez.

Prosiguió, antes de que ella pudiera hablar.

—Aparte de eso, hemos obtenido permiso para intentar un contacto directo con él.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Utilizaremos una señal que no irá más allá de un centenar de yardas. De ese modo, los otros no podrán sintonizar lo que estaremos diciendo. Nuestra esperanza

radica en que se sienta lo bastante estimulado como para procurarnos su fórmula secreta.

Juanita Harding quedó inmóvil largo rato, cejiunta. Su comentario, cuando se produjo, fue ampliamente femenino:

—No estoy segura —dijo— de aprobar los mensajes gráficos que emitirán ustedes por la pantalla.

El comandante dijo juiciosamente:

—Tenemos que despertar los instintos básicos de los seres humanos.

Se alejó con cansancio.

John Gregson, que había sido autómatas, comenzó a darse cuenta de que estaba arañando una pantalla brillante. Mientras tomaba más y más conciencia de sus actos, disminuyó su frenético intento de asir las formas elusivas que lo habían arrancado de su escondrijo. Retrocedió.

Todo cuanto le rodeaba estaba sumido en profundas tinieblas. Mientras retrocedía un poco más, tropezó con una viga retorcida. Vaciló y estuvo a punto de caer, pero se sostuvo agarrándose al calcinado metal. Éste crujió levemente ante su peso y algunas astillas de metal quedaron sueltas entre sus manos.

Se introdujo ansiosamente en la oscuridad para evitar al máximo los reflejos de la luz. Por primera vez se dio cuenta de que se encontraba en una de las ciudades destruidas. Pensó: «Pero ¿cómo he llegado aquí? ¿Qué me ha pasado?»

Una voz brotada de su radio de pulsera le hizo dar un salto:

—¡Sorn! —decía insistentemente.

El helado tono hizo temblar a Gregson. En lo profundo de su mente una campanada de reconocimiento resonó como una alarma. Estaba ya a punto de contestar cuando se dio cuenta de que no era a él a quien se dirigía la voz.

—¿Si? —la respuesta fue bastante clara, pero pareció proceder de una distancia mucho mayor.

—¿Dónde está ahora?

Sorn dijo lentamente:

—Aterricé a eso de media milla de la pantalla. Fue un fallo de cálculo, pues pretendía aterrizar más cerca. Desgraciadamente, al aterrizar mi dirección sufrió un giro. El caso es que no veo nada.

—La pantalla que colocaron para emitir sus gráficos está todavía en pie. Puedo ver su reflejo en la radio de Noventa y dos. Seguramente es una guía reconocible.

—Debe estar en algún hueco o tras un montón de escombros. Estoy en un pozo de negrura. Contactaré con Noventa y dos y...

La primera referencia a su número había dado comienzo a la cadena de asociaciones. La segunda trajo tal corriente de nauseabundos recuerdos que Gregson

se encogió. En medio de un caleidoscopio relampagueante de imágenes, advirtió su situación e intentó recordar la inmediata secuencia de sucesos que le habían devuelto al dominio de sí mismo. Alguien había pronunciado su nombre con insistencia... no su número: su nombre. Todas las veces le habían hecho una pregunta, algo relacionado con una fórmula... ¿Para qué? No podía recordar, algo como... como... ¡De golpe lo recordó!

Acuclillándose en la oscuridad, cerró los ojos por reacción física.

—Se la di a ellos. Les dije la fórmula. Pero ¿quiénes eran... ellos?

Sólo podía haber sido algún miembro de la tripulación de una nave *Vulture*, se dijo. Los Tobor no sabían su nombre. Para ellos él era... Noventa y dos.

Esto lo condujo a reconsiderar su difícil situación. Alcanzó a oír la voz que en la radio decía:

—Entendido. Estaré allí en diez minutos.

El Tobor del distante Centro de Control era impersonal.

—Es usted el único comprometido, Sorn. Parece tener una obsesión en este caso.

—Estuvieron radioemitiéndole en una onda local —dijo Sorn con voz sombría—, tan directa, tan mínima que no pudimos captar lo que estaban diciendo. Y su respuesta, cuando finalmente la emitió, estuvo interferida, de manera que tampoco pudimos entenderla, aunque creo que fue alguna fórmula. Cuento con la posibilidad de que no haya sido capaz de proporcionarles la descripción entera. Puesto que está todavía ante la pantalla, es que no ha sido rescatado, de modo que si puedo matarlo ahora, en unos minutos...

Hubo un ruidito... la voz se desvaneció hasta convertirse en silencio. Gregson permanecía en la oscuridad, junto a la pantalla, y consideró su situación.

¿Dónde estaba el *Vulture*? El cielo era una lámina negra, aunque había un algo de mínima claridad en el este, primer heraldo de la próxima aurora. El sonido de los proyectores se había convertido en un murmullo lejano. La gran batalla de la noche había transcurrido ya.

... La batalla de los individuos estaba, sin embargo, a punto de comenzar.

Gregson retrocedió aún un poco más y se tanteó el cuerpo buscando armas manuales. No llevaba ninguna encima.

—Pero es absurdo —se dijo estremeciéndose—. Tenía un explosionador y...

El pensamiento quedó inconcluso. Nuevamente, esta vez desesperado, procedió a buscar... Nada. Conjeturó que en su loco asalto a la pantalla había perdido las armas.

Permanecía aún indeciso cuando oyó un movimiento cercano.

El *Vulture 121* aterrizó sin problemas en la intensa oscuridad de la falsa aurora. Juanita Harding se había quitado las ropas y estaba cubierta con una bata. No dudó cuando Rice le hizo señas. Éste le dedicó una sonrisa de protección.

—Traigo un cilindro —dijo— por si el mozo no se siente inspirado con mucha rapidez.

Ella sonrió pero no dijo nada. El doctor Claremeyer se acercó a la puerta, reuniéndose con ellos. Dio a la mano de la chica un precipitado apretón.

—Recuérdelo —le dijo—: ¡estamos en guerra!

—Lo sé —replicó ella—. Y en el amor y en la guerra todo está permitido.

—Ahora le toca a usted.

Un momento más tarde se internaron en la noche.

Gregson estaba retrocediendo con premura y sintiéndose mejor a medida que lo hacía. Iba a ser difícil para cualquiera localizarle en aquel enorme montón de cemento diseminado, mármol y metal.

Por momentos, no obstante, el desolado horizonte se iba haciendo luminoso. Entonces vio la nave en las sombrías ruinas de su derecha. Su forma era inconfundible. ¡*Vulture*! Gregson corrió hacia ella por encima de las desiguales ruinas de lo que una vez fuera una calle pavimentada.

Respirando profundamente, vio que la pasarela estaba bajada. Mientras la recorría, dos hombres apuntaron sus armas hacia él.

—¡Es Gregson! —exclamó uno de repente.

Las armas fueron devueltas a sus fundas de cuero. Las manos se aferraron frenéticas a las manos de Gregson y hubo un izar de brazos. Los ojos recorrieron su rostro buscando signos de salud, los hallaron y brillaron de alegría. Miles de palabras se apelotonaron en el aire del amanecer...

—Conseguimos su fórmula.

—Genial... maravillosa.

—El genio transformó un poco de gas hormonal en su propio laboratorio de la nave. ¿Cuánto tarda en producir efecto?

Gregson supuso que «el genio» era el hombre alto que le había sido presentado como Phillips.

—Sólo unos cuantos segundos —dijo—. A fin y al cabo, se respira y se introduce en la sangre. Es muy poderosa.

—Se nos ocurrió usarla para intensificar sus propias reacciones —dijo Madden—. De hecho, Rice tomó un poco... —Se detuvo—. Un momento —dijo—, ¿están Rice y la señorita Harding...? —Se detuvo de nuevo.

Fue el pequeño, el doctor Claremeyer, el que prosiguió lo que había interrumpido a Madden.

—Señor Gregson —dijo—, vimos a un hombre en nuestras placas infrarrojas adelantarse hacia la pantalla. Estaba demasiado lejos para poder identificarle, de modo que dimos por sentado que era usted. Y así, Rice y la señorita Harding salieron

y...

El comandante le interrumpió en aquel momento.

—¡Rápido, vayamos allí! ¡Puede ser una trampa!

Gregson apenas oyó eso. Estaba ya corriendo pasarela abajo.

—¡Sorn! —decía impacientemente la voz de la radio de pulsera—. Sorn, ¿qué le ha ocurrido?

En la semioscuridad que rodeaba la pantalla, los hombres y la chica escuchaban las palabras del Tobor en la radio de Gregson. Desde su puesto observaban cómo miraba Sorn las imágenes de la pantalla.

—Sorn, su último informe era que se encontraba usted cerca de donde estaba el refugio de Noventa y dos...

Rice puso una pesada mano sobre la radio de Gregson para bloquear la expansión del sonido, y susurró:

—Eso fue cuando le permití que lo hiciera. Muchacho, fue una gran idea llevar conmigo un cilindro de tu gas, Gregson. Le disparé una dosis a cincuenta pies de distancia y ni siquiera supo lo que lo había alcanzado.

—Sorn, sé que sigue usted vivo. Puedo oír cómo murmura.

—Tendremos que ser prudentes en las dosificaciones futuras —dijo Rice—. Está prácticamente dispuesto a devorar las imágenes. Tú mismo puedes verlo... la guerra Tobor-humanos es cachonda, pero está concluida.

Gregson observó en silencio cómo el, en un tiempo, dirigente Tobor arañaba con ardor la pantalla. Una docena de chicas se exhibían junto a una piscina. Periódicamente, se sumergían en el agua. Había instantánea de esbeltos miembros desnudos, espaldas morenas, emergiendo y saliendo a continuación todas las chicas. Aquello se repetía una y otra vez.

El problema consistía en que cada vez que Sorn intentaba atrapar una de las imágenes, su sombra caía sobre la pantalla y tapaba aquéllas. Frustrado, corría hasta otra imagen, sólo para ver cómo ocurría lo mismo que antes.

—¡Sorn, responda!

Esta vez, el Tobor hizo una pausa. La respuesta que recibió sur duda agitó a todo el cuartel general Tobor, alcanzando el efecto al ejército Tobor esparcido por el mundo.

Gregson rodeó con su brazo la cintura de Juanita (todavía llevaba puesta la bata que abriría las gracias con las que tenía que conducirlo hasta la seguridad) mientras escuchaba las fatales palabras.

—Mujeres —estaba diciendo Sorn—, ¡son maravillosas!